



Ella estaba interpretando el papel de princesa. Él, jugando con fuego.

Para vengar la muerte de sus padres, que fueron ejecutados por una traición que no habían cometido, Lisias Balaskas contrató a Alexandra, una joven sin pasado, para que se hiciera pasar por la princesa Zandra del reino de Kalyva, desaparecida veinte años atrás, en medio de un sangriento intento de golpe de Estado.

Alexandra no recordaba nada de su infancia. Siempre había vivido en las calles, y había sobrevivido trabajando como espía. Cuando Lisias la contrató para hacerse pasar por la princesa, no se esperaba que fueran a saltar chispas entre ellos, ni tampoco que, por algún extraño motivo, sintiera que pertenecía a aquel lugar, que cada rincón del palacio le resultara familiar...

Capítulo 1

AL imaginaba que alguna vez habría tenido un nombre de verdad, y un apellido, pero no lo sabía. Y nunca lo sabría. Tenía algunos vagos recuerdos de su infancia, de que la llamaban Alexandra y de que varias personas le habían enseñado a sobrevivir en las calles. No recordaba nada antes de eso, así que daba por hecho que sus padres habían muerto o que la habían abandonado y les daba igual lo que fuera de ella.

Una de las mejores maneras de sobrevivir en las peligrosas calles de Atenas era hacerse pasar por un chico. De hecho, aun a sus veinticuatro años, con su corta estatura y su constitución más bien enclenque podía pasar sin problemas por un adolescente si se vestía y se movía como tal.

Y en ese momento daba perfectamente el pego. Vestía unos pantalones holgados que disimulaban sus caderas, un abrigo con hombreras que hacía que sus espaldas pareciesen más anchas y unas botas viejas. El pelo, más bien corto, lo tenía recogido en la nuca en una pequeña coleta, con algunos mechones desiguales cayéndole sobre el rostro, y llevaba calada una gorra.

Se apoyó en la esquina del edificio frente al que estaba, en una calle llena de turistas, y paseó la mirada por el gentío mientras esperaba al tipo que había concertado el encuentro. El sitio lo había escogido ella. Siempre prefería calles muy transitadas para poder escabullirse entre la muchedumbre si las cosas se complicaban. Traficar con información tenía sus riesgos.

No solía aceptar trabajos de personas a las que no hubiera sido recomendada, ni aceptaba ningún encargo sin asegurarse antes de saberlo todo sobre cualquier potencial cliente, antes incluso de que hablaran con ella.

Esa tarde, sin embargo, no sabía muy bien con quién iba a reunirse. Pero la suma que le habían prometido era una tentación demasiado grande como para resistirse. Tal vez incluso pudiese dejar el negocio del

espionaje. Al principio había sido emocionante, descubrir que como nadie prestaba demasiada atención a una pequeña mendiga, oía y veía cosas que a otras personas podían resultarles útiles y por las que estaban dispuestas a pagar.

Sin embargo, desde que había pasado de ofrecer información a que recurrieran a ella para conseguirla, su labor como espía se había vuelto más peligrosa. Como el encuentro de aquel día. Era posible que no fuese más que una trampa. Más de un pez gordo de Atenas andaba a la caza y captura del «muchacho» que había destapado sus fechorías.

La verdad era que estaba cansada de aquel disfraz, de las mentiras y los peligros a los que se exponía a diario. Querría poder ganarse la vida de otra manera, llevar una existencia más tranquila y más segura. Y quizá con aquel encargo lo conseguiría.

Estaba esperando a un hombre; era lo único que sabía. El tipo a través del cual el cliente había contratado sus servicios, un grandullón taciturno, solo le había indicado la hora en que su jefe se reuniría allí con ella.

Escrutó con cuidado a la gente que deambulaba por la calle. Algunos la miraban como nerviosos. Las mujeres, en particular, solían agarrar con más fuerza su bolso, sobre todo si ponía cara de pocos amigos. Sin embargo, la mayoría de los viandantes ni siquiera la miraba.

Cuando vio que pasaban varios minutos de la hora acordada empezó a inquietarse. Frunció el ceño, paseó de nuevo la mirada por los rostros que la rodeaban, y fue entonces cuando reparó en un hombre alto vestido con un traje blanco.

La gente se apartaba a su paso, como si ejerciera un misterioso poder sobre ellos. Tenía el aire imponente de un gladiador y, a pesar de su caro e immaculado traje, estaba segura de que sería capaz de defenderse sin problemas en una pelea callejera.

Llevaba el oscuro cabello peinado hacia atrás y sus facciones esculpidas y su tez bronceada atraían la atención a sus ojos, unos ojos ambarinos de mirada penetrante. Al se obligó a mantener su postura indolente y su expresión beligerante, pero cuanto más se acercaba él, más difícil le resultaba.

Era tan alto que casi le tapaba el sol cuando se detuvo frente a ella. Ahora que lo tenía delante sabía quién era. Todo el mundo en Grecia lo conocía; era Lisias Balaskas, un multimillonario que había amasado su

fortuna a partir de cero. La suya era una de esas historias que a la gente le encantaba contar, como muestra de que si él, que supuestamente se había criado en las calles, había llegado a donde había llegado, cualquier persona podía hacer lo que se propusiera. Decían que en su adolescencia había logrado un puesto de trabajo por encima de su posición social y había ido ascendiendo poco a poco, haciéndose más y más rico.

La miró de arriba abajo y dijo con sorna:

—Tú debes ser Al, supongo.

Ella intentó responder en un tono despreocupado, pero la voz le tembló ligeramente.

—Sí, soy yo.

Los labios del hombre se curvaron, como si lo divirtiera su nerviosismo, y murmuró:

—Excelente.

Lisias Balaskas tenía muchas dudas respecto a aquel muchacho. Aunque solo había oído alabanzas sobre sus dotes como espía, parecía algo apocado.

—¿Por qué no damos un pequeño paseo? —le propuso, con la esperanza de que el chico se relajara y no estuviera tan tenso.

Lisias sabía que resultaba un poco intimidante, y a menudo la gente, cuando acababa de conocerlo, apenas se atrevía a articular palabra. Sin embargo, no se esperaba esa reacción de un muchacho que, por lo que se contaba, había destapado los secretos de algunos de los hombres más poderosos y peligrosos de Grecia.

—Me han dicho que tiene un encargo para mí —dijo el chico mientras echaban a andar.

Lisias se fijó en cómo escrutaba a los demás transeúntes, con una mirada fría y analítica, como intentando detectar cualquier posible amenaza. Bueno, eso ya estaba más acorde con lo que esperaba de él. Quizá lo había descolocado momentáneamente percatarse de quién era y ahora, pasada la sorpresa inicial, había recobrado la compostura.

—Sí. Hay un rumor muy antiguo cuya veracidad querría que comprobaras —le respondió. Iba caminando con un aire despreocupado, pero estaba muy pendiente del chico porque quería ver cómo reaccionaba a sus palabras—. Es algo relacionado con el reino de Kalyva.

El muchacho no pareció sorprenderse; solo se encogió de hombros y contestó:

—No conozco ese lugar.

—Es una isla, una pequeña nación independiente gobernada por el rey Diamandis.

Un rey al que él, si pudiera, estrangularía con sus propias manos. Sin embargo, dado que no era una opción válida, se conformaría con destronarlo.

—Quiero que averigües todo lo posible sobre el asesinato de la princesa Zandra Agonas hace veinte años.

—¿Quiere que le consiga información sobre algo que ocurrió hace veinte años? —inquirió Al en un tono suspicaz, alzando la vista hacia él. Sin embargo, en cuanto sus ojos se encontraron, volvió a agachar la cabeza—. No será fácil.

—Toda la familia real fue asesinada en un sangriento golpe de estado... a excepción del actual rey. Según los rumores, el cuerpo de la princesa Zandra fue el único que no fue recuperado —continuó Lisias, haciendo caso omiso al escepticismo del muchacho—. Necesito confirmar, sin una sombra de duda, si eso es cierto. Tendrás que hallar la manera de granjearte la confianza del rey para descubrir la verdad, o lo que él cree que es la verdad. Por supuesto cubriré todos los gastos de tu misión, aparte de la generosa suma que mi hombre, Michalis, discutió contigo.

Seguía teniendo la impresión de que había algo raro en el muchacho, pero llevaba veinte años planeando aquella venganza. El rey Diamandis era la razón por la que sus padres habían sido ejecutados, la razón por la que él se había visto obligado a malvivir en las calles, siendo solo un crío, tras haber sido desterrado de Kalyva. Diamandis pagaría... por todo.

—Esta noche partirás hacia Kalyva con Michalis —prosiguió—. Le mantendrás informado de los progresos que hagas y él, a su vez, me informará a mí. Nadie debe saber que estás trabajando para mí. Si te descubrieran, las consecuencias serían tan nefastas para ti como para mí.

El muchacho miró tras de sí y Lisias lo imitó, preguntándose qué le preocupaba. ¿Qué alguien los estuviera siguiendo? ¿Tal vez la policía?

—Le cobraré más por tener que desplazarme —le advirtió Al.

—¿Acaso no fue lo bastante generosa mi oferta inicial?

Al se detuvo y lo miró irritado.

—No es una cuestión de generosidad; es la compensación que merezco por los riesgos que voy a correr. Además, sé lo rico que es.

—Lo rico que la gente cree que soy —puntualizó Lisias con una sonrisa socarrona—. Mi fortuna va mucho más allá de lo que se imaginan.

El chico puso unos ojos como platos y, para extrañeza de Lisias, pareció sonrojarse antes de apartar la vista.

—También quiero un adelanto —masculló.

—¿Para qué, para que te largues con el dinero y no vuelva a saber de ti?

Al se encogió de hombros.

—Llamémoslo un «seguro ante imprevistos».

Lisias lo agarró por el brazo y lo miró fijamente.

—Que esto te quede bien claro, chico: si tomas mi dinero y te largas, te aseguro que iré tras de ti y te encontraré, aunque tenga que perseguirte hasta los confines de la tierra.

El muchacho le sostuvo la mirada. Era más bien enclenque y de facciones delicadas. No acertaba a imaginar cómo había sobrevivido tanto tiempo en las calles, y más teniendo en cuenta cómo se ganaba la vida. Él al menos había contado con la ventaja de su fuerza y su estatura para salir de las peleas callejeras. Dudaba mucho que Al fuera capaz de defenderse ante un matón.

—Quiero un adelanto —insistió el chico soltándose—. O una señal —sacudió la cabeza hacia su reloj de muñeca—. Con eso bastará.

Lisias enarcó una ceja.

—¿Tienes idea de lo que cuesta este reloj?

Al esbozó una sonrisa bravucona.

—Me hago una idea, señor. Me lo quedaré a modo de fianza hasta que me pague; luego se lo devolveré.

Para su sorpresa, a Lisias lo divirtió el descaro del muchacho. Se quitó el reloj y se lo dio.

—No es un reloj cualquiera; si lo vendes y desapareces, a la policía le será muy fácil rastrearlo y dar contigo.

—Lo sé —contestó Al. Se guardó el reloj y volvió a pasear la mirada por entre la gente, vigilante—. Entonces... ¿cuándo y dónde?

—A medianoche; en el puerto deportivo —respondió Lisias. Le dio el número del embarcadero donde estaba amarrada su embarcación—. Mi guardaespaldas, Michalis, estará esperándote allí. Si en una semana no me has conseguido la información que necesito, reconsideraré nuestro acuerdo.

Al no estaba mirándolo, sino que lo escuchaba con la cabeza gacha. Cuando acabó de hablar se encogió de hombros, murmuró un «de acuerdo» y se alejó corriendo sin estrecharle la mano ni despedirse de él.

Lisias lo siguió con la mirada. Había algo en aquel muchacho que no cuadraba, que lo hacía recelar, así que, tras un instante de vacilación, decidió ir tras él.

Capítulo 2

AL había salido corriendo por varias razones. La primera de ellas porque sabía que estaba siendo observada por alguien entre el gentío que quería hacerle daño, un hombre al que había visto en varios sitios ese mismo día. Y aunque en ninguna de las ocasiones lo había pillado mirándola, era demasiada coincidencia. Tenía que darle esquinazo.

Pero no era esa la única, ni la más alarmante de las razones por las que se había visto impelida a echar a correr. Su cliente, Lisias Balaskas, la hacía sentir... incómoda. Parecía que era incapaz de sostenerle la mirada sin sonrojarse, y le costaba ignorar lo sensuales que eran sus labios para concentrarse en sus palabras cuando estaba hablando.

Y esos ojos... Nada en su corta aunque azarosa vida la había preparado para el efecto que aquel hombre ejercía sobre ella. Por eso había sentido la necesidad de alejarse de él, por eso había salido corriendo.

Y aunque él le hubiese dado su reloj como fianza, no tenía por qué hacer aquello. Estaba a tiempo de echarse atrás; le devolvería el reloj y se olvidaría de todo aquel asunto. Se adentró por una estrecha callejuela con el sol pegándole en la espalda. Le llevaba ventaja al tipo que andaba persiguiéndola, pero tenía la sensación de que aún no se había deshecho de él.

Quizá un cambio de aires le iría bien después de todo. Además, podría ser que desconociera la existencia de aquel reino porque no había recibido una educación, pero tal vez los que iban tras ella tampoco lo conocieran. Sería el sitio perfecto en el que esconderse una temporada.

Se metió por otro callejón y cruzó una bulliciosa avenida mirando todo el tiempo tras de sí. Lo de tener que indagar sobre esa princesa asesinada se le antojaba un poco inquietante, pero llevaba tantos años revolviendo en los turbios asuntos de los ricos y los poderosos, que no le parecía que la realeza fuese a resultar más peligrosa.

Sí, el cambio de escenario le iría bien, y aún más el dinero que le iban a pagar. Ese dinero le permitiría volver a ser ella y dejar de vivir tras un disfraz. Podría funcionar... Si es que conseguía escapar de aquel hombre que la perseguía. Trepó por una escalera metálica de un edificio de dos plantas hasta llegar a la azotea. Saltó al edificio contiguo y después al siguiente. Luego se descolgó hasta el balcón del segundo piso, rodó sobre el toldo de una tienda de la planta baja y aterrizó como un gato sobre la acera, sobresaltando a una pareja que había sentada en un banco, tomándose un helado. Les lanzó una sonrisa traviesa y salió corriendo calle abajo mientras se sujetaba la gorra a la cabeza con una mano.

Su perseguidor no se había dado por vencido y cada vez estaba más cerca. El pánico amenazaba con apoderarse de ella, pero si se dejaba llevar por él acabaría muerta. De pronto tropezó con un adoquín, y chocó con un hombre que se puso a gritarle. Se disculpó y echó a correr de nuevo, pero en su aturdimiento no se fijó en que se había metido en un callejón sin salida.

Al toparse con un muro al final del mismo, lo estudió apresuradamente, buscando algo en lo que poder apoyar el pie para trepar por encima de él. No tenía escapatoria... Se volvió y se encontró cara a cara con su perseguidor. Blandía una navaja enorme y tenía una cicatriz que le atravesaba la cara, desde la sien hasta el cuello, y desaparecía bajo el cuello de su camisa.

—Esa cicatriz tiene mala pinta —masculló Al, señalándola con la barbilla—. Espero que no estés pensando en hacerme una igual a mí —añadió en un tono burlón.

Miró la navaja e intentó aferrarse a esa bravata para disimular su miedo. Siempre la habían aterrado las navajas. Un disparo acababa rápidamente contigo, pero un sádico con una navaja podía torturarte antes de que se apagara tu vida.

Le temblaban las piernas, pero estaba dispuesta a pelear. Aunque intentara clavarle la navaja, si echaba a correr quizá saliera con vida... si es que no acababa desangrándose hasta morir. Era su única posibilidad, así que arremetió contra él con la esperanza de desarmarlo. Aunque no lo logró, el tipo perdió el equilibrio y cayó al suelo de espaldas.

Ella intentó de escapar hacia la entrada del callejón, pero el hombre la agarró por el tobillo y fue a dar de bruces contra el duro asfalto. Forcejeó desesperadamente cuando se abalanzó sobre ella, pero era demasiado fuerte para ella y tenía un arma.

Cuando la navaja le rasgó la camisa, el corazón de Al se desbocó. El tipo puso unos ojos como platos al ver sus senos vendados y ella pataleó y se revolvió llena de pánico.

—¡Eres una mujer! —masculló él—. Ojalá pudiéramos divertirnos un poco, pero me han dado órdenes muy claras. Considera esto un regalo del señor Pangali.

Pangali era uno de esos hombres poderosos cuyas fechorías había destapado. No solo había resultado ser un tramposo, sino también un asesino.

Como si estuviera disfrutando con ello, el tipo deslizó lentamente la afilada punta de la navaja sobre las vendas que comprimían sus senos, y luego movió el arma hacia arriba, rasgando no solo la fina gasa, sino también su piel.

Al gritó de dolor, y le dio un empujón con toda la fuerza que pudo, en un último intento desesperado por luchar. Para su sorpresa, el hombre salió disparado hacia un lado y chocó contra el muro con un gruñido.

Fue entonces cuando vio la figura frente a ella y comprendió que no había desarrollado superpoderes de repente. Lisias estaba allí. La había salvado... El corte del pecho le dolía y estaba sangrando. Tenía que levantarse; tenía que...

—¿Dónde te ha herido? —inquirió Lisias, inclinándose sobre ella.

Al trató de apartarse. No podía dejar que descubriera su verdadera identidad.

—Deja de revolverte, chico —la increpó Lisias con impaciencia—. Estoy intentando ayudarte.

Y entonces, cuando acercó la mano a su herida y le tocó el pecho, Al supo que era demasiado tarde. Lisias apartó su mano, ahora manchada de sangre, y la miró aturdido.

—No eres un chico... —farfulló—. Eres una mujer...

Desde el principio Lisias había tenido la sensación de que había algo raro en aquel muchacho, pero jamás se le habría ocurrido imaginar que pudiera ser una mujer, pensó mientras «Al» se levantaba con dificultad, contrayendo el rostro de dolor.

Su guardaespaldas apareció en ese momento y Lisias le ordenó que se encargara del tipo que la había atacado, que yacía inconsciente junto al

muro. Michalis lo agarró por debajo de los brazos y lo arrastró fuera del callejón.

Lisias se limpió la mano con un pañuelo y se volvió hacia «Al», que estaba mirándolo con aprehensión.

—Ven conmigo —le dijo tendiéndole la mano—. Solo pretendo ayudarte — insistió.

—No necesito ayuda —replicó ella obstinadamente.

Estaba muy pálida, y la sangre que manaba de la herida estaba empezando a formar una mancha oscura en su camisa. Tenía que verla un médico.

—Necesitas atención médica —le dijo Lisias—. Acaban de darte un navajazo y estás sangrando. Si no fuera por mí, no sé si seguirías con vida.

A pesar de sus protestas, la alzó en volandas para llevarla fuera del callejón. Le había dicho a su chófer que lo esperara en la avenida.

—¿Qué ha sido de mi atacante? —inquirió ella mientras se dirigían al coche, aparcado junto a la acera.

Cuando los vio, el chófer, que aguardaba al lado del vehículo, se apresuró a abrir la puerta trasera.

—Mi guardaespaldas lo llevará a la comisaría más próxima y lo meterán entre rejas —le explicó Lisias.

—Si me hubiera matado, quizá lo encerrarían —replicó ella en un tono desapasionado—. De todos modos, de poco serviría; no es más que un matón pagado.

Lisias sabía por experiencia que vivir en la calle hacía que uno perdiera la fe en la justicia, pero no dejaría que su atacante quedara impune, ni el tipo que lo había contratado.

—Me aseguraré de que pague por lo que ha hecho —le dijo.

Ella seguía mirándolo con recelo, tal vez porque ahora conocía su secreto, pero a Lisias le dolía que desconfiara de él cuando acababa de salvarla.

—Por cierto, un «gracias» no estaría de más —apuntó, pero ella no dijo nada—. Cuidado con la cabeza —la previno mientras se inclinaba para depositarla en el asiento trasero.

Rodeó el vehículo para sentarse junto a ella, y le dio instrucciones al chófer de que los llevara a su residencia en las afueras. Aunque tenía varios

pisos en la ciudad, allí disponía de más privacidad. Además, era importante que mantuviera la identidad de su espía en el anonimato, tanto por ella como por él. Tenía nuevos planes ahora que había descubierto que era una mujer.

Alargó la mano y abrió un compartimento que había a su lado. Aunque ya no se metía en peleas, tenía un botiquín de primeros auxilios. Le tendió a Al una gasa.

—Sostenla contra la herida. No querría que me mancharas los asientos — murmuró con sorna.

Luego sacó su móvil e hizo un par de llamadas: a su ama de llaves para que preparase una de las habitaciones de invitados, y a un médico privado de su confianza para que fuera a su residencia. Al lo observaba en silencio, pegada contra la puerta como si fuera a intentar escapar en cuanto el coche se detuviera. Como si fuera él quien la había atacado.

Se quedó mirándola él también, maravillándose de nuevo con aquel inesperado giro de los acontecimientos. Durante la pelea con aquel tipo debía habersele caído la gorra y ahora llevaba la cabeza descubierta. Tenía el cabello bastante corto, pero con el suelto y sin la gorra tenía un aspecto un poco más femenino.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, sin poder reprimir la curiosidad.

—Al.

—Pero ese es un nombre de chico.

Ella se encogió de hombros y no añadió nada más.

—¿Te vistes de chico porque quieres, o es un disfraz?

Con que se arreglase un poco y con la ropa adecuada, estaba seguro de que podría resultar bastante atractiva. Y eso sería muy útil para el plan que estaba ideando.

—Cuando vives en la calle, es más fácil si eres un chico.

—No, no es fácil —murmuró él.

Era algo que había aprendido a los doce años, cuando había sido desterrado de Kalyva por el heredero al trono, que por aquel entonces no era mucho mayor que él.

—No, pero es más fácil que si eres una chica —insistió ella, girándose un poco hacia él con una mueca de dolor—. En cualquier caso, cuando me pague, podré vivir como me dé la gana —dijo con altivez.

Sin embargo, Lisias sabía lo que era estar desesperado y ansiar algo mejor, y el tono que había empleado de mujer dura no lo engañó. Además, se olvidaba de algo importante.

—Querrás decir cuando termines el trabajo que te he encomendado y te pague —apuntó—. Entonces, ¿dejarás de disfrazarte y vivirás como una mujer?

Ella vaciló.

—No creo que sea asunto suyo, pero sí, es lo que pienso hacer.

—¿Y cómo te harás llamar?

Ella vaciló, como si estuviera sopesando las consecuencias que podría tener compartir con él esa insignificante información.

—Alexandra, supongo —murmuró finalmente. Giró la cabeza hacia la ventanilla a pesar de que, como los cristales eran tintados, apenas podía ver lo que había fuera—. ¿A dónde me lleva?

—A mi residencia particular en las afueras. He hecho llamar a un médico para que venga a examinar tu herida y te cure —le explicó—. Uno al que pago generosamente para garantizarme su discreción —puntualizó cuando ella lo miró con inquietud—. Luego, si fuera necesario, reajustaremos nuestro plan.

Sin embargo, él ya lo tenía todo pensado. Se le había ocurrido una manera de acelerar las cosas, de saborear las mieles de la venganza antes de que el mes hubiera terminado. Escrutó a la joven con ojo crítico. Aunque el pelo, la nariz y los labios no eran como deberían ser, un buen estilista lo solucionaría con un poco de peluquería y maquillaje. Y la ropa adecuada, por supuesto.

—Estoy bien —protestó Al—. Seguro que con un vendaje en condiciones bastaría. Lléveme a mi casa. Averiguaré lo que necesita sobre esa princesa asesinada; esto no me lo impedirá.

—¿Tienes una casa? —inquirió él.

—Quizá no tan lujosa como la suya, pero al menos tengo un techo sobre mi cabeza y un catre en el que dormir —le espetó ella ofendida.

Era perfecta para su plan, pensó Lisias. El modo en que le sostenía la mirada, en que levantaba desafiante la barbilla... Con la preparación adecuada podría hacerla pasar por un miembro de la realeza.

—Me temo que no será posible —le dijo—. Los planes han cambiado.

La expresión altiva de la joven se tornó en pánico.

—No pienso hacer nada que salga de los límites de lo que hemos acordado.

—Es que he descubierto que puedes serme útil de dos maneras —respondió él, con una sonrisa de satisfacción—. Parece que es tu día de suerte: vas a convertirte en mi esposa.

Capítulo 3

AL estaba segura de que tenía que haber oído mal.

—Naturalmente no tendremos que llegar a casarnos de verdad — continuó Lisias, como si lo que había dicho fuera algo perfectamente normal—. Aunque, si tuviéramos que llegar a eso, también serías compensada. Porque para ti lo más importante es que vas a sacar de esto un montón de dinero, ¿no?

—Dinero, no un marido —recalcó ella, llevándose la mano libre a la frente. ¿Tendría fiebre y estaba sufriendo delirios?

—¿Aunque fuera un millonario? —murmuró Lisias.

Lisias parecía haber dado por hecho, después de soltarle aquello, que ella no replicaría, ni se negaría lo que le decía.

—Especialmente si fuera un millonario —respondió Al, y resopló ofendida—. No me interesan en absoluto los hombres ricos y poderosos que no piensan en nada ni en nadie más que en sí mismos.

—No es el poder, ni el dinero, lo que me consume, Alexandra — repuso Lisias.

Oírle llamarla por ese nombre, que casi sonó como un ronroneo en sus labios, hizo que un cosquilleo recorriera la espalda de Al.

—Entonces, ¿qué lo consume? —inquirió, asegurándose de impregnar esa palabra con el mayor desdén posible.

—La venganza —respondió él con una mirada fiera—. Hace muchos años fui víctima de una injusticia. Y no descansaré hasta que esa afrenta se haya reparado.

Con cada palabra que pronunciaba su voz se tornaba más profunda, su tono más intenso.

—¿Y si yo no quisiera ayudarlo a llevar a cabo su venganza? —le espetó.

Lisias no respondió con sorpresa, ni con furia, como había esperado, sino con una sonrisa fría y mordaz que no supo interpretar.

—Deja que te cuente una pequeña historia sobre el reino de Kalyva —le dijo inclinándose hacia delante. Sus ojos ambarinos parecían brillar a pesar de que la luz del sol no podía atravesar las lunas tintadas del coche. Resultaban tan hipnóticos que cualquier mujer se quedaría mirándolo embelesada, sin importar lo que estuviera diciendo—. El rey y la reina que ocupaban el trono cuando yo era un chiquillo eran buenas personas, pero les faltaba carácter y convicción. Por eso, cuando entre la gente empezó a aumentar el descontento con algunas leyes injustas, escondieron la cabeza en la arena e ignoraron todas las señales de alarma. Hubo un sangriento golpe de estado y fueron asesinados. Ellos y varios de sus hijos. Solo sobrevivió el primogénito, el heredero al trono. No era más que un muchacho, pero estaba furioso y, comprensiblemente, sediento de castigar a los culpables. Sin embargo, la ira lo cegó y no se preocupó por averiguar la verdad. Sentenció a muerte a mis padres, que eran inocentes, y a mí me acusó de alta traición, de no haber alertado del complot que presuntamente habían planeado, y me desterró. Yo solo tenía doce años, y desde entonces me vi obligado a sobrevivir como pude en las calles de Atenas.

Al era incapaz de imaginar a Lisias de niño, pero sintió lástima al pensar en lo duro que debía haber sido para él. Ella había vivido en las calles al menos desde que tenía memoria y no había conocido otra cosa; para él, sin embargo, adaptarse a un cambio tan brusco debía haber sido muy difícil.

—Tú has destapado las fechorías de muchos hombres poderosos, Alexandra —continuó Lisias—. Y cada vez lo has hecho poniendo en peligro tu vida.

Ella se encogió de hombros.

—Lo hago por dinero.

Él esbozó una sonrisa.

—Sí, naturalmente, tienes que ganarte la vida de algún modo. Pero el dinero no te serviría de nada si acabaras muerta, y tu trabajo entraña muchos riesgos. Creo que si estás dispuesta a correrlos es porque en el fondo ansías que se haga justicia.

Era verdad. Aunque había empezado a ofrecerse como espía para poder sobrevivir, disfrutaba viendo caer a esos hombres poderosos que

hacían cosas malas y se aprovechaban de personas desesperadas y desvalidas.

La sonrisa de Lisias se hizo más amplia cuando vio que no le contradecía. Era como si fuese un libro abierto para él, como si pudiese escudriñar en su alma. Una sensación cálida afloró en su pecho, y habría querido apartar la mirada, pero sus ojos buscaron los de ella y le dijo: —Y ahora me ayudarás a hacer justicia, de una vez por todas.

Lisias observó cómo se suavizaban las facciones de Alexandra. Era evidente que su relato la había ablandado. Parecía menos recelosa, menos suspicaz.

—No somos tan distintos —le dijo—. Hemos pasado por experiencias similares, y una vez que mi plan se haya completado con éxito, tú también podrás disfrutar de algunos lujos como este —añadió, señalando con un ademán el interior del coche.

—¿Solo de algunos? —inquirió ella con sorna.

Lisias sonrió divertido y bromeó:

—Nadie puede tenerlo todo... excepto yo.

La velocidad del vehículo disminuyó. Habían llegado a su residencia y estaban atravesando la verja de entrada.

—Ah, ya estamos aquí —murmuró—. En cuanto el médico te haya curado seguiremos discutiendo nuestro plan.

—¿Y si me niego a ayudarlo?

Lisias la estudió detenidamente. Si estaba viva era gracias a él... ¿Y se atrevía a sugerir que podría echarse atrás? Estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que se proponía. Y llevaría a cabo su venganza.

—Harás todo lo que yo diga. Y recibirás una recompensa más que generosa, te lo aseguro. No puedes negarte. Te he salvado y conozco tu secreto.

La ira hizo que los ojos de la joven relampaguearan y que sus pálidas mejillas enrojecieran. A pesar de los andrajos que vestía y de su aspecto desaliñado, podía resultar incluso atractiva.

—Nunca me he dejado amedrentar por un hombre —masculló.

Lisias no respondió. El coche se había detenido y lo más urgente era que la viera el médico. Este estaba esperándolos dentro y dejó a la joven a

su cuidado mientras él aprovechaba para subir al estudio a repasar unos asuntos de trabajo en su portátil.

Unas horas después el ama de llaves fue a avisarle de que la cena estaba lista.

—¿Y nuestra invitada? —le preguntó.

—El doctor le ha limpiado la herida y le ha dado puntos. Le sugerí que descansara y cenara en su habitación, pero insistió en que quería verlo, así que está esperándolo en el comedor.

—Excelente, gracias —respondió, y el ama de llaves se retiró.

Cerró el programa que estaba utilizando, apagó el portátil y fue abajo. Cuando llegó al comedor, se detuvo en el umbral de la puerta. Sentada a la mesa estaba una joven que apenas guardaba parecido alguno con la espía disfrazada de muchacho que había llegado allí malherida. Llevaba un vestido de algodón que debía haberle proporcionado alguien del servicio, y se había recogido de nuevo el cabello —que era de un bonito castaño claro— en una coleta, aunque ahora estaba limpio y peinado.

Resultaba casi irreconocible... hasta que advirtió su presencia y lo miró con esa expresión desdeñosa y altanera que tanto se había esforzado en mantener en el coche.

—Todo este despliegue solo para comer... —masculló, paseando una mirada crítica por el elegante mantel, con la cubertería de plata, las copas de cristal tallado y la vajilla de porcelana—. ¿Es lo que pasa cuando se tiene tanto dinero que no se sabe lo que hacer con él? ¿Se hace todo más ostentoso para poder desperdiciarlo?

—A lo mejor simplemente es que me gusta el lujo, aunque suponga un desperdicio de dinero —repuso él, adentrándose en el comedor. Tenía mucho mejor color—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó, tomando asiento frente a ella mientras dos de sus sirvientes empezaban a poner la comida en la mesa.

Al observó cada plato con ávido interés.

—Mejor. Su médico me ha dado puntos y un calmante para el dolor. Se supone que durante unos días debo abstenerme de saltar de una azotea a otra y de enfrentarme a matones con navajas, pero parece que sobreviviré.

Lisias esbozó una media sonrisa.

—Aún estoy esperando que me des las gracias.

Ella no dijo nada. Solo tomó el cuchillo y el tenedor y le lanzó una mirada ceñuda antes de empezar a comer.

Sin embargo, él era un hombre paciente... cuando quería serlo. Tomó un sorbo de vino y la observó. Aunque ya no parecía un chico asilvestrado, comía igual que uno.

—Tus modales en la mesa dejan bastante que desear —dijo—. Tienes mucho que aprender.

Sí, había mucho trabajo por hacer para que pudieran marcharse en unos días. Llevaba años planeando regresar a Kalyva con una falsa princesa Zandra del brazo para llevar a cabo su venganza, pero hasta ahora no había encontrado a la joven adecuada. Al era perfecta porque no tenía pasado alguno y nadie podría desenmascararla sin una prueba de ADN. Y antes de que esa prueba se completara dispondría de varios días de circo mediático que podría utilizar como cortina de humo.

Conseguiría todo lo que se proponía, siempre y cuando no se hubiera encontrado el cuerpo de la princesa. Y estaba casi seguro de que no había ningún cadáver; su instinto se lo decía. Sin embargo, necesitaba que Al cooperase. Y lo haría.

—No quiero aprender nada —replicó ella con petulancia, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Eres indispensable para mi plan. Te pagaré generosamente, como te he prometido, pero no permitiré que me dejes en la estacada —le dijo él, en un tono amenazante—. Llevo toda mi vida planeando esta venganza y no me la vas a estropear.

Capítulo 4

AL sintió que el corazón le palpitaba de temor. No es que pensara que

Lisias fuera a hacerle daño. Al fin y al cabo, como él no dejaba de recordarle, le había salvado la vida. La había llevado a su casa, donde un médico la había curado, se había dado un baño, le habían dado ropa limpia y ahora estaba sentada a su mesa.

Sin embargo, era evidente que lo único que le importaba era llevar a cabo su venganza, y que le estaba dejando bien claro que si no lo ayudaba como le había prometido, se lo haría pagar muy caro, y eso sí que la asustaba un poco.

Por eso decidió que prestarse a su plan y largarse en cuanto hubiera cobrado sería más inteligente que escapar o negarse. Al menos por el momento. De hecho, que fuese a ayudarlo no implicaba que tuviese que ceder todo el control. Después de todo era él quien la necesitaba a ella.

—Está bien, cuénteme su plan —le dijo en un tono lo más irreverente posible. La deliciosa comida, combinada con el calmante que el médico le había suministrado, le estaba provocando somnolencia, pero estaba decidida a mantenerse despierta—. Así podré decidir en qué partes estoy de acuerdo y qué partes del plan habrá que alterar. O si tendrá que pagarme más.

Lisias enarcó una ceja. Seguramente esperaba que ese gesto la hiciese derretirse, pero ella mantuvo la cabeza bien alta. Sin embargo, cuando la sorpresa de Lisias dio paso a una sonrisa seductora y peligrosa, el estómago se le llenó de mariposas y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarle entrever que estaba nerviosa y que se sentía atraída por él.

—Primero asistiremos a una fiesta aquí en Atenas —le explicó él—. Allí te presentaré ante los medios como mi prometida.

—¿En serio cree que se tragarán eso? —repitió ella parpadeando.

Los ojos dorados de Lisias brillaron divertidos.

—Bueno, antes me encargaré de que un estilista te haga un buen cambio de imagen, por supuesto.

Al tuvo que contenerse para no lanzarle una mirada asesina. Estaba claro que alguien como ella estaría fuera de lugar en una de esas fiestas de multimillonarios, pero le molestaba que él lo hubiera insinuado en ese tono burlón.

—¿Entonces es mi hada madrina? —le dijo con retintín.

—Si quieres considerarme como tal, por mí no hay problema.

—Está bien, o sea que me va a presentar en sociedad en esa fiesta —murmuró ella—. ¿Pero qué tiene que ver eso con el rey de... como se llame la isla esa?

—Kalyva. El reino de Kalyva —le recordó Lisias—. Tendrás que informarte sobre él. Y recibir unas clases de etiqueta. Después de la fiesta viajaremos allí y los medios estarán pendientes de nosotros porque diré que eres la princesa Zandra, a la que se creía muerta. Se formará un circo mediático tremendo, obviamente, que servirá de distracción. Y el momento no podría ser mejor, porque el baile de primavera en palacio tendrá lugar el fin de semana siguiente. Y justo el día después, el lunes, es la reunión anual del consejo, que es una parte esencial de mi plan.

—Creía que antes necesitaba saber si se encontró el cuerpo de la princesa —apuntó Al.

—Cierto. Y ahí es donde entras tú. Lo investigarás mientras hacemos creer a todos que Zandra está viva. Nuestra aparición en público servirá de distracción, así que, aunque sí hubiera un cadáver, podremos seguir con la pantomima... al menos durante unos días. Diríamos que ese cuerpo no es el de la verdadera princesa.

—¿Y no podrían desbaratar nuestro plan con una prueba de ADN? —inquirió Al.

—Sí, pero esas pruebas llevan tiempo. Y aunque descubrieran nuestra mentira antes de que consiga lo que me propongo, simplemente diré que no sabía que eras una estafadora y que me sedujiste, haciéndome creer que eras Zandra —replicó él con una sonrisa—. Tú volverás a disfrazarte de chico y nadie sabrá qué fue de la estafadora que fingía ser la princesa. Sin embargo, si no hay ningún cadáver y resulta que nunca lo hubo, podré seguir adelante con mi plan.

—¿De verdad cree que podrá hacerme pasar por una princesa?

—Eso es lo que hace que mi plan sea perfecto: no hace falta que parezcas una princesa, ni que te comportes como tal. Tienes un ligero aire a Zandra, a la que, aunque siguiera con vida, nadie ha visto hace veinte años. Y diremos que durante todo este tiempo has sufrido amnesia. Que te sacaron en secreto del palacio y te llevaron a Grecia, y que una pobre familia de granjeros en una zona remota del país te crio. Y que cuando tus ancianos padres adoptivos murieron, el dolor por su pérdida te hizo recordar quién eres en realidad.

—¡Menuda historia! —masculló Al—. ¿Quién va a creerse eso?

—Todo el mundo. Porque me aseguraré de que así sea. Verás, lo de la falsa princesa siempre había sido parte de mi plan, pero hasta ahora no había encontrado a nadie que se ajustara al papel. Tú no tienes un pasado y si fuera necesario puedes ponerte tu disfraz de chico callejero y desaparecer. Y además cuentas con la clase de experiencia que requiere esta misión para espiar, conseguir información sin levantar sospechas...

—¿Y qué pasa con los que van detrás de mí, como ese tipo que envió al matón de hoy a acabar conmigo?

—Mientras estés trabajando para mí, contarás con mi protección.

—¿Y cuándo es esa fiesta a la que tenemos que asistir? ¿Cuánto tiempo tengo para prepararme?

Dudaba que con una semana bastase para hacerse pasar de un modo convincente por la prometida de un multimillonario.

—La fiesta es el viernes; tienes tres días.

Ella se rio, aunque era evidente que no estaba bromeando.

—Está loco...

—No, solo decidido a llevar a cabo mi venganza —respondió él muy serio—. Una cosa más: puesto que vas a hacerte pasar por mi prometida, más vale que empieces a tutearme.

—Prefiero mantener las distancias en el trato con mis clientes, pero supongo que tendré que hacer una excepción —dijo Al de mala gana—. Sin embargo, tengo unas cuantas preguntas.

Lisias respondió una tras otra. Lo tenía todo bien pensado. Llevaba tantos años elaborando aquel plan que no había querido dejar ni un cabo suelto. Estaba casi seguro de que jamás se había encontrado el cuerpo de la princesa. Siempre se había dicho que había sido encontrada junto a sus

hermanos, pero él sabía que eso no podía ser cierto. Él había estado en palacio esa noche, aunque intentaba no pensar demasiado en ello. Su teoría era que la Casa Real había inventado aquella historia para evitar que los rumores de una conspiración corrieran desatados.

De todos modos, tenía un plan de contingencia en caso de que estuviera equivocado —aunque fuera poco probable— y era un plan perfecto. Tan perfecto que las preguntas de Al no le molestaron en absoluto.

Sin embargo, vio que se le estaban cerrando los ojos, y antes siquiera de que se hubiera terminado el postre se había quedado dormida. Allí, en la mesa, con la cabeza apoyada sobre el brazo. No sabría decir cuánto rato estuvo observándola mientras su respiración se tornaba suave y acompasada. Ni siquiera sabría decir por qué lo hizo. Solo sabía que dormida le resultaba tan fascinante como despierta.

Le recordaba a un viejo libro de cuentos de hadas que su madre solía leerle de niño. Tenía un montón de ilustraciones de pequeñas hadas de aspecto dulce e inocente, pero a la vez con un aire travieso.

Podría haber llamado a alguien del servicio para que la llevaran a su habitación, pero decidió hacerlo él mismo. Cuando la levantó en volandas de la silla ni se despertó; era evidente que estaba agotada por todo lo ocurrido en el día.

Apenas pesaba, así que no le costó nada llevarla arriba. Al llegar al dormitorio que le había preparado el ama de llaves, empujó la puerta con el hombro para abrirla y entró. La luz de la luna se filtraba por las finas cortinas de gasa blanca, iluminando tenuemente la habitación. Llevó a Al hasta la cama, la depositó sobre el colchón y se quedó mirándola. En la penumbra su rostro le recordó al de otra persona y sintió una punzada en el pecho, pero apartó aquel pensamiento de un plumazo. No podía permitirse volver a esos oscuros recovecos de su mente, y ella necesitaba descansar, así que salió sin hacer ruido, dejando aquellos recuerdos tumultuosos tras de sí.

Durante los tres días siguientes Lisias se hizo a un lado y dejó que el estilista y la especialista en etiqueta que había contratado se ocuparan de transformar a Alexandra en una princesa, en pulirla como a un diamante en bruto.

La noche de la fiesta, cuando se hubo vestido, bajó las escaleras y fue al vestíbulo.

—¿Está lista nuestra invitada? —le preguntó al ama de llaves, echándole un vistazo a su reloj.

—Me han dicho que bajará enseguida —respondió la mujer.

No tardaron mucho en oírse murmullos en el rellano superior de la escalera de mármol, y al poco apareció Alexandra entre el estilista y la especialista en etiqueta, que parecían estar dándole unos últimos consejos antes de que se fuera.

Alexandra bajó los escalones lentamente. Tenía la vista fija en sus pies, seguramente porque le preocupaba dar un traspie, pero le daba un aire de timidez que encajaba muy bien con el papel de una joven princesa con amnesia, criada por unos granjeros.

La habían maquillado, pero de un modo muy natural, salvo por el rojo intenso de los labios. El vestido resaltaba las suaves curvas de su cuerpo, y el color —un púrpura intenso— le otorgaba una calidez especial a su piel, como si brillara desde dentro. Le habían cortado un poco el cabello y se lo habían arreglado de forma que se le curvaba ligeramente hacia dentro y dejaba al descubierto la seductora y grácil curva de su nuca.

Una ola de calor que nunca jamás se hubiera esperado lo invadió. Cuando Alexandra llegó al pie de la escalera levantó la vista, sus ojos se encontraron y Lisias no fue capaz de articular palabra. Por un instante no pensó en Kalyva, ni en el rey Diamandis, ni en el plan que había estado urdiendo durante veinte años. En lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que le gustaría quitarle ese vestido y verla desnuda.

Capítulo 5

PARADA al pie de la escalera, Al se dio cuenta de que Lisias estaba mirándola como si... como si la deseara. No, tenían que ser imaginaciones suyas, se dijo. Al fin y al cabo, nunca había sido el objeto de deseo de nadie.

Fuera como fuera, Lisias parpadeó, y ese fuego en sus ojos, lo hubiera imaginado o no, se desvaneció. Cuando le tendió su brazo, ella avanzó un paso para agarrarse de él, y se sintió igual de insegura que al bajar las escaleras con los zapatos de tacón que llevaba. Y eso que había practicado todos esos días, caminando con ellos por la casa para acostumbrarse... —Estás perfecta, Alexandra —le dijo.

Se le hizo raro sentirse halagada por aquel cumplido. Sobre todo cuando se había pasado toda su vida intentando pasar desapercibida para que nadie descubriera que era una mujer en realidad.

—¿No deberías llamarme Zandra? —le preguntó, tratando de hablar con suavidad, como se suponía que haría una princesa.

Lisias la condujo fuera, donde estaba esperándolos una limusina.

—Creo que será más fácil que te siga llamando Alexandra. Diremos que es el nombre que te dieron tus padres adoptivos y que es el nombre con el que te sientes más cómoda.

Al asintió. Sonaba sensato. Intentó entrar en el coche con elegancia, como le habían indicado en los últimos días, pero estaba segura de que no lo consiguió. Cuando Lisias se subió al coche detrás de ella, sin embargo, parecía un galán de cine, de esas películas antiguas.

—¿Cómo aprendiste a desenvolverte tan bien, a parecer como si siempre hubieras estado acostumbrado a todo... esto? —inquirió frustrada, señalando el interior del lujoso vehículo con un ademán—. Si de verdad te criaste en las calles como yo...

—No me crie en las calles. Me vi abocado a ello porque me desterraron, pero pasé mis primeros años de vida en el palacio de Kalyva.

Ella se quedó mirándolo, aturdida.

—Pero...

—Como te dije mis padres trabajaban para el rey y la reina. Vivían en palacio como el resto de miembros del servicio. Y aunque yo solo era el hijo de unos sirvientes y me trataban como a tal, siempre fui un chiquillo curioso, así que observaba y prestaba atención.. y así fue como aprendí.

Se quedaron en silencio mientras la limusina se alejaba de la casa y se dirigían a Atenas.

—¿Dónde has estado estos tres días? —inquirió Al sin poder contenerse—. ¿Qué has estado haciendo?

No había tenido intención de preguntárselo. No quería admitir que lo había echado en falta, pero no había vuelto a verlo tras la cena de la primera noche y sentía curiosidad.

El rostro de Lisias se había tornado en una máscara inescrutable, pero en sus ojos había algo oscuro, algo que hizo que ella sintiera una mezcla de temor y lástima.

—¿No te han tratado bien mis sirvientes? —le preguntó él.

—No puedes responder a una pregunta con otra.

—Ya lo creo que puedo —replicó él.

Ella se quedó mirándolo con el ceño fruncido. ¿Por qué la irritaba su comportamiento? Lo único que importaba era el dinero que iba a pagarle por aquel trabajo, se dijo, alisándose la falda del vestido con las manos. Este era entallado y, acostumbrada como estaba a vestir ropa holgada, se sentía extraña exhibiendo lo que durante tanto tiempo había ocultado. Se había mirado en un espejo antes de salir y sabía que estaba guapa y sofisticada, pero aun así se le hacía raro verse así.

De pronto Lisias sacó algo del bolsillo interior de la chaqueta y tomó su mano.

—Necesitarás esto para interpretar el papel de mi prometida —le dijo, y le puso en el dedo un anillo de platino con un diamante tallado.

Al levantó la mano y admiró la reluciente gema. Era justo la clase de anillo que un millonario le regalaría a su prometida: llamativo y con un pedrusco enorme. Le encantaba cómo brillaba y la sensación de ese anillo

en su dedo, pero solo era parte del personaje que iba a interpretar, así que dejó caer la mano sobre su regazo y trató de centrarse.

—Quizá deberíamos repasar el plan —dijo.

—No hay nada que repasar —replicó Lisias agitando la mano—. Esta noche solo tendrás que dedicar una sonrisa encantadora a las cámaras y quedarte cerca de mí. Yo me ocuparé del resto.

—No estoy segura de saber sonreír de un modo encantador —murmuró Al—. Me han enseñado un montón de normas de etiqueta en estos tres días, pero eso no.

Cuando él se giró un poco más hacia ella y la miró a los ojos, Al sintió una ola de calor.

—Muy bien, veamos esa sonrisa —le dijo Lisias.

Ella intentó sonreírle como lo haría una princesa, pero de inmediato se sintió ridícula.

Lisias chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Demasiado forzada —murmuró. Alargó la mano para acariciarle la mejilla y le dijo—: Relájate, que salga natural.

¿Natural? Con las yemas de sus dedos rozándole la mejilla le costaba hasta respirar con normalidad, y más aún concentrarse en nada cuando su sola mirada la embriagaba. Pero finalmente logró relajarse lo bastante como para esbozar una sonrisa y él le sonrió también, casi con dulzura.

—Mejor —dijo, y dejó caer su mano.

Al aún estaba como en una nube, pero el coche se estaba deteniendo y tenía que concentrarse en el trabajo, meterse en su personaje.

Cuando llegaron a la fiesta hizo lo que Lisias le había dicho: habló poco y permaneció junto a él. De hecho, le resultó fácil fingirse dócil y obediente porque en medio de tanto glamour se sentía completamente fuera de lugar.

Entre los invitados reconoció a algunos de los hombres ricos y poderosos cuyas fechorías había destapado. Muchos iban con su esposa del brazo. ¿Cómo podía ser que mantuvieran su posición, su poder, que siguieran con sus vidas como si nada después de todo lo que había sacado a la luz sobre ellos? Preocupada, se preguntó si la reconocerían, pero ninguno dio muestras de ello. ¿Tan distinta estaba?

—¿En qué piensas, Alexandra? —murmuró Lisias junto a su oído, haciéndola estremecer.

—Algunos de estos hombres... —dijo ella, con cuidado de no mirar a ninguno—. He destapado cosas terribles de ellos, y aun así... están aquí... siguen en libertad. ¿Cómo es posible?

—Bueno, por desgracia suele suceder cuando se tiene poder e influencias —respondió Lisias, como si no le molestara en absoluto. Sin embargo, cuando ella alzó la vista hacia él, se puso serio y añadió—: Pero si me das una lista de nombres, destruiré a todos esos tipos. Sin pensarlo.

—¿Por qué?

Lisias encogió un hombro.

—¿Por qué no?

Al suponía que muchos de ellos eran sus competidores en lo que respectaba a los negocios, pero aun así... —¿Y si alguno de ellos fuera amigo tuyo?

Lisias se rio.

—Ninguno de esos hombres es amigo mío. Yo no tengo amigos.

—¿Y eso por qué?

—Porque los amigos siempre acaban traicionándote, Alexandra. Ven, vamos a bailar. Hay un fotógrafo tomando instantáneas de la pista de baile. Así mañana saldremos en los periódicos.

Tenía esa expresión, la misma que cuando hablaba de esa venganza que tan importante era para él, una expresión decidida, la de un cazador acechando a su presa. Comprendía que ansiara vengarse por todo lo que había sufrido, pero no podía dejar de preguntarse cómo podía ser que esos veinte años no hubieran atenuado ni un ápice su resentimiento.

Cuando llegaron a la pista de baile, Lisias la atrajo hacia sí y comenzó a moverse al ritmo de la balada que estaba tocando la orquesta. En esos tres días Al había recibido un par de clases de baile, pero no había aprendido lo suficiente como para desenvolverse con seguridad, así que se limitó a dejar que él la guiara.

Lisias inclinó la cabeza y le rozó la oreja con los labios. Al sabía que no era más que teatro, que esperaba que los fotografiaran, pero no pudo evitar que su cuerpo reaccionara a la proximidad del suyo, al calor de su mano, apoyada en el hueco de su espalda, y al cosquilleo de su aliento sobre su piel.

—Al final de la velada le dejaré caer a alguien que tu verdadero nombre es Zandra Agonas —le susurró Lisias—. De inmediato se lo chivará a los chicos de la prensa, que se pondrán como locos e intentarán averiguar todo lo que puedan. Alguno puede que hasta llegue a Kalyva antes que nosotros.

Esbozó una sonrisa de satisfacción por aquella venganza tan bien planeada. No era una sonrisa cálida, pero Al sintió una punzada de deseo. Lisias provocaba en ella unos anhelos que nunca antes se había permitido.

Subió la mano por su brazo y le acarició el cuello hasta alcanzar el suave vello de la nuca. Trazó con un dedo la línea del cabello, y descendió por la mandíbula. Lisias se tensó y la miró, no con el desdén que había temido, sino como haciéndole una advertencia, como si lo alarmara su comportamiento.

Ella lo ignoró por completo. Estaba disfrutando demasiado con aquello como para hacerle caso. Recorrió con el dedo uno de sus recios pómulos y el contorno de su sensual boca mientras se apretaba más contra él. Cuando notó lo excitado que estaba, exhaló un suspiro tembloroso. Lo deseaba tanto...

—Estás jugando con fuego, querida —le advirtió Lisias entre dientes, como irritado.

Sin embargo, el fuego en sus ojos le decía que aquel deseo era mutuo. Le sonrió traviesa y murmuró:

—La vida es un juego peligroso, Lisias. Así que... ¿qué hay de malo en jugar un poco?

Capítulo 6

EL deseo que sacudió a Lisias lo alarmó. Su pequeña espía era un peligro, eso estaba claro. Cuando la melodía que estaba tocando la orquesta terminó, condujo a Al lejos de la pista de baile. Tenía un plan y tenía que llevarlo a cabo. No podía dejarse distraer por lo que le estaba ofreciendo. Sabía exactamente a quién quería presentarla como «la princesa Zandra Agonas» para que se corriese la voz entre los periodistas.

Se detuvo y paseó la mirada por entre la gente, buscando a su presa. Pero la mano de Al, que estaba dibujando arabescos en su pecho, no le permitía concentrarse. La llevó fuera del salón y la arrinconó contra un hueco abovedado en la pared del pasillo que quedaba en penumbra. Tenía intención de reprenderla, de decirle que había cosas más importantes en ese momento que un calentón, pero al mirarla fue incapaz de articular palabra. Sus labios, pintados de un rojo oscuro y brillante parecían atraerlo como cantos de sirena y acabó rindiéndose y tomándolos con los suyos.

Cuando deslizó sus manos por los costados del vestido de Al, ella gimió dentro de su boca y sus dedos se enredaron en su pelo. Era un beso salvaje, frenético y Lisias sabía que debía parar aquello antes de que olvidara por qué estaban allí. Despegó sus labios de los de ella, se apartó y la mantuvo lejos de él, sujetándola por los hombros contra la pared.

Los ojos castaños de Al estaban nublados por el deseo, el mismo deseo que lo consumía a él, y su respiración se había tornado jadeante. La tentación era demasiado fuerte. Aquel no era el lugar, pero si no apagaba aquel fuego no podría concentrarse en absoluto.

—Espérame en el coche —gruñó, luchando con todas sus fuerzas por controlarse.

—Pero...

—Estás jugando a algo muy peligroso, y acabarás quemándote, pero será en un sitio más discreto, no aquí.

Al se pasó la lengua por los labios antes de asentir, vacilante, y alejarse hacia la salida. La siguió con la mirada, admirando el ligero contoneo de sus caderas, la suave y tentadora curva de sus hombros. Cuando giró la cabeza justo antes de cruzar la puerta y lo pilló mirándola, una sonrisa traviesa asomó a sus labios, y Lisias volvió a sentir otra sacudida de deseo.

No podía permitir que las chispas que saltaban entre ellos echaran a perder su plan. La venganza era lo primero. Tenía que concentrarse para poner de rodillas a Diamandis. Fue en busca de la anfitriona de la fiesta, le dio profusamente las gracias por la invitación, y fingió dejar caer accidentalmente el nombre de Zandra Agonas, su acompañante. Luego hizo como si se acabara de dar cuenta de que se le había escapado y empezó a dar un montón de explicaciones hasta que los ojos de la mujer se entornaron con suspicacia. Y con curiosidad.

Se despidieron y Lisias sonrió al verla alejarse por entre los invitados para ir directa hasta un importante periodista. A la mañana siguiente en todos los periódicos habría titulares sobre la princesa a la que se había dado por muerta y su compromiso con él. Satisfecho, se dirigió a la salida.

Mientras caminaba hacia el coche, pensó en Al, que ya estaría esperándolo dentro, sentada en el asiento de atrás. Aquello no era parte del plan, pero a veces los planes tenían que ser alterados sobre la marcha. Tampoco tenía por qué suponer ningún problema, se dijo. Al se había criado en las calles, y sin duda sabía que no podía esperar de él más de lo que estaba dispuesto a ofrecer. Satisfaría esa ansia que tenía de ella, y cuando se hubiera vengado de Diamandis sus caminos volverían a separarse.

Cuando llegó junto al coche, el chófer, que estaba de pie junto a él, le abrió la puerta y se quedó esperando.

—Gracias, Giorgio, ya me ocupo yo —le dijo Lisias—. Siéntese al volante y espere.

—Como quiera, señor —murmuró el hombre.

Aun cuando el chófer hubo cerrado su portezuela, Lisias permaneció allí plantado, mirando a Al a través de la puerta abierta.

—Para que quede claro —le dijo—: no estoy buscando una esposa de verdad.

La suave risa de Al hizo que una ráfaga de calor aflorara en su vientre.

—Ya lo sé, Lisias —replicó ella—. Yo solo quiero... —se encogió de hombros—. He renegado durante tanto tiempo de lo que ansiaba, bien porque no tenía los medios de conseguirlo, o porque tenía que ocultarme bajo un disfraz... Pero ahora puedo satisfacer ese ansia y no tengo por qué seguir escondiéndome. Y con eso me basta —Al ver que él no decía nada y seguía sin moverse, le espetó—: ¿Vas a subir o no?

Lisias se sentía como si fuera a cruzar un umbral que cambiaría las cosas, y él no quería que cambiara nada. Había alcanzado el éxito en lo profesional y estaba a punto de llevar a cabo su venganza, lo único que había querido durante los últimos veinte años.

Finalmente se metió en el coche y cerró la puerta. Dio un par de golpes en la pantalla opaca que los separaba del chófer y se pusieron en marcha, dejando atrás las luces de la ciudad.

—Me dices que hay cosas que ansías, Alexandra —murmuró, volviéndose hacia ella—, pero quizá deberías ser más explícita, no vaya a ser que esté confundido.

Ella volvió a reírse.

—Nunca te he visto confundido. Pero si quieres oírlo, no me importa: para empezar, quiero que vuelvas a besarme.

Él se inclinó, pero su boca quedó fuera de su alcance aun cuando ella levantó la cabeza hacia él. Al lo observaba impaciente, y su respiración se había tornado agitada.

—¿Es eso todo lo que quieres? —susurró Lisias contra sus labios.

Ella inspiró temblorosa.

—Bésame de una vez —le dijo. O más bien se lo exigió.

Y por ahí él no iba a pasar.

—Perdona, pero no acepto órdenes de nadie, querida —murmuró.

—Y yo nunca pido nada; lo tomo sin pedir permiso —replicó ella, y le tiró de la corbata para atraerlo hacia sí y besarlo.

Tampoco era que importara, porque dentro de un rato estaría suplicándole más, así que Lisias respondió al beso, enroscando su lengua con la de ella y se permitió olvidarse de todo lo demás.

Pronto la notó estremecerse entre sus brazos. Sin dejar de besarla, le subió la falda, introdujo la mano dentro de sus braguitas y cuando palpó su pubis la encontró húmeda y dispuesta. Empezó a acariciar su sexo con los

dedos y pronto el embriagador aroma de su excitación inundó la parte trasera del vehículo.

La deseaba como jamás había deseado a ninguna otra mujer y aquello lo inquietaba. Lo inquietaba sentirse así... bajo su embrujo. Necesitaba ser él quien llevara las riendas, retomar aunque fuera un mínimo de control, y por eso interrumpió sus caricias.

—Dame las gracias —murmuró. Y cuando ella lo miró contrariada, sonrió y añadió—: por salvarte la vida aquel día.

Ella abrió la boca, como para protestar, pero no logró articular palabra. Los dedos de él seguían quietos entre sus pliegues calientes, y por su expresión pudo ver que estaba debatiéndose entre qué era más importante para ella, su orgullo, o el deseo que sentía por él. Al final fue el deseo quien ganó.

—Gra... gracias —susurró.

Lisias no estaba seguro de que si su agradecimiento era sincero, pero tampoco estaba seguro de que le importara. Comenzó a mover sus dedos de nuevo, hasta que ella empezó a retorcerse de impaciencia y vio como la expresión de su rostro pasaba del asombro a la desesperación. Sin embargo se tomó su tiempo, disfrutando al verla así, gimiendo y al borde del clímax. Cuando lo alcanzó, sus facciones se transfiguraron y jadeó su nombre sin aliento. Era como una deliciosa caja de sorpresas.

—Lisias... —murmuró con voz ronca.

El sacó la mano de debajo de su vestido y la besó en el cuello.

—¿Sí? —respondió, echándose hacia atrás para mirarla. Parecía estar debatiéndose en una nueva lucha interna. Le dirigió una sonrisa—. Si quieres más, tendrás que pedirlo con buenas maneras —le dijo, y le puso bien la falda al darse cuenta de que el coche se estaba deteniendo. Habían llegado a la casa.

—Que tendré que pedírtelo... —balbució ella, pero justo en ese momento Giorgio abrió la puerta y se calló, azorada.

Lisias se bajó del coche, muy ufano consigo mismo, y le tendió su brazo. Ella se quedó mirándolo un momento, como contrariada, antes de tomarlo y dejar que la condujera al interior de la casa. Divertido, Lisias la llevó arriba y la acompañó hasta la puerta de su dormitorio. Incluso le hizo una pequeña reverencia, como si de verdad fuera una princesa.

—Buenas noches, Alexandra.

Ella parpadeó y entornó los ojos.

—¿De verdad vas a hacer que te suplique?

—¿Quién ha hablado de suplicar? —murmuró él, reprimiendo una sonrisa—. Solo he dicho que tendrías que pedírmelo con buenas maneras. Pero si no quieres hacerlo... —encogió un hombro, se dio media vuelta y empezó a alejarse por el pasillo, seguro de que ella cedería. ¿O tal vez no?

—Por favor —masculló ella a sus espaldas, como irritada.

Lisias se giró hacia ella y enarcó una ceja.

—¿Por favor qué?

Ella vaciló, y eso lo sorprendió, pero al instante siguiente Al avanzó hacia él, toda fuego y determinación.

—Quiero que me hagas tuya —dijo rodeándole el cuello con los brazos y apretando su delicado cuerpo contra el de él. Sus ojos negros lo hechizaron—. Hazme tuya, Lisias... por favor.

Capítulo 7

AL sabía que las cosas buenas no duraban demasiado, y que tenía que aprovechar las oportunidades que se le presentaban. Por eso estaba decidida a disfrutar al máximo de los vestidos, el lujo... y sobre todo de Lisias.

Cuando se puso de puntillas y apretó sus labios contra los de él, Lisias tomó su rostro entre ambas manos y le hizo ladear un poco la cabeza para hacer el beso más profundo y salvaje. Ella quería volver a sentir lo que había sentido en el coche, y aún más. Quería tocarlo, quería darle tanto placer como le había dado él.

Lisias la llevó hasta su dormitorio, y el chasquido de la puerta al cerrarse la llenó de deseo y expectación. Cuando se colocó detrás de ella y la besó en el cuello, Al habría querido volverse hacia él, pero Lisias siguió besándola y oyó y sintió como le bajaba la cremallera antes de que el vestido resbalara y cayera a sus pies.

El vestido no le había permitido ponerse un sujetador, y aunque sus pechos eran pequeños, seguía haciéndosele raro no llevarlos vendados. En un acto reflejo se tapó con los brazos, a pesar de estar de espaldas a Lisias.

—Vuélvete, Alexandra —le dijo él.

Ella se giró, pero mantuvo los brazos sobre su pecho desnudo, quizá por un arraigado sentido del pudor. Sin embargo, Lisias sacudió la cabeza y le asió suavemente las muñecas para hacer que bajara los brazos. Sus ojos la recorrieron hambrientos.

—Tienes unos pechos preciosos; no tienes por qué esconderlos —murmuró, acariciándole un pezón con el pulgar, y una descarga de placer descendió hasta su sexo.

—Lisias... —jadeó.

No sabía qué decir, qué pedirle. No sabía demasiado del sexo, solo lo que había oído. Habiendo vivido en las calles sabía que podía ser un

negocio, y que podía no ser deseado, y también que había personas que lo buscaban por el placer que daba, porque era como una potente droga. Ella quería experimentar eso. Con él.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Lisias—. ¿Quieres que vuelva a tocarte como en el coche?

—Sí... No... Yo... —balbució ella. Lo quería todo, pero no sabía cómo expresarlo.

—O quizá podría darme un festín contigo... —continuó él, haciéndola retroceder hasta que tropezó con la cama y cayó hacia atrás, quedando sentada sobre el colchón.

Lisias se arrodilló frente a ella y le separó las piernas. Ella no pudo apartar la vista cuando le quitó las braguitas, se inclinó hacia delante y, sin preámbulo alguno, comenzó a lamerla. De la impresión, las caderas de Al se despegaron literalmente de la cama, pero él le sujetó las piernas con los brazos y continuó asediándola con sensuales lengüetazos. Las oleadas de placer que la sacudían eran cada vez más fuertes y, cuando creía que ya no podría resistir más, alcanzó el orgasmo como si en su interior hubiera estallado una supernova.

Al abrir los ojos, vio que él se había puesto de pie. Seguía completamente vestido y, salvo porque tenía el pelo algo revuelto y la barbilla manchada de carmín por los apasionados besos que habían compartido, parecía perfectamente calmado y con pleno control sobre sí mismo.

—Ahora tú —le dijo ella apuntándole con un dedo—. Quítate la ropa.

No era justo; ella también quería verlo desnudo.

Lisias enarcó una ceja.

—Creía haber dejado claro que no me gusta que me den órdenes —murmuró.

Pero se desanudó la corbata y sus ojos dorados no se apartaron de los de ella mientras se la quitaba. A ella el corazón le latía como un loco, y todo su cuerpo ansiaba estar piel contra piel con él.

Se puso de rodillas a los pies del colchón y no le suplicó, sino que empezó a desabrocharle la camisa y plantó un beso tras otro en su torso por cada botón que desabrochaba.

Cuando terminó con la camisa y se encontró con la hebilla del cinturón, alzó la vista un momento hacia Lisias antes de abrirla y tirar lentamente del cinturón para sacarlo de las trabillas de los pantalones. Las manos le temblaron un poco al desabrocharle el botón de la cinturilla y bajarle la cremallera, y cuando vio el bulto en sus bóxers un gemido ahogado escapó de sus labios.

Se los bajó junto con los pantalones para dejar libre su miembro erecto, y lo acarició, maravillándose de lo suave y duro que era. El gruñido de placer de Lisias avivó su deseo y, aunque no sabía qué tenía que hacer, no quería que él se diera cuenta de que carecía de experiencia.

Cuando Lisias le puso una mano en la mejilla y le empujó la cabeza hacia delante, supo lo que quería y se dio cuenta de que ella también quería hacerlo: tomarlo en su boca. Le gustó su sabor salado y disfrutó al escuchar los gemidos y la respiración entrecortada de Lisias. Quería llevarlo al orgasmo, como había hecho él con ella, pero de pronto la apartó, y sus ojos brillaban con tal fiereza que temió que hubiera hecho algo mal.

—Tumbate —le ordenó Lisias.

A ella ya le daba igual quién diera órdenes a quién, o si tenía que suplicar. Estaba ansiosa por tenerlo dentro de sí. Lisias se agachó para recoger sus pantalones del suelo, sacó la cartera del bolsillo y extrajo de ella un preservativo. Mientras observaba cómo se lo ponía, Al se negó a dejar que el miedo se apoderara de ella. Así era como se había enfrentado a cada situación desconocida en su vida: convenciéndose de que podría afrontar cualquier cosa.

Lisias se colocó a horcajadas sobre ella y le separó las piernas. No tenía miedo, se dijo Al cuando acercó su miembro a su sexo, no tenía nada que temer, no con él, se dijo mientras se introducía en ella.

Había oído historias de experiencias distintas acerca de la primera vez. Historias de mujeres que habían sentido dolor, o solo un poco, y otras a las que no les había dolido nada. También decían que dependía de la delicadeza o falta de ella del hombre en cuestión, del tamaño de su miembro o de si una estaba enamorada.

A ella le pareció que el miembro de Lisias era tan grande que no cabría en su interior, pero la penetró hasta el fondo y el delicioso placer que experimentó cuando empezó a mover las caderas y ella lo imitó, hizo que las ligeras molestias que sentía se disiparan.

Y pronto el placer se convirtió en auténtico éxtasis, oleada tras oleada. Las manos de Lisias recorrían todo su cuerpo, sus labios devoraban ávidamente los suyos y era tan agradable sentirlo entrando y saliendo de ella... Cada vez estaba más cerca del borde de ese abismo de placer que ahora conocía, y ansiaba caer por él de nuevo.

Gimió su nombre. Necesitaba algo de él, pero no sabía qué era. Volvió a gemir su nombre una y otra vez, una y otra vez... hasta que un orgasmo increíble la sacudió.

Con una última embestida Lisias se derrumbó sobre ella, y durante un buen rato solo se oyó la respiración agitada de ambos hasta que poco a poco se fue relajando y acompasando. Finalmente Lisias se quitó de encima de ella sin decir nada, se fue al baño, y cuando salió se quedó en el umbral de la puerta. Parecía enfadado, aunque no entendía por qué.

—Deberías habérmelo dicho —la increpó con una mirada acusadora.

Ella se quedó allí echada, disfrutando del suave tacto de las sábanas bajo su piel desnuda y de los últimos coletazos del clímax.

—¿Decirte qué?

—Que nunca habías hecho esto.

Ella arrugó la nariz. No comprendía qué problema tenía.

—¿Por qué?

—Habría sido... menos brusco.

Ella se desperezó y exhaló un suspiro satisfecho.

—No te preocupes; he disfrutado muchísimo.

Al ver que pasaban los segundos y él permanecía allí plantado en medio de un tenso silencio, se giró sobre el costado para poder mirarlo mejor.

—No entiendo por qué te molesta eso. Quería hacerlo. Yo misma te lo pedí. Hasta dije «por favor», por si no te acuerdas.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Lisias, pero Al vio una chispa de deseo en sus ojos.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó ella, sonriéndole alegremente—. Si quieres lo haré, pero me temo que tendrás que pedírmelo por favor.

Lisias gruñó y avanzó a zancadas hasta la cama, pero no se arrojó sobre ella, ni la atrajo hacia sí con un beso ardiente, como ella había

esperado, sino que se quedó ahí de pie mirándola furibundo, como un señor de la guerra al que hubiera ultrajado.

—No olvides, Alexandra, que soy yo quien está al mando. Lo único que me importa es la venganza.

—Y a mí tu venganza no me importa en absoluto —le dijo ella con un descaro que la sorprendió—. Pero me encantaría que volviéramos a hacer lo que acabamos de hacer. Si suplico, ¿me harás el amor otra vez?

Lisias no sabía por qué lo había incomodado tanto descubrir que hasta hacía un momento había sido virgen. Quizá porque ni se le había pasado por la cabeza que pudiera serlo, aunque por fuerza tuviera que serlo, teniendo en cuenta que durante años se había hecho pasar por un chico.

Además, por regla general rehuía a las vírgenes porque eran propensas a hacerse ideas equivocadas, a hacer una montaña de un grano de arena. Porque, por más increíble que hubiera sido el sexo entre Alexandra y él, no había sido más que eso: sexo.

Y encima tenía la osadía de quedarse echada en su cama, desnuda, la perfección hecha carne, sonriéndole como si fuera el centro de su universo. Quizá lo que lo molestaba era que siempre lo sorprendía, que era impredecible, que no conseguía comprenderla. Lo único que tenía claro era que lo deseaba tanto como él a ella. Incluso en ese momento, nada más acabar de hacerlo, los dos estaban pensando en repetir.

Por eso no le dijo que se fuera, por eso dejó que se quedara en su cama. Otra regla que se había impuesto y que incumplía... Claro que iban a fingir que estaban prometidos y que compartirían una cama en Kalyva... Y Kalyva era en lo que debería concentrarse, porque partirían hacia allí por la mañana, para poner en marcha su venganza.

Sin embargo, en medio de la noche ocurrió algo muy extraño. Se despertó, como le ocurría a menudo, agitado por una pesadilla recurrente, compuesta sobre todo de recuerdos retorcidos por su imaginación.

Temió haber despertado a Alexandra, y se recriminó haber sido tan débil como para permitir que se quedara en su cama. Cuando se giró para mirarla vio que en efecto estaba despierta, pero estaba incorporada, casi en la misma postura que él, con las manos apoyadas en el colchón, la piel perlada en sudor y el aliento entrecortado, igual que el de él, como si estuviera aterrada.

Sus ojos se encontraron, y se quedaron mirándose mientras su respiración se calmaba, hasta que cayó en la cuenta de que ella también debía haber estado teniendo una pesadilla. La idea de que pudieran tener algo en común, de que pudieran comprenderse el uno al otro, lo sorprendió, aunque no sabía qué importaba eso, porque él no quería que lo comprendieran; solo quería venganza.

Debería pagarle por haberlo acompañado a la fiesta y decirle que se fuera. Ya encontraría a otra joven que interpretara el papel de la princesa Zandra, una que no hiciese que se tambalearan sus convicciones. Sin embargo, supondría un retroceso tener que volver a empezar. Solo tenía que recordarse que lo único que importaba era ejecutar su plan, y que ella no era más que una herramienta para conseguir su venganza.

Aunque aquella hubiera sido la primera vez de Alexandra, no permitiría que aquello se convirtiese en algo más. Ella misma había dicho que solo quería dar rienda suelta a su deseo. No dejaría que se montase cuentos de hadas en la cabeza.

Capítulo 8

EL viaje por mar transcurrió sin incidentes. El lujoso yate de Lisias se deslizaba grácil y veloz por las azules aguas del mar Egeo. Sin embargo, Al continuaba teniendo el estómago revuelto.

—No me digas que sigues mareada —dijo Lisias, sentándose junto a ella en la cubierta.

Era el único sitio donde Al parecía sobrellevarlo un poco mejor, con la brisa marina en la cara.

—Estoy deseando que llegemos a tierra firme —farfulló apretando la mejilla contra la fría barandilla de metal.

—Bueno, no te preocupes; falta poco para llegar —contestó Lisias, señalando a lo lejos.

Allí, en la distancia, se alzaba la isla. Al miró a Lisias de reojo. La noche anterior, cuando se había despertado de una de sus pesadillas y lo había encontrado despierto a él también, no se habían dicho nada. Estaba segura de que él también había estado teniendo una pesadilla, pero no se había atrevido a preguntarle. Cuando la respiración de ambos se había calmado, se habían acurrucado juntos, hallando consuelo en el calor del otro y habían vuelto a dormirse.

—¿Con qué sueñas por las noches? —le preguntó ahora, aunque sabía que iba a devolver la pelota a su campo.

—Pues un poco de todo, supongo. ¿Con qué sueñas tú? —inquirió él a su vez.

Al suspiró.

—No lo sé; siempre está todo en penumbra. Hay gritos, confusión y dolor. Una mano se alarga hacia mí para salvarme, pero nunca consigo asirme a ella —le explicó, encogiéndose de hombros.

Le daba vergüenza que esas pesadillas recurrentes la alteraran tanto, pero parecía que no era la única a la que le ocurría. Ansiosa por sentirse comprendida, le puso una mano en el brazo y le pidió:

—Cuéntame qué estabas soñando anoche. Era una pesadilla, ¿no? ¿Las tienes a menudo?

Lisias no la miró, pero tampoco apartó su mano.

—Son recuerdos mezclados con viejos monstruos —murmuró con la vista fija en la isla—. Pero una vez haya llevado a cabo mi venganza, aplastaré a esos monstruos igual que haré con mi viejo amigo —masculló.

—¿El rey era tu amigo?

—Al menos creía que lo era. Pero eso ya no importa porque ahora somos enemigos, y una vez lo haya derrotado, dejaré todo eso atrás.

—¿Estás seguro?

Lisias la miró, pero las gafas de sol que llevaba impidieron que Al pudiera discernir su expresión.

—Por supuesto.

Cuando llegaron a la dársena, Lisias entrelazó sus dedos con los de ella mientras esperaban a que la tripulación asegurara la embarcación y colocara la rampa para que desembarcaran. Al paseó la mirada a su alrededor. A pesar de que hacía una mañana soleada y cálida, estaba temblando por dentro y tenía las manos frías.

Debía ser por los nervios. Lisias le había dicho que estaba seguro de que el rey estaría allí esperándolos, por lo que tendría que meterse en el papel de inmediato. Tener que fingir ser la hermana del monarca, su hermana asesinada, se le antojaba algo cruel. Sin embargo, la vida era cruel; lo había sido con Lisias y con ella, y quizá también con el rey, pero al fin y al cabo era un rey, así que sin duda podría lidiar con ello.

Mientras bajaban por la rampa, Al se esforzó por comportarse como la aturdida princesa que apenas acababa de empezar a recobrar la memoria y a recordar quién era, además de como la sofisticada y femenina prometida de Lisias Balaskas.

—Ah, el hogar... —murmuró él, con una nota amarga en su voz.

Al final de la dársena había un grupo de guardias armados con uniforme negro que flanqueaban a un hombre joven ataviado con una especie de túnica roja y negra que Al imaginó que debía ser el rey. A lo lejos se divisaban casas tradicionales encaladas y adornadas con toques de

añil y edificios de poca altura y en la parte más alta de la isla, sobre una colina, se alzaba un enorme palacio de piedra de un blanco radiante que se recortaba contra el cielo azul con sus torreones y sus cúpulas.

Al sintió una punzada en el pecho y un pánico repentino se apoderó de ella. Se detuvo y dio un paso atrás, pensando que tenía que echar a correr y alejarse de allí.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Lisias, deteniéndose también volviéndose hacia ella.

—Es que... —balbució sin saber cómo explicar aquella horrible sensación que le atenazaba el corazón—. No me gusta este lugar —murmuró.

—Vamos, ¿cómo puedes decir eso? Es un lugar muy hermoso —replicó él con suavidad, como tratando de calmarla.

—Sí que lo es, pero...

No se trataba de eso. Tenía un mal presentimiento, de la clase de presentimientos a los que siempre había prestado atención en las calles, esos que la habían mantenido con vida. No se sentía segura allí; había algo que no le gustaba de aquel sitio.

Se encaminaron hacia el rey y sus guardias. Se encontraban en un camino que se elevaba sobre la playa y la dársena y el monarca los observaba con desprecio desde allí arriba, como si fueran insectos. Y, sin embargo, había algo en él que... Al, a quien el corazón le martilleaba en el pecho, intentó controlar su respiración. El pánico le estrujaba los pulmones. Tenía que huir de allí, tenía que...

—O eres muy valiente o muy estúpido —le dijo el rey a Lisias, cuando se detuvieron a unos pasos.

Lisias esbozó una sonrisa falsa y respondió:

—Probablemente ambas cosas. Y sé que no vas a hincarte de rodillas para darme las gracias... aunque deberías, pero he traído de vuelta a tu hermana. De nada.

Lisias se quedó mirando fijamente al rey Diamandis, aunque le preocupaba lo rara que estaba Alexandra. La notaba tensa e inquieta a su lado.

—Los rumores se han disparado, azuzados por ti, sin duda —dijo el monarca—, pero como mi gente le ha dicho a todos los que han venido

husmeando, la princesa Zandra fue asesinada junto con el resto de mi familia.

Para Lisias era extraño estar de nuevo en Kalyva, el lugar que aún consideraba su patria, a pesar de que había vivido más tiempo en Atenas que allí. Nada había cambiado excepto el hombre que tenía ante sí porque ya no era un muchacho de catorce años, sino un adulto, un rey.

Veinte años entre el entonces y el ahora. Entre ser amigos y enemigos. Porque Diamandis había sido su amigo. Lisias le había considerado incluso como un hermano. Porque a pesar de la diferencia de estatus entre ellos, Diamandis jamás le había hecho sentirse inferior.

Había muchas cosas que podría perdonarle, incluido su propio destierro. Pero había sido el responsable de la muerte de sus padres, y ni siquiera en la muerte les había permitido conservar un mínimo de dignidad. Habían sido enterrados como traidores, como cómplices de asesinato.

—Ah, sí —respondió, con otra sonrisa forzada—. Lástima que sea mentira... Nadie podría saberlo mejor que yo; estaba allí.

Diamandis le lanzó una gélida mirada de odio.

—Os alojaréis en palacio —dijo en un tono autoritario.

—Ya disponemos de alojamiento —replicó Lisias con retintín—. Y de un medio de transporte. Aunque si quisierais enseñarle el palacio a vuestra hermana, estaríamos encantados de ir allí esta noche. Quizá podríamos cenar juntos y...

—Ya basta —lo cortó Diamandis. Sus ojos relampagueaban, pero parecía que por fin había aprendido a controlar su mal genio—. Vendréis al palacio y hablaremos de todo esto. Podéis venir por vuestra propia voluntad, o por la fuerza.

Hizo un gesto con la cabeza a uno de sus guardias, y a la orden de este cuatro de ellos rodearon a Lisias y Al. Aquello no extrañó a Lisias, que sabía que suponía una amenaza para su viejo amigo. No borró la sonrisa de sus labios ni se mostró intimidado.

—¿Vas a hacernos prisioneros? —dijo, fingiéndose sorprendido—. Me parece un poco extremo, Diamandis.

—El tratamiento correcto es «Su Majestad», como muy bien sabe, señor Balaskas.

—Vamos, Diamandis, no vamos a tratarnos ahora como dos extraños. Piensa en todo lo que hemos compartido —le dijo Lisias.

Él pensaba en ello demasiado a menudo, y en cómo se había visto traicionada su inocencia, la inocencia de un chiquillo.

—Desearía no haberte conocido jamás —masculló Diamandis—. Podéis utilizar vuestro medio de transporte, pero os alojaréis en palacio y mis guardias os escoltarán.

Lisias encogió un hombro.

—Si tan importante es para Su Majestad —contestó con ironía—, con mucho gusto le complaceremos.

Y hasta le hizo una pequeña reverencia, porque sabía que Diamandis vería aquel gesto como una burla y no como una muestra de respeto.

El rey les dio la espalda y se alejó con el resto de sus guardias hasta su vehículo. Lisias, por su parte, sonrió socarronamente al pequeño retén que Diamandis había dejado para asegurarse de que fueran directamente a palacio. Luego condujo a Alexandra al coche que había alquilado para que pudieran moverse libremente por Kalyva.

Alexandra no podría encajar mejor en su papel; estaba perfecta. La ropa que llevaba era elegante, pero apropiada para las temperaturas cálidas de la isla: una blusa blanca con bordados y manga corta, una falda vaporosa de color rojo que le llegaba a la rodilla y unas sandalias a juego. Además, la estilista le había moldeado el cabello, de modo que estaba ligeramente ondulado.

Le abrió la puerta del copiloto y, cuando Alexandra se hubo sentado, rodeó el vehículo para ponerse al volante. Un coche oficial se puso delante de ellos y otro se colocó detrás. Le lanzó una mirada a Alexandra cuando se pusieron en marcha. Tenía el ceño fruncido y la vista fija en lo alto de la colina. ¿Estaría nerviosa?, ¿preocupada, tal vez?

—Estás muy callada.

—No me gusta este lugar —contestó ella—. Me da mala espina, y siempre he confiado en mi instinto para mantenerme a salvo. Resulta muy... inquietante no poder hacerlo ahora.

—Bueno, desde luego corremos ciertos riesgos. Y en esta isla... en el palacio, en particular... ocurrieron muchas atrocidades. Así que puede que tu intuición no te engañe, pero eso no cambia lo que hemos venido a hacer. —Lo sé —murmuró ella—. No es que quiera echarme atrás ni nada de eso; es solo que, como he dicho, me resulta inquietante —irguió los hombros y añadió—. Pero estoy segura de que lo superaré.

Minutos después, cuando llegaron al palacio, el coche que iba delante de ellos se detuvo frente a la entrada trasera. Lisias resopló con sarcasmo. La entrada de los sirvientes... Sin duda Diamandis pretendía insultarlo, pero el solo hecho de que se hubiera molestado en tratar de insultarlo implicaba que lo veía como a una amenaza.

Los guardias que iban en ambos coches empezaron a bajarse, así que Lisias se apresuró a inclinarse hacia Alexandra y le dijo:

—El rey quiere que nos alojemos en palacio para tenernos vigilados de cerca. Me resistiré un poco, por supuesto, pero al final haré como que claudicamos. Así podrás moverte por el palacio para husmear, bajo tu disfraz de Al, si fuera necesario.

Lisias se apeó del vehículo y le tendió la mano a Alexandra para ayudarla a bajar. Los guardias los condujeron dentro del edificio y un montón de dolorosos recuerdos lo asaltaron. Se había esforzado por olvidarlos, pero se agazapaban en las sombras y ahora se deslizaban sigilosos hacia él. Lo peor era que no todos eran de aquella noche. También había algunos recuerdos cálidos, de sus padres, de su amistad con Diamandis, de la amabilidad del rey y la reina... Esos eran peores que el sangriento golpe que se había llevado a cabo.

A medida que se alejaban de las dependencias del servicio y se acercaban al ala real, giró la cabeza hacia Alexandra, y algo oscuro, como una garra fantasmal, le estrujó el corazón al ver su perfil contra los paneles de mármol del inmenso corredor. Fue como si el tiempo intentase retroceder y arrojarlo de nuevo a los horrores que había vivido. Pero no iba a dejarse arrastrar, aquello no era una pesadilla y la venganza que tanto tiempo había estado esperando estaba casi al alcance de sus manos.

Capítulo 9

ESPEREN aquí —dijo uno de los guardias, dejándolos frente a unas gigantescas puertas labradas de madera.

Alexandra las estudió con curiosidad. Representaban algún tipo de escena antigua y estaban pintadas con tonos dorados, bronces y azules.

—Es la primera batalla de Kalyva —le dijo Lisias en voz alta—. Quizás recuerdes algo más si te lo explico.

—Me resulta familiar —murmuró Al, alargando la mano para tocar un caballo encabritado. Y no era mentira, aunque tal vez le recordaba a algo que había visto en otro sitio, o en algún libro—. Pero mis recuerdos están tan revueltos... —añadió, metiéndose en su papel.

Lisias puso su mano sobre la de ella.

—Entonces, deja que te ayude.

Le relató la historia de dos facciones enfrentadas de antiguos guerreros. Una de ellas estaba hecha para la batalla, mientras que la otra se había visto obligada a luchar por necesidad. Lisias hilvanó el relato de tal modo que sonaba más como un mito, como un cuento, que como un episodio histórico que había ocurrido de verdad.

Estaba tan absorta en la narración que no habría sabido decir del lado de qué facción estaba o cuál resultaría victoriosa. Llegado un momento en el relato, incluso dejó de mirar la puerta y se giró hacia Lisias.

El perfil esculpido de este, la suave curva de sus labios, su profunda voz... De pronto la invadió el mismo calor que había experimentado la noche anterior... y algo más... Algo tierno, algo... Quería que volviera a besarla, quería volver a sentirlo dentro de ella...

Las puertas se abrieron abruptamente, y a Al le pareció que Lisias se sobresaltó tanto como ella, pero luego supuso que debía haberlo

imaginado, porque al instante siguiente estaba mirando al rey con esa sonrisa burlona y dagas en sus ojos dorados.

—Pasad y sentaos —ordenó el rey, apartándose y señalando un par de sillas frente a un enorme escritorio de madera.

Debía ser su despacho, pensó Alexandra, pasando la mirada por las mullidas alfombras y los elaborados cortinajes de los ventanales. En las paredes había paneles de madera pintados con escenas que suponía representaban sucesos de la historia de la familia real.

Lisias y ella tomaron asiento, pero el rey, que había cerrado la puerta y rodeado el escritorio, no se sentó sino que se quedó de pie, mirándolos furibundo.

—Si pretendes seguir adelante con esta farsa —le dijo a Lisias—, me bastará con una prueba de ADN para demostrar que mientes.

—Ningún problema —contestó Lisias con despreocupación, apoyando el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda—. ¿De verdad crees que traería a una impostora, sabiendo lo fácil que sería que la desenmascararas? —se giró y, lanzándole una mirada divertida a Al, le dijo—: Ya te advertí que se mostraría suspicaz, pero conseguiremos que nos crea.

Ella, que aún no se atrevía a hablar, se obligó a esbozar una sonrisa y asintió.

—No tengo por qué tolerar esto —le dijo Diamandis a Lisias—. No eres bienvenido. Fuiste desterrado y puedo hacer que vuelvan a expulsarte ahora mismo del país o incluso que te ejecuten.

—Cierto, tienes poder para hacer todas esas cosas —admitió Lisias—. Pero ¿puedes mirar a esta joven y decir que no ves el parecido entre vosotros?, ¿que no es evidente que tu sangre corre por sus venas?

El rey no la miró, y Al se dio cuenta de que era intencionado. Se negaba a mirarla. Mantuvo la vista fija en Lisias y le lanzó otras pocas amenazas mientras este respondía a una tras otra. Sus voces parecían un retumbar de truenos, distantes e incomprensibles, y Al se encontró levantándose y alejándose de ellos sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo.

Mientras seguían discutiendo, fue hasta la ventana y miró el mar, la blanca playa y a la gente que caminaba por ella. ¿Por qué todo aquello le resultaba tan familiar? Alargó la mano y tocó la pared que había junto a la ventana. Sus dedos siguieron el diseño del papel que cubría la pared, y

estudió el panel de madera pintado junto a la ventana. Aquel no parecía representar una batalla, como los demás del despacho, sino una coronación. Se fijó en el marco del panel. Era imposible que le resultara familiar porque nunca había estado allí, pero tenía la sensación de que había visto algo muy parecido... quizá en otro sitio. Palpó alrededor del marco, encontró un botón, lo apretó y se abrió una puerta con un fuerte chasquido.

No sabía decir cuánto tiempo permaneció allí de pie, mirando el oscuro interior más allá de la puerta que se había abierto. No sabía qué le estaba pasando, qué eran aquellas extrañas sensaciones que se agitaban dentro de ella. Se giró hacia Lisias.

Este se había levantado de su asiento, y el rey y él estaban mirándola como si le hubiesen salido antenas. Al no acababa de encontrarle explicación a lo que acababa de hacer, pero suponía que en cierto modo era algo a lo que estaba acostumbrada, a encontrar cosas ocultas y escondrijos secretos en las mansiones de los hombres ricos a los que investigaba. Porque eso era lo que parecía aquella puerta, algo secreto, un pasadizo secreto.

—¿Cómo sabía lo de esa puerta oculta? —exigió saber el rey, dirigiéndose hacia ella. Estaba visiblemente enfadado, pero también algo pálido.

—Es evidente que la recordaba —contestó Lisias por ella. Sin embargo, él también estaba mirándola de un modo raro. Al cabo de un instante por fin pareció sobreponerse y fue junto a ella—. Lo que pasa es que estás abrumada —le dijo, en un tono tan amable y preocupado que de pronto se sintió abrumada de verdad. Le rodeó la cintura con el brazo, en un gesto protector y se volvió hacia Diamandis—. Necesita tranquilidad y descansar un poco.

La llevaré a...

—La llevarás arriba —lo cortó el rey—. Mis sirvientes le han preparado una habitación.

—Donde vaya ella iré yo. Es mi prometida, y no la dejaré sola para que la atormente alguien como tú.

—Si de verdad fuera mi hermana... lo cual es imposible, por supuesto, alejándola de alguien como tú le estaría haciendo un favor —replicó Diamandis.

—Basta —intervino Al, irritada con ambos—. Tanto discutir no os llevará a ninguna parte. Los dos creéis que tenéis la razón y que no se os puede reprochar nada y jamás convenceréis al otro de lo contrario. Así que, en vez de toda esta pelea de gallos, deberíais ir al fondo de la cuestión.

Lisias sonrió, pero fue una sonrisa tan falsa como toda aquella pantomima. Y, sin embargo, cuando se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos, Al no pudo evitar sentir una punzada de deseo.

—Por supuesto, querida mía —le dijo. Se volvió hacia Diamandis—. No espero que Su Majestad me crea, por supuesto, pero al menos deberíamos intentar ser civilizados el uno con el otro —añadió con sorna. Incluso le dedicó una sonrisa a su enemigo y le dijo—: Y llegaremos al fondo de la cuestión, después de que ella haya descansado.

El rey apretó la mandíbula.

—Ya lo creo que llegaremos al fondo de la cuestión —masculló. Y luego esbozó una sonrisa extraña y añadió—: Mis guardias os conducirán a vuestros aposentos.

Lisias no sabía cómo había averiguado Alexandra lo de la puerta secreta. Todo se le antojaba tan extraño... Volver a estar en aquel lugar, la cascada de emociones en su interior, Alexandra... No había estado preparado para sentirse así de... agitado por dentro.

Tenía que centrarse. La venganza requería una planificación cuidadosa, hacer todas las cosas con los pasos contados, y él estaba perdiéndose en pequeñeces que no importaban.

Y, sin embargo, una desagradable sorpresa por parte de Diamandis estaba esperándolo. Porque reconoció el corredor por donde los guardias estaban llevándolos, sin motivos decorativos ni murales pintados en las paredes... Aquel corredor conducía a las dependencias donde vivía el servicio. Era donde él había vivido con sus padres.

Cuando los guardias se detuvieron a ambos lados de una puerta, como si fueran prisioneros, Lisias sintió que un escalofrío lo recorría. Uno de los guardias abrió la puerta y Alexandra entró, pero Lisias se quedó paralizado. Sabía que debería entrar, ignorar el dolor y el sufrimiento que lo embargaban, demostrarle a Diamandis que no podía hacerle daño, pero...

Al ver que no entraba, Alexandra se volvió hacia él. La confusión y la preocupación nublaron sus facciones.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Debería mentirle, o reírse y decirle que no le pasaba nada, pero por algún motivo se encontró contándole la verdad.

—Estos eran los aposentos de mis padres.

Al parpadeó y miró a su alrededor.

—Esto es cruel; es...

La voz le temblaba de ira y sus ojos relampagueaban. Se giró sobre los talones, salió por la puerta y se alejó a zancadas por donde habían venido.

Los guardias se quedaron tan anonadados como Lisias por su reacción, y por un momento se quedaron allí plantados. Pero para Lisias estaba claro que Al había perdido la cabeza y fue tras ella, seguido a poca distancia por los guardias.

—¡Alexandra! —la llamó.

Pero ella no se detuvo. La decisión con que avanzaba sorprendió a Lisias. Por el modo en que la falda del vestido se agitaba con cada paso, le recordaba a una Medusa sedienta de venganza. Tenía curiosidad por ver cómo acabaría aquello.

Cuando llegó al despacho del rey, ni siquiera llamó, sino que abrió las puertas de par en par y entró como un torbellino. Lisias y los guardias entraron detrás de ella. El rey se había levantado de su escritorio con una expresión tal de sorpresa y espanto, que Lisias tuvo que contener la risa.

Alexandra miraba a Diamandis furibunda y con los brazos en jarras.

—Si esperas que nos quedemos, ordenarás que nos cambien de inmediato de aposentos —le dijo.

—¿Cómo se atreve a tutearme? —masculló Diamandis.

—Porque soy tu hermana, maldita sea —le espetó ella, completamente metida en su papel.

El rey permaneció en un tenso silencio, pero Alexandra no se arredró, sino que le sostuvo la mirada. Su pecho subía y bajaba porque su respiración se había tornado agitada de pura indignación. Y en ese momento a Lisias le pareció más hermosa que nunca.

—Si fuera mi hermana, sabría que no debe dirigirse a mí de ese modo.

Soy el rey —le contestó Diamandis en un tono amenazador.

Pero Alexandra no parecía dispuesta a dejarse intimidar.

—Me da igual; me daría igual aunque fueras el rey del mundo entero —le espetó. Señaló a Lisias y añadió—: Instalarnos en los aposentos de sus padres, después del modo en que los perdió... Es de una crueldad repugnante...

Las facciones del rey se endurecieron aún más, si es que eso era posible. Lisias no podía articular palabra, solo observar la conversación entre ambos, anonadado.

—Y que usted y él se presenten aquí mintiendo —le dijo Diamandis a Alexandra—, y que usted se haga pasar por mi hermana asesinada, ¿qué es?

¿Un acto de caridad? Al resopló.

—¿Esa es tu excusa, Diamandis? Un rey debería estar por encima de esas mezquindades —le contestó—. Me da igual que nos creas o no, pero lo que has intentado hacer con Lisias es despreciable. Quizá después de todo no quiera ser parte de la familia real; no cuando el rey se comporta de esa manera.

—Por si no lo sabía, ya no hay ninguna familia real —masculló Diamandis—. Están todos muertos.

—Tú no lo estás. Y yo tampoco.

Diamandis le lanzó una mirada a Lisias.

—Harías bien en controlar a tu prometida —le dijo con desdén.

Lisias sonrió divertido.

—Bueno, yo la prefiero así, fuera de control.

Diamandis miró a Alexandra de arriba abajo y luego, dirigiéndose de nuevo a Lisias, dijo:

—Disfrutaré demostrando que sois unos charlatanes embusteros. Así no quedará ninguna duda de que eres un traidor, igual que lo eran tus padres.

Aquellas palabras golpearon a Lisias, tal y como sabía que había sido la intención de Diamandis. Y precisamente por eso se recordó que no estaba allí para ver a Alexandra bajarle los humos, por mucho que lo hubiese disfrutado. No podía distraerse de aquella manera.

Sin embargo, cuando los guardias los condujeron a otros aposentos, Lisias seguía sintiéndose descentrado. Porque Alexandra aún estaba furiosa y se había enfrentado a un rey, y lo había hecho por él.

Capítulo 10

LO odio... Odio a ese hombre... —masculló Al, caminando arriba y abajo por el salón de los nuevos aposentos en que los habían alojado.

Había conseguido lo que pretendía, pero su ira no se había disipado. Lo que el rey había hecho había sido tan repugnante... Era algo imperdonable. La expresión de Lisias, cuando se había percatado de que los habían llevado a los antiguos aposentos de sus padres, le había encogido el corazón.

Por primera vez había sido capaz de imaginarlo como el chiquillo que había sido una vez, el chiquillo que había tenido por su amigo al hombre que ahora era tan cruel con él. La expresión en su rostro mientras permanecía paralizado frente a la puerta, en el pasillo, la había hecho sentirse tan mal que se había sentido en el deber de proteger a aquel muchacho dolido y traicionado.

—Y odio este lugar —masculló, simplemente porque necesitaba desahogarse.

—Bueno, supongo que las dos cosas nos ayudarán a conseguir llevar a cabo mi venganza.

Al se volvió hacia Lisias, confundida por el tono de su voz. Pensó que quizá estuviera intentando mostrarse indiferente, hastiado, pero su habitual deje sarcástico no le salió. Por primera vez se preguntó si quizá no debería haberse mostrado tan temeraria con el rey.

—¿He echado a perder tus planes? —le preguntó.

—Claro que no —replicó Lisias, observándola de un modo tan intenso que el corazón de Al empezó a palpar más deprisa—. De hecho —continuó—, creo que tu pequeña actuación, el modo en que me has defendido, solo añade credibilidad a nuestra pantomima de lo enamorados que estamos. Y eso es bueno porque, cuando consigamos que Diamandis

crea que eres la princesa, la idea de que su hermana se vaya a casar conmigo será la segunda de sus peores pesadillas.

—¿Pero cómo vas a hacerle creer...?

—Llevo varios años ganándome a diferentes personas que trabajan para el rey. Algunas se mostraron dispuestas a ayudarme en cuanto las tanteé inicialmente; con otras me llevó más tiempo. Tengo un contacto que falseará los resultados de la prueba de ADN para nosotros.

Alexandra asintió, pero sus palabras no la tranquilizaron demasiado. Además, Lisias seguía mirándola con esa expresión tan intensa que no sabía cómo interpretar. Entonces fue junto a ella, tomó su rostro en sus grandes manos y la estudió en silencio.

Cuando la besó no fue como el día anterior. Había pasión en aquel beso, sí, pero también algo más delicado, más profundo, y la ira que Alexandra albergaba por el comportamiento de Diamandis se disipó.

Ella respondió al beso con ardor mientras las manos de Lisias se deslizaban por su espalda de un modo posesivo y la atraían hacia él, apretándola contra su cuerpo para que notara lo excitado que estaba.

Cuando sus labios se despegaron y Alexandra abrió los ojos, se encontró con que él estaba mirándola y una ráfaga de deseo la sacudió.

—Acaríciame —le dijo con voz ronca.

—Has olvidado la palabra mágica, Alexandra —respondió él. Su voz aterciopelada parecía un ronroneo.

Ella intentó frotarse contra él, pero Lisias la asió por las caderas y se lo impidió.

—A lo mejor hoy deberías ser tú el que diga «por favor» —le dijo ella.

Lisias se rio entre dientes.

—Eso jamás ocurrirá —murmuró.

Cuando le abrió de un tirón la cinturilla de la falda, haciendo saltar los botones, y la prenda cayó al suelo, un gemido ahogado escapó de los labios de Alexandra. Y antes siquiera de que pudiera reaccionar, Lisias la tomó en volandas, le quitó las sandalias y la llevó hasta la cama.

La echó sobre el colchón, se descalzó y se colocó a horcajadas sobre ella para quitarle la blusa y el sujetador. Ella alargó las manos y comenzó a

desabrocharle torpemente los botones de la camisa. Estaba ansiosa por tocarlo, por sentir el calor de su piel y recorrer sus poderosos músculos.

Lisias se quitó la camisa, la arrojó a un lado y se inclinó para tomar sus labios de nuevo con un beso largo y profundo. Luego descendió por su cuello, beso a beso, y sus labios rozaron con delicadeza la cicatriz entre sus senos.

—Nadie volverá a hacerte daño —murmuró—. No lo permitiré.

Los ojos de Alexandra se humedecieron, y una sensación cálida se extendió por todo su ser. Era una promesa que no podría mantener, aunque lo hubiera dicho en serio, porque cuando ella hubiera acabado aquel trabajo sus caminos se separarían. Se lo había dejado muy claro, y ella no esperaba nada más de él.

Sin embargo, la hacía ansiar cosas que jamás habría imaginado que pudiera ansiar. Hasta la noche pasada no había sabido lo que era la pasión. Y otros sentimientos que estaba experimentando aún no los comprendía. Cuando habían hecho el amor, era como si se hubiera producido entre ellos una conexión que iba más allá del placer.

Era como si fueran dos caras de la misma moneda que se hubieran fundido íntimamente, era como si pertenecieran el uno al otro. Y era extraño ansiar más de aquello, porque sabía que no debía. Por la vida de uno pasaban muchas personas, pero la única persona con la que podías estar seguro de pasar el resto de tu vida eras tú mismo.

Pero cuando la mano de Lisias descendió por su cuerpo hasta llegar a su sexo, se olvidó de todo lo demás.

—Lisias... —jadeó cuando empezó a acariciarla.

Cuando la tenía retorciéndose de placer debajo de él, Lisias se detuvo para acabar de desvestirse y ponerse un preservativo. Luego volvió a subirse a la cama y la penetró con una embestida certera y deliciosa. Alexandra gimió su nombre, comenzaron a moverse al unísono, y se aferró a sus hombros mientras se abandonaba a las maravillosas sensaciones que provocaba en ella y Lisias le susurraba lo hermosa e increíble que era.

Era como si aquello nunca fuera a tener fin, y tenía la impresión de que su cuerpo no podría aguantar tanto placer, pero este iba en aumento, como una bola de nieve que se vuelve más y más grande a medida que rueda por una escarpada ladera. Las manos de Lisias se enredaron en su pelo, y cuando rugió de gusto al alcanzar el orgasmo, ella, que acababa de

alcanzarlo también, le rodeó la espalda con los brazos y lo estrechó con fuerza contra sí, como si no quisiera dejarlo ir.

Alexandra se quedó dormida con un puño cerrado sobre el pecho de Lisias, y la luz de la luna, que se colaba a través de las cortinas, arrancaba pequeños reflejos del anillo en su dedo. Lisias, preso de un oscuro dolor que lo atenazaba, se resistía al sueño. Sabía que si se quedaba dormido, tendría pesadillas con esos monstruos que aun ahora seguía intentando abatir.

Así que yacía allí echado, escuchando la suave respiración de Alexandra. Alexandra, Al, se había convertido en un problema. Era perfecta. Le encantaba cómo respondía con auténtico fuego a su pasión. La admiraba por cómo lo había defendido ante Diamandis. Pero suponía una distracción que no podía permitirse. En adelante tendría que tener más cuidado, mostrarse más distante. Claro que tampoco le parecía que fuera necesario que se resistiera a ella. Al fin y al cabo aquello no era más que algo... físico. Pura química.

Sí, lo único que importaba era que mantuviera una cierta distancia con ella, un muro de contención entre ambos, que retuviera el control.

Entretanto, había mucho por hacer. Diamandis les exigiría una prueba de ADN, y él tenía que asegurarse de que su contacto no le fallaría y falsearía los resultados.

Sin embargo, aquello únicamente era una parte de su plan, una distracción. Quizá incluso algo un poco mezquino por su parte, como el intento de Diamandis de alojarlos en los antiguos aposentos de sus padres.

La parte principal de su plan era despojar a Diamandis de su corona. Durante diez años había ido dando con miembros del personal de palacio no solo dispuestos a traicionarlo, sino también a miembros del consejo. Había requerido paciencia y una sutil persuasión, pero por fin tenía suficientes apoyos como para conseguir que saliese un voto de no confianza.

Y Al... Alexandra... sería su maniobra de distracción, porque cuando Diamandis estuviera aún aturdido por el descubrimiento de que su hermana estaba «viva», él empujaría la primera pieza de dominó que tiraría las demás y sería la ruina de Diamandis.

En ese momento Alexandra empezó a revolverse en sueños y lo sacó de sus pensamientos.

—La puerta... —masculló—. La puerta... La puerta...

Y luego se puso a sollozar de un modo queo, y Lisias notó como sus lágrimas calientes rodaban sobre su pecho.

—¿Estaré segura aquí? —murmuró Alexandra.

Una punzada de dolor lo desgarró por dentro, y las sombras del pasado salieron arrastrándose de los rincones oscuros de su mente. La puerta... «Estaré segura aquí?»... La voz de otra persona diciendo esas palabras... Los gritos y ecos de la muerte... de aquellos terribles asesinatos... Cerró los ojos con fuerza, pero fue aún peor. Las imágenes que había desterrado de su mente volvieron a asediarlo. Volvió a abrir los ojos. Alexandra se removía más violentamente a su lado, gimiendo con más fuerza. No podía soportarlo. La estrechó contra sí y la besó en la frente.

—Shhh... Conmigo siempre estarás segura —le susurró.

Alexandra dejó escapar un suspiro trémulo, el llanto cesó y dejó de revolverse. Luego, al poco rato, su respiración se calmó y se volvió acompañada de nuevo. Lisias se apartó de ella con cuidado de no despertarla, y cuando se bajó de la cama le sorprendió descubrir que le temblaban las manos. Apretó los puños y fue hasta la ventana. Fuera brillaban la luna y las estrellas sobre el mar en calma. Inspiró profundamente, tratando de calmarse.

Los fantasmas de su pasado residían en aquella pequeña isla, pero cuando despojase a Diamandis de su poder esos fantasmas por fin descansarían en paz y tal vez él también encontraría un poco de paz.

Se quedó observando un rato el mar mientras el sol ascendía por el firmamento antes de ir al baño a ducharse, y para cuando se había hecho de día ya estaba vestido. Lanzó una mirada a Alexandra, que estaba hecha un ovillo en la cama.

Abandonó el dormitorio, cruzó el pequeño salón y salió de sus aposentos. En el pasillo había apostado un guardia.

—Quiero ver al rey —le dijo.

El hombre asintió.

—Está esperándolo —respondió.

Por supuesto que estaba esperándolo... El guardia lo condujo hasta el despacho de Diamandis, aunque no habría sido necesario porque él ya conocía el camino. Era muy temprano, así que reinaba el silencio, pero

había más guardias apostados en lugares donde nunca los había habido mientras vivieron los antiguos reyes.

Lisias esperaba que fuera por él. Cuando entró en el despacho de Diamandis, esbozó una sonrisa forzada.

—Buenos días —lo saludó en un tono lo más alegre que pudo, solo por irritarlo—. Mi prometida y yo tenemos un día muy ajetreado por delante. Quiero enseñarle la isla, y me preguntaba si tendremos a un guardia armado siguiéndonos todo el tiempo.

Diamandis lo ignoró por completo. Sentado tras su escritorio, lo miró furibundo y le dijo:

—Quiero verla a solas.

Lisias se había esperado aquello, pero le costó mantener la sonrisa.

—Dudo que ella quiera hablar contigo si yo no estoy presente. Quizá te sorprenda, pero con tu recibimiento de ayer no te granjeaste su simpatía precisamente. De hecho, no se encuentra muy a gusto aquí.

Diamandis enarcó una ceja.

—Entonces, marchaos.

Lisias chasqueó la lengua.

—Vamos, vamos, no te enfurruñes. Seguro que, sea lo que sea que tengas que decirle, podrás decírselo delante de mí. Soy su prometido.

—No sé qué habrás hecho para que esa pobre chica crea que hay algo de bueno en ti, Lisias, o que podría ser una princesa, pero si queréis permanecer en Kalyva, tendré que verla a solas.

Lisias sabía que tendría que acabar cediendo, y estaba seguro de que Al interpretaría bien su papel, pero pensó que sería mejor que se resistiera un poco más para resultar más creíble.

—Lo sé, sé que es un duro golpe para ti que tu hermana se haya enamorado de alguien de origen humilde, como yo —le dijo.

—Querrás decir de un traidor.

—Usas demasiado esa palabra. Quizá debería darte una lección sobre su significado.

Ignorándolo de nuevo, Diamandis se levantó, fue hasta la puerta y la abrió para que saliera.

—Si no es a solas, no hablaré con ella. Estaré esperándola en el comedor.

Lisias no dijo nada, pero mientras salía del despacho sonrió. Todo se estaba desarrollando de acuerdo a su plan.

A su regreso a sus aposentos Alexandra seguía en la cama, pero se estaba incorporando cuando él entró en el dormitorio. Parpadeó por la luz del sol mientras sujetaba la sábana contra su pecho.

—Ah, buenos días, Alexandra —la saludó—. Tienes que levantarte y vestirme.

Atravesó la habitación, evitando posar la vista sobre su tentadora figura. Se detuvo junto a la ventana y miró la playa soleada.

—El rey quiere verte. A solas —dijo sin mirarla—. Por supuesto he protestado, como él esperaba que hiciera, antes de hacer como que claudicaba a sus condiciones. Ya sabes lo que tienes que hacer. Y mientras el rey está ocupado contigo, yo me aseguraré de que las otras piezas del rompecabezas estén en su sitio.

—Lisias... —comenzó a decir ella, pero se quedó callada.

Cuando él se giró, vio que había una cierta vacilación en su mirada.

—¿Tienes alguna objeción al plan? —le preguntó cordialmente.

—Bueno, no, pero... —balbuceó ella.

—Entonces vístete, Alexandra. Hoy tienes que dar la talla.

Capítulo 11

CUANDO entró en el vestidor para escoger qué ponerse, Alexandra supuso que, dado que iba a desayunar con un rey, debería decantarse por algo elegante. Toda la ropa que le había proporcionado el estilista contratado por Lisias lo era, pero no tenía ganas de ponerse un vestido, ni zapatos de tacón. Sabía que debería vestirse acorde a su papel de princesa, pero es que se sentía... extrañamente agotada. Y sí, en parte se debía a cómo se sentía en aquel lugar, pero sobre todo a cómo la hacía sentir Lisias. No comprendía los sentimientos que despertaba en ella. Era algo tan nuevo, tan desconocido para ella... Pero sabía que eran peligrosos y que podría acabar sufriendo por ellos.

Con un suspiro tomó unos pantalones de seda del vestidor. Los complementó con una blusa y unas manolinas y al mirarse en el espejo, aun sin maquillaje y sin haberse arreglado todavía el cabello, le pareció que estaba muy femenina. Era increíble lo que se podía conseguir con la ropa adecuada.

Y como había descubierto que lo disfrutaba y que le daba un aire más regio, se sentó frente al tocador y se peinó y maquilló como le habían enseñado. Cuando volvió al dormitorio, la decepcionó encontrarlo vacío. Había pensado que Lisias la acompañaría al menos hasta el comedor, pero estaba claro que tendría que enfrentarse al rey Diamandis ella sola. Daba igual, se dijo, siempre trabajaba sola. Así podría hacerlo a su manera, sin preocuparse tanto por obtener la aprobación de Lisias.

Así que irguió los hombros y salió al corredor. El guardia que la esperaba le hizo una pequeña inclinación con la cabeza y le dijo:

—El rey desea que se una a él para el desayuno. La acompañaré al comedor.

Mientras se dirigían allí, Al no pudo contener su curiosidad y le preguntó:

—¿Por qué hay tantos hombres armados en palacio?

—Nuestro deber es proteger al rey —contestó el guardia.

—Sí, pero... bueno, me sorprende que Su Majestad haya mandado a uno de sus guardias para conducirme a su presencia, como si fuera una prisionera, en vez de a un mayordomo, o algún otro sirviente.

—Nuestro deber es proteger al rey —repitió el guardia, como un robot.

Cuando llegaron a unas puertas de doble hoja, abrió una de ellas y le indicó que entrara. Era una estancia enorme, con una larga mesa en el centro. En el extremo más alejado estaba sentado el rey.

Al sabía que debería apartar de su mente el desagradable incidente del día anterior, cuando habían sido llevados a los aposentos de los padres de Lisias, pero era incapaz. Igual que no podía ignorar el hecho de que aquel hombre había desterrado a Lisias a la edad de doce años.

—¿Debería sentarme en este extremo, aunque tengamos que hablar a voces para oírnos? —le preguntó, sonriendo un poco al ver cómo resonaban sus palabras.

El rey dio un ligero respingo, como si no se hubiera esperado que el eco hiciera rebotar su voz de esa manera.

—Aquí tienes un asiento... «hermana» —replicó Diamandis con retintín.

Al cruzó el comedor fijándose en los cuadros de bodegones que decoraban las paredes y en los altos ventanales con sus bellas vistas al mar. Cuando se sentó junto al rey, trató de hacerlo con gracilidad, y esbozó una sonrisa lo más agradable que pudo.

—Buenos días, Majestad.

El rey entornó los ojos.

—¿Ahora vas a tratarme con respeto? Si de verdad somos familia, podemos prescindir de las cortesías. Dime, «hermana», ¿qué te ha prometido Lisias?

—Está bien, nada de cortesías. Pues me ha prometido su total entrega y devoción y pasar el resto de su vida a mi lado —contestó Al, levantando la mano para mostrarle su anillo de compromiso. Luego bajó la vista y paseó la mirada por la mesa: había fuentes con distintos tipos de bollería, fiambres, huevos revueltos, fruta pelada y cortada... Y también café, té, leche, zumo... Había tanto donde elegir—. ¿Puedo servirme? —preguntó.

Los ojos del rey relampagueaban, y Al no pudo evitar sentir un regocijo malévolos. No esperó a recibir su permiso, sino que se sirvió café y empezó a poner en su plato un poco de todo.

—Te desenmascararé —masculló Diamandis—. Sé que nuestro país es pequeño y que muchos consideran que somos una nación atrasada y sin apenas poder, pero te aseguro que voy a descubrir quién eres en realidad, y te aplastaré como a una mosca.

—Supongo que debería estar temblando, pero estoy tranquila porque no he mentado, y no tengo nada que perder —repuso Al, tratando de fingirse calmada y segura de sí misma.

—Hablas igual que él —masculló Diamandis con desdén.

—Somos muy parecidos, mi prometido y yo —contestó ella con retintín, entre bocado y bocado.

—Os machacaré a los dos.

Al suspiró pesadamente y apoyó la barbilla en la mano para estudiar al hombre que era rey de aquella pequeña y hermosa isla. No tenía ninguna duda de que no se merecía el cargo.

—¿Los hombres no os cansáis nunca de querer destruir cosas?

Diamandis empujó su silla hacia atrás para levantarse y arrojó su servilleta junto al plato.

—Tengo asuntos de los que ocuparme, como descubrir la verdad. Y lo haré. Asegúrate de decírselo a tu prometido.

—Me parece que lo subestima —repuso Al—. ¿De verdad cree que me traería aquí sin haber pensado en todo? —le espetó, sin dejarse amedrentar por la mirada furibunda del rey.

Porque detrás de esa mirada vio algo que habría calificado como miedo. No miedo a Lisias, ni a su venganza, sino a que de verdad pudiera ser la princesa Zandra. Y si le preocupaba la verdad, por fuerza tenía que significar que nunca habían encontrado su cuerpo.

Diamandis apoyó una mano en la mesa, se inclinó hacia ella y la miró fijamente a los ojos.

—Dime una cosa, «hermana», una sola cosa que únicamente Zandra podría saber —le exigió entre dientes.

Si la estaba poniendo a prueba tenía que ser porque creía posible que fuese la princesa. Podía sentir como la ira irradiaba de él. Y, sin saber por

qué, sintió un repentino impulso de clavarle el dedo en el cuello, justo en la nuez. No fue capaz de contenerse; simplemente lo hizo.

Diamandis se tambaleó hacia atrás y se llevó una mano a la garganta. Al frunció el ceño, contrariada. Era imposible que le hubiese hecho daño. Y, sin embargo, el rey estaba pálido, como si acabase de hundir en su garganta un puñal.

—Eso no demuestra nada —farfulló con voz ronca, apartándose de ella igual que si fuera una serpiente venenosa.

Al no comprendía qué quería decir. ¿Qué se suponía que podía demostrar lo que acababa de hacer? Lo había hecho por pura frustración. Quizá Diamandis no estaba acostumbrado a que la gente no le temiese, pensó mientras lo veía alejarse y como no tenía otra cosa que hacer, comió a placer todo lo que se le antojó.

Lisias regresó al palacio de muy buen humor. Aunque sabía que los guardias lo habían seguido, había conseguido despistarlos de tanto en tanto para hacer lo que tenía que hacer antes de dejar que volvieran a darle alcance.

Informarían a Diamandis de que le habían perdido la pista durante breves espacios de tiempo, y él sospecharía, por supuesto, pero aunque descubriera qué había estado haciendo, no podría detenerlo.

Llevaba una década preparando aquella venganza. Al principio, cuando había empezado a enriquecerse y tener influencias, se había limitado a sobornar a distintas personas, pero poco a poco había ido conociendo mejor el país, comprendiendo a su gente, y los puntos débiles de Diamandis como gobernante.

Así que a lo largo de esos diez años había descubierto que le era más fácil ganarse la simpatía de la gente que sabía que se sentía agraviada de un modo u otro por Diamandis. Aunque parecía que trataba bien a la mayoría de sus empleados, por lo que había oído, era muy duro con aquellos que disentían de su opinión o le fallaban.

Así que había empezado a intentar captar a esas personas, a tratar de ponerlos de su parte y dejar que el descontento se fuera extendiendo hasta que llegara el momento perfecto para ejecutar su plan.

Ese momento sería el día de la semana siguiente en que Diamandis presidiría la reunión del consejo, porque gracias a su estratagema se produciría un voto de no confianza. Aunque en Kalyva el rey era quien gobernaba, el consejo hacía la función de un sistema de contrapoderes

institucionales. Uno de los mecanismos reguladores menos utilizados era el voto de no confianza contra el rey, y si se conseguía una mayoría, el rey era destituido y el consejo podía elegir uno nuevo.

Lisias se había planteado presentarse como candidato al puesto, pero no estaba seguro de querer meterse en política. Naturalmente Al y él abandonarían Kalyva en cuanto se aprobase el voto de no confianza y algún extraño sería elegido como rey, y para Diamandis eso sería suficiente castigo.

Mientras caminaba por los pasillos de palacio sabía que estaba siendo observado, pero estaba muy satisfecho con los progresos que había hecho aquel día. También se dijo que el sentimiento de expectación que palpitaba en su interior se debía a que el éxito de su plan era cada vez más tangible, no a que estuviese regresando a sus aposentos, donde estaría esperándolo Alexandra.

Cuando entró, ignoró la punzada de preocupación y frustración que lo asaltó al ver que no estaba en el salón. Entró en el dormitorio, pero allí tampoco estaba, ni en el cuarto de baño, ni en el vestidor. Al salir de este al dormitorio, fue cuando se fijó en las puertas cristaleras que daban al balcón, y a través de las cortinas blancas entrevió la silueta de Alexandra.

Estaba apoyada en la barandilla, y la brisa agitaba suavemente su cabello. Ese día llevaba pantalones, pero la tela, que parecía seda, era fina y se movía también con el viento.

Apartó un poco una de las cortinas y se quedó mirándola. Tenía la mirada fija en el sol rojizo que estaba hundiéndose en el mar, y le costó creer que al conocerla la hubiese tomado de verdad por un chico. Era preciosa, y cuando lo tocaba, cuando lo besaba, se sentía transportado a otro mundo. Un mundo donde la venganza no importaba en absoluto.

La deseaba de un modo que no comprendía. ¿Acaso lo habría hechizado? Se moría por volver a tenerla desnuda debajo de sí, pero también sería capaz de permanecer allí de pie durante horas, simplemente mirándola.

Sin embargo, estaban allí por un motivo, y necesitaba saber cómo había ido su desayuno con Diamandis, y si había hecho algún avance. Cuando empujó la puerta y salió, ella giró la cabeza para mirarlo y su expresión se iluminó. Hasta sonrió, como si se alegrara de verlo.

Una sensación cálida afloró en el pecho de Lisias y se encontró recordando los momentos felices de su infancia allí. Se había sentido tan

querido por sus padres, tan arropado, tan seguro... Nunca le había importado ser solo el hijo de unos sirvientes de palacio. Siempre se había sentido libre y despreocupado... Hasta el día en que sus padres habían sido injustamente acusados y ejecutados, hasta el día en que su mejor amigo lo había traicionado.

—¿Te ha ido bien? —le preguntó ella con amabilidad.

Lisias tuvo que esforzarse por controlar sus volátiles emociones, por responderle en un tono agradable como el que ella había empleado.

—Muy bien. Todo está listo. Cuando Diamandis insista en la prueba de ADN le diremos que estamos dispuestos a que te lo hagas, y mi contacto se asegurará de falsear los resultados, como te dije. ¿Y tú, cómo te fue con el rey? ¿Algún progreso?

Alexandra se puso seria y se mordió el labio antes de volver a girar la cabeza hacia el mar.

—No demasiado. Mi encuentro con el rey fue muy breve, pero creo... Creo que no hay cuerpo —murmuró, en un tono pensativo—. El rey me pidió que demostrara que soy Zandra y quizá me equivoque, pero... —se quedó callada un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Creo que tiene miedo de que yo sea ella, y eso tiene que significar que no se encontró ningún cuerpo, ¿no? Parecía enfadado de verdad cuando me exigió que le demostrara que era la princesa.

Lisias no estaba seguro de por qué oír aquello lo sorprendió. Lo había sospechado desde que Diamandis había insistido en que se alojaran en palacio. Si estuviera seguro de que Zandra estaba muerta, no habría tenido ninguna razón para hacerlo. Y aun así... se le hizo raro que Alexandra confirmara su presentimiento, porque él también había sospechado que Diamandis podría estar simplemente tratando de despistarlos.

Alexandra se volvió hacia él.

—¿A qué te referías ayer en la playa, cuando dijiste que sabías que Zandra no estaba con los gemelos porque tú estabas allí?

Rememorar aquella noche resultaba demasiado doloroso, así que intentó no recordar, sino que se limitó a relatarle lo básico.

—Esa noche yo estaba en palacio —respondió, como si lo hubiera memorizado—. Sabía que Zandra no estaba con los gemelos. Estaba en su habitación. Podrían haberla matado también, pero no junto con ellos.

No era toda la verdad, pero era la única verdad que él podía aceptar.

Alexandra asintió pensativa.

—¿Crees que yo podría ser de aquí? —inquirió.

—¿Qué quieres decir?

—No recuerdo nada de mi vida antes de Atenas, pero este lugar tiene algo que me resulta familiar a la vez que inquietante —le explicó ella—. Quizá yo vivía en el pueblo con mi familia y cuando se produjo el golpe de estado tratamos de huir, o algo así. Tal vez ese sea el origen de mis pesadillas —se giró hacia él—. ¿Lo crees posible?

Con ella, cualquier cosa parecía posible. Y como él había vivido en primera persona el dolor y el sufrimiento de aquella noche, no le extrañaría que otra persona que la hubiera vivido también tuviera pesadillas y que por culpa del trauma lo hubiera olvidado. Sobre todo si, como ella, entonces no había debido tener más de cuatro años.

Aunque sabía que no debería, alargó la mano y acarició su sedoso cabello, del que el sol del atardecer arrancaba destellos rojizos.

—No lo sé —murmuró—. Supongo que podría ser.

Ella le puso las manos en el pecho y escrutó su rostro en silencio.

—Lisias, yo...

La dulzura que había en sus ojos lo hizo sentir incómodo. Dejarse atrapar por aquella mirada sería peligroso para él. Sacudió la cabeza, decidido a cortar aquello de raíz.

—He sido muy claro contigo, Alexandra —le dijo con aspereza.

—Es verdad, lo has sido —asintió ella.

No replicó, ni se mostró herida, pero eso no hizo sino irritarlo aún más. Igual que el hecho de que sus delicadas manos siguieran apoyadas en su pecho, y que lo estuviera mirando como si lo comprendiera cuando nadie podría entenderlo.

La agarró por la barbilla con brusquedad y clavó sus ojos en los de ella, pero Alexandra no apartó la vista ni trató de apartarse de él. Solo lo miró calmada y segura de sí misma.

—Todas las personas a las que amaba han muerto brutalmente o me han traicionado —le dijo Lisias—. Jamás me encadenaré a otra persona. El amor es dependencia, y jamás dejaré que nadie vuelva a tener esa clase de poder sobre mí.

—Pero tú me deseas —replicó ella, bajando la mano para palpar la prueba irrefutable que lo demostraba, sin apartar sus ojos de los de él.

—Eso es lo único que quiero de ti —gruñó Lisias.

—Pues tómalo.

¿Lo estaba desafiando? ¿O estaba rindiéndose a él? Lisias no lo sabía, y tampoco le importaba. Asaltó sus labios enfadado, enredando los dedos en su pelo para sujetarle la cabeza mientras la besaba, tomando de ella lo que deseaba.

Sin embargo, Alexandra le respondió con el mismo ardor y pronto cualquier pensamiento racional se esfumó. Mientras ella le quitaba el cinturón, él le desabrochó los pantalones y le bajó la cremallera.

No se molestó en quitarle la blusa. No quería ver la cicatriz en su pecho, no quería verla como una criatura vulnerable. La arrinconó contra la pared y le bajó los pantalones y las braguitas. Ella se encargó de acabar de quitárselos y empujarlos a un lado con el pie.

La brisa despeinaba su cabello, pero a Lisias le daba igual que estuvieran fuera. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en que quería hacerla suya otra vez. La fuerza oscura que habitaba en su interior parecía tener colmillos y garras.

Puso una pierna de Alexandra en torno a su cintura y bajó una mano a su pubis. Estaba húmeda porque lo deseaba tanto como él a ella. Su respiración se había tornado entrecortada, pero no tenía ojos más que para él, y lo miraba con dulzura a pesar de lo brusco que estaba siendo con ella.

—¿Te gusta así? —le preguntó con voz ronca.

Sabía que sí, pero quería oírsele decir, como si eso fuera a darle permiso para hacer con ella lo que quisiese.

—Me gusta todo lo que tú me haces —dijo ella, pero su voz no sonó tímida, sino segura, como si fuera ella la que tuviera el control.

¡Ni hablar! ¿Cómo podía parecer tan calmada, tan racional, cuando él sentía que la furia se estaba apoderando de él? Lo enfurecían las emociones que se revolvían en su interior, las emociones que ella despertaba en él, todo lo que había enterrado en las sombras, junto con los monstruos de sus pesadillas.

La poseyó así, contra la pared, con las piernas de ella rodeándolo mientras la embestía. No le dio tregua, ni un segundo de descanso. Ella tampoco se lo pidió. Solo le suplicó más, jadeando su nombre una y otra

vez mientras la noche caía, y le clavó las uñas en la espalda y los dientes en el cuello.

Daba igual lo brusco que fuera con ella. Cuando la llevó dentro, la tumbó boca abajo sobre la cama y volvió a poseerla desde atrás, hincándole los dedos en las caderas, y aunque la hizo suplicarle otra vez hasta que llegaron juntos de nuevo al clímax, luego se acurrucó confiada contra él y se quedó dormida, con el puño junto a su pecho, como si sostuviera en él su corazón.

Capítulo 12

A ALEXANDRA no la sorprendió despertar y encontrarse sola.

Suspiró, se tumbó sobre la espalda y se quedó mirando el techo del dormitorio. No sabía qué había pretendido Lisias con su comportamiento de la noche anterior. ¿Apartarla de él? ¿Demostrar no sabía qué con respecto a las emociones? Lo único que había conseguido era que ella se diese cuenta de que no podía seguir negando lo evidente: que se había enamorado de él.

Ella no sabía nada del amor, y parecía absurdo pensar que un sentimiento tan profundo pudiera florecer en solo unos días, pero... era lo que sentía, sentía que aquello tenía que ser amor. Quería pasar más tiempo con él, en la cama y fuera de ella.

Se comportaba como si solo le importase su venganza, pero no era verdad. El día anterior había visto en el salón un periódico de Atenas y en la portada había una fotografía de Vasilis Pangali, el hombre que había enviado a su atacante, esposado. Sabía que Lisias estaba detrás de su detención; estaba segura.

Había hecho algo bueno por ella, algo que consideraba lo correcto. Y, sin embargo, sabía que Lisias no se consideraba moralmente superior a nadie. Ese era otro de los motivos por los que lo amaba. A pesar de todo lo que debía haber pasado para salir adelante y llegar donde había llegado, seguía siendo muy consciente de sus orígenes. Y no tenía miedo de arriesgarse por aquello en lo que creía.

Salvo en lo referente al amor. Pensó, quizá tontamente, que si Lisias superase sus temores, esos temores que ocultaba tras esa máscara de indolencia y sus planes de venganza, quizá él también podría llegar a amarla.

Y era mucho aventurar, teniendo en cuenta que estaba claro que el miedo era lo que había impulsado sus ansias de venganza durante esos

veinte años, un miedo causado por los traumáticos acontecimientos que había vivido siendo solo un chiquillo.

Se giró sobre el costado y miró las puertas cristaleras que daban al balcón. Estaba saliendo el sol, pero aún era temprano, y el cielo estaba teñido de un suave dorado rojizo con el mar meciéndose a sus pies.

Probablemente Lisias estaba por ahí, poniendo en marcha los engranajes de su venganza. Y probablemente no volvería a verlo hasta la noche, igual que el día anterior. Al recordar la noche pasada, el modo brusco y apasionado en que la había poseído, primero fuera, en el balcón, y luego en la cama, sintió que se acaloraba.

Había disfrutado con esa brusquedad porque la comprendía. Comprendía que Lisias veía el amor como una amenaza de perder el control y que por eso sentía que tenía que luchar contra esa amenaza.

La noche anterior habían alcanzado juntos nuevas cotas de placer y ella había llegado a la conclusión de que no podía renegar de su amor por él, por muy vulnerable que la hiciera sentirse. Además, en cierto modo, había perdido parte de sus miedos. Si acababa con el corazón roto sería muy doloroso, sí, pero el dolor era parte de la vida, y lo superaría, como tantas otras veces había hecho.

Por la razón que fuera, Lisias no poseía esa habilidad. Se había quedado estancado en aquella tragedia de su pasado. ¿Cómo se comportaría esa noche? ¿Haría como si nada hubiese pasado? Al fin y al cabo la necesitaba para vengarse del rey, quien estaba claro que pensaba que podría ser su hermana, a la que hasta entonces habían dado por muerta.

No sabía cómo se sentía a ese respecto. En un principio solo se había preocupado por interpretar de un modo convincente su papel. No había pensado en Diamandis en absoluto. Y ahora que lo había conocido no podía ignorar que aunque fuera un monarca también era un ser humano. Y por mucho que lo detestase como persona, lo que le estaban haciendo, tratar de hacerle creer que su hermana estaba viva, era cruel.

Resopló de pura frustración y se bajó de la cama. Desnuda, fue hasta el armario. Por un momento pensó en vestirse como un chico y husmear por el palacio, pero en vez de eso descolgó un colorido vestido de tirantes. Si el plan de Lisias fallaba quizá se viese obligada a hacerse pasar de nuevo por Al, así que... ¿por qué no disfrutar el personaje de Alexandra mientras pudiera?, se dijo. Así que se vistió, se arregló el pelo y se tomó su tiempo para maquillarse.

Cuando salió de sus aposentos el guardia estaba esperándola en el pasillo, como siempre, y dejó que la condujera hasta el comedor. Los días anteriores había estado fijándose en las distintas zonas de palacio que estaban vigiladas o no. El comedor estaba desierto y en la mesa solo había dispuesto un sitio para ella, así que se sentó y se dispuso a disfrutar de otro delicioso desayuno.

Mientras comía, observó por el rabillo del ojo al guardia, que se había quedado junto a la puerta. Cuando lo vio flirteando con una de las sirvientas, aprovechó para escabullirse sigilosamente por el pasillo que rodeaba las cocinas y llevaba a otra ala del palacio.

Se quedó escuchando, por si alguien la había seguido, pero no se oía nada salvo un silencio algo opresivo. Al final del pasillo había una escalera que subía, y entre la pared y el pasamanos colgaba un cordón de terciopelo, como si fuera una sección de un museo que no se podía visitar.

Naturalmente fue incapaz de resistirse. Pasó por encima del cordón y comenzó a subir la escalera. Los escalones estaban enmoquetados, así que ni siquiera tuvo que molestarse en no hacer ruido.

Mientras subía, una sensación de desasosiego la invadió y se le erizó el vello. Y, sin embargo, la curiosidad le podía. Cuando llegó arriba, se encontró con otro largo y ancho pasillo. Había un enorme cuadro al final de este. Se dirigió hacia él. Del extremo inferior del marco pendía una tela que se desparramaba sobre el suelo, como si el lienzo hubiera estado cubierto y alguien lo hubiese destapado recientemente.

Era un retrato de una pareja ataviada con regios ropajes y tocados con sendas coronas. Los dos sonreían y el hombre se parecía tanto a Diamandis que por un instante casi creyó que era él, pero la mujer...

Sus facciones eran sorprendentemente similares a las suyas: la delicada nariz, que ella siempre trataba de ocultar cuando se disfrazaba de chico, la línea de la mandíbula... Y sus ojos irradiaban tal calidez, parecían tan vivos...

Un extraño temor se apoderó de ella y tuvo que apartar la vista del cuadro porque de repente, sin saber por qué, le habían entrado ganas de llorar. Al girarse vio una hilera de puertas, todas cerradas, excepto una, que estaba entreabierta, aunque apenas una rendija.

Avanzó hacia ella y escudriñó por el hueco para mirar dentro. ¿Sería un dormitorio? Era difícil de decir porque la mayoría de los muebles y objetos estaban cubiertos por guardapolvos, aunque estaba claro que

algunos habían sido destapados. De hecho, parecía que había alguien allí, porque se oía la respiración de una persona.

Se preguntó quién sería. Si abriera un poco más la puerta tal vez podría ver quién era. No, daba igual quién fuera; debería irse. No tenía ningún motivo para estar allí, se dijo. Y, sin embargo, no solo no se fue, sino que empujó suavemente la puerta y vio a un hombre. Miraba a través de una alta ventana, la única fuente de luz en la habitación en penumbra.

—Lisias... —murmuró.

Él dio un respingo y se volvió lentamente hacia ella. Su expresión era inescrutable.

—¿Te han seguido? —le preguntó.

—Por supuesto que no —contestó ella ofendida—. Aproveché un despiste del guardia que me llevó al comedor. Pero puede que nos estén buscando si se han dado cuenta de que a los dos nos han perdido de vista —añadió, adentrándose en la estancia—. ¿Qué habitación es esta?

Las paredes estaban pintadas con grandes murales de brillantes colores.

Parecía algo sacado de un cuento de hadas.

Lisias vaciló un instante antes de contestar.

—Un cuarto infantil.

—¿De uno de los hijos de los reyes? —inquirió ella, sonriendo mientras alargaba la mano para tocar un dragón que volaba sobre unos árboles.

Lisias suspiró con pesadez.

—De la princesa.

Alexandra apartó la mano como si se hubiera quemado. De pronto le parecía que no estaba bien que estuvieran allí, aunque no sabía por qué.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntó a Lisias, que se había vuelto de nuevo hacia la ventana.

Aquello no parecía tener nada que ver con su venganza. Tenía la impresión de que había algo más profundo, algo triste. Cuando Lisias finalmente respondió fue en un tono quedo, casi para sí, como si ella no estuviera presente.

—No pretendía venir a esta habitación.

Fue junto a él con el corazón encogido. Parecía tan perdido, parecía estar sufriendo tanto... Le puso una mano en la espalda y abrió la boca para hablar, pero la parte baja del mural de la pared llamó su atención. Había pintado un tronco de un árbol muy grueso con coloridos pajarillos revoloteando a su alrededor, pero por algún motivo sabía que no era solo un árbol, igual que aquel panel en el despacho de Diamandis... Otra puerta... Podía adivinar sus bordes en la oscura pintura marrón que simulaba el tronco del árbol.

—Lisias... —susurró, llena de temor, aunque no hubiera ningún peligro aparente.

—¿Qué? —inquirió él, volviéndose.

Al señaló el tronco pintado en la pared.

—Esta es la puerta... La puerta que veo en mis sueños...

Lisias no dijo nada. No era capaz de encontrar las palabras. Quería decirle que estaba mintiendo, pero no se le escapó el modo en que estaba mirando el árbol pintado, que efectivamente era una puerta.

La había oído farfullar algo sobre una puerta en sueños, y también murmurar algo que otra persona le había dicho antes de hacerla entrar por esa puerta: «¿Estaré segura aquí?». El solo recuerdo hacía que le doliera el corazón.

Alexandra se puso en cuclillas, alargó la mano y tocó justo en el sitio donde estaba el resorte secreto y la puerta se abrió. Y al verla así, de perfil, en su mente vio la imagen de la reina, una mujer que siempre había sido amable con él.

Había apartado aquellos recuerdos y los había desterrado a las sombras de su memoria. Hasta que esa mañana había sentido la necesidad de ir a aquella ala del palacio y enfrentarse cara a cara con el polvoriento retrato del rey y la reina.

Pero que Alexandra hubiese encontrado el resorte de aquella puerta secreta, igual que la del despacho de Diamandis... Era imposible... Alexandra giró la cabeza hacia él con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurrió aquí?

Sabía que no debería contárselo, pero los recuerdos no dejaban de fluir por su mente y sentía que debía hablar de ello o lo atormentarían eternamente. ¿Cómo podría llevar a cabo su venganza si no era capaz de afrontar la verdad, por dura que fuera?

—Esta era la habitación de la princesa Zandra, como te he dicho. La de Diamandis estaba al principio del pasillo, y la de sus otros dos hermanos, los gemelos, justo enfrente.

Alexandra, que seguía acucillada frente a la pequeña puerta, la empujó para abrirla un poco más. Y él, dejándose llevar por un arranque irracional de terror, la agarró por el codo y la obligó a levantarse.

—Lisias, ¿qué ocurrió? —insistió ella.

—Esa noche... Yo estaba con mis padres, en nuestros aposentos, cuando oímos los gritos y el ruido de disparos. Luego se escucharon pasos de gente corriendo, gritando que el rey y la reina habían sido asesinados. Mis padres me hicieron entrar al túnel secreto para ponerme a salvo. Hay una serie de antiguos túneles secretos que recorren el palacio. Los chiquillos de palacio los usábamos para jugar. Mis padres querían que me quedara allí escondido, pero yo estaba seguro de que quienes habían asesinado a los reyes irían a por sus hijos.

El horror de esa noche, todo lo que durante tiempo había tratado de olvidar, anegó su mente como una riada: los disparos, los gritos, el terror en los ojos de sus padres, su desesperación por salvarlo...

Había sabido que esos recuerdos lo asaltarían si subía allí, pero había sido incapaz de resistirse. Quizá incluso había albergado la absurda esperanza de que, si conseguía enfrentarse a ellos, podría dejarlos atrás. Pero en vez de eso estaba reviviendo aquel horrible día.

Se vio a sí mismo deteniéndose en el túnel, preguntándose qué debía hacer. No había podido soportar la idea de que mataran a su mejor amigo, así que había corrido por el laberinto de túneles hacia el dormitorio de Diamandis. Sin embargo, al llegar no lo había encontrado allí.

—Fui por los túneles en busca de Diamandis —le explicó a Alexandra—, y cuando vi que no estaba en su dormitorio pensé que quizá había ido a intentar salvar a sus hermanos. Abrí una rendija la puerta al pasillo y miré fuera. Unos hombres estaban entrando en el cuarto de enfrente, donde dormían los gemelos. Se oyeron gritos y disparos... Estaba muy asustado, pero pensé que tal vez no hubieran llegado aún al dormitorio de la princesa, y que quizá Diamandis estaba con ella. Así que corrí de nuevo a los túneles y salí por ahí —dijo señalando la puerta secreta que ella había abierto—. Diamandis no estaba, pero Zandra sí. Estaba sentada en su cama. Le dije que tenía que esconderse en los túneles conmigo para mantenerse a salvo. No respondió. No sé qué había visto, pero estaba paralizada. Cuando me acerqué a la cama y le tendí la mano, la

tomó y la llevé hasta la puerta secreta. Le dije que iríamos con mis padres. Oí pasos que se acercaban, así que la hice entrar en el túnel y cerré la puerta justo antes de que dos hombres armados entraran en la habitación. Uno de ellos le dijo al otro que yo no era más que el hijo de unos sirvientes, que no era a quien estaban buscando. Me golpeó en la nuca con la culata de su arma y me dejó inconsciente. Cuando volví en mí estaba en una celda, solo, y tenía un fuerte dolor de cabeza. Me enteré de que el golpe de estado había fracasado, de que Diamandis había sobrevivido, y de que el consejo acusaba a mis padres, entre otros, de haber colaborado con los traidores. No me permitieron hablar con ellos, y al día siguiente fueron ejecutados.

—Lisias... —musitó Alexandra.

—No sé por qué no corrí su misma suerte —añadió él—. Tal vez porque solo era un chiquillo. Tal vez mi amistad con Diamandis. Me dijeron que la princesa había muerto y yo lo creí. Pensé que quizá se equivocó de túnel y salió por donde no debía, que aquellos tipos armados la habían encontrado. Nunca sabremos qué le pasó, pero sí sé que mis padres no tuvieron nada que ver con todo aquello y que no merecían ser ejecutados.

Alexandra tragó saliva.

—Te creo —murmuró.

Desde aquella terrible noche, Lisias se había sentido como un animal herido que se defendía a zarpazos cada vez que alguien intentaba acercársele. Por eso, las palabras de Alexandra fueron como un bálsamo para él. Porque nadie hasta entonces le había creído.

—Si no sabes lo que fue de la princesa... —murmuró Alexandra.

Bajó la vista a la puerta secreta, y Lisias supo que estaba considerando la misma idea descabellada que llevaba asaltándolo a él desde aquel día en el despacho de Diamandis, cuando había descubierto la puerta oculta en la pared.

—Es imposible, Alexandra —replicó con cierta aspereza, tal vez porque una parte de él quería que fuera verdad.

—No, ya, por supuesto que es imposible —murmuró ella. Alzó la vista hacia él y sonrió, pero había una tristeza en sus ojos que lo desgarró por dentro—. Quizá era la hija de unos sirvientes, igual que tú. Eso lo explicaría todo, ¿no?

Lisias había jugado a menudo con los hijos de los otros sirvientes, y no recordaba a ninguna niña tan pequeña como para que ahora tuviese la edad de Alexandra. Sin embargo, asintió. Aventurar siquiera que ella pudiera ser

Zandra era... No, era imposible... —Tal vez.

—De todos modos supongo que nunca lo sabremos, aunque tampoco importa. Estamos aquí porque se cometió una injusticia con tus padres, y encontraremos la manera de reparar su memoria; juntos.

Entonces se oyeron pisadas, la puerta de la habitación se abrió, y en el umbral apareció Diamandis, que al verlos frunció el ceño.

—¿Qué estáis tramando? —les preguntó—. ¿Es que ahora vais a intentar asesinarme a mí?

Capítulo 13

ALEXANDRA entrelazó su brazo con el de Lisias. Sonrió con tristeza a Diamandis.

—Sufro pesadillas en las que siempre aparece una puerta. Cuando se la describí a Lisias, me trajo hasta aquí.

Diamandis resopló.

—¿Quieres decir que te trajo aquí para llenarte la cabeza de mentiras?

—No, por supuesto que no —replicó ella con firmeza, como si estuviera hablándole a un niño.

—Sé a lo que estás jugando —dijo el rey, mirando a Lisias—. Le has contado lo que tú recuerdas de ese día para que pudiera hacer pasar tus recuerdos por los suyos —luego, la miró de nuevo a ella—. ¿De verdad crees que con estos trucos baratos vas a hacer que me trague esta ridícula pantomima, como el del otro día, cuando me clavaste el dedo en la garganta? No te será tan fácil. Mi médico privado está aquí, dispuesto para hacerte la prueba del ADN, así que acabemos con esto.

Lisias la miró aturdido.

—¿Le... clavaste el dedo... en la garganta? —balbució con voz entrecortada.

—Bueno, ya sé que es el rey y que se supone que debería tratarle con respeto y todo eso —se defendió ella, confundida—, pero se había inclinado hacia mí y estaba mirándome fijamente y... En fin, no creo que fuera para tanto.

Pero a juzgar por la expresión de Lisias parecía que sí lo era. ¿Había sido demasiado atrevida? Lo había hecho sin pensar.

—¿Dónde le tomará el médico la muestra para la prueba? —le preguntó Lisias a Diamandis, en su tono firme y desapasionado de siempre.

—En mi despacho.

—Iremos enseguida.

—¿De verdad piensas que os voy a dejar aquí solos?, ¿que permitiré que sigas profanando la memoria de mi hermana?

Lisias se rio de un modo despectivo.

—¿Ahora te importa su memoria? Porque según recuerdo, aquella noche no te preocupaste mucho por tu hermana.

Los dos avanzaron hacia el otro, dos hombres furiosos que rezumaban resentimiento por aquella tragedia del pasado. Y, sin embargo, en el fondo no eran más que dos chiquillos traumatizados, se dijo Alexandra.

Se interpuso entre ambos antes de que pudieran liarse a puñetazos, como estaba claro que ansiaban hacer. Verlos así la angustiaba, aunque no sabía por qué. Aunque fueran enemigos, le parecía que no estaría bien que llegasen a las manos, y en aquella habitación menos que en ningún sitio.

Sabía que era imposible que fuera la princesa, pero Lisias la había contratado para que interpretara un papel e iba a hacerlo, iba a comportarse con la suprema confianza en sí misma que tendría una princesa.

—Basta —les dijo—. Vamos. Dejaré que me tomen esa muestra —añadió mirando a Diamandis, y señalando la puerta con un ademán.

El rey la miró con desdén.

—No permitiré que una impostora me dé órdenes.

—Supongo que entiendo por qué sientes la necesidad de amenazarnos, pero la cuestión es que podrías habernos echado de palacio y no lo has hecho, y me parece que es porque sabes que podría ser tu hermana. Si te sientes mejor tratándome así porque crees que hay una posibilidad de que no lo sea, allá tú, pero a mí me resulta cansino —los miró a los dos y añadió—: Si tenéis una necesidad imperiosa de pegaros unos cuantos puñetazos para sentiros más hombres, deberíais hacerlo en otro sitio. Y dejadme al margen de esto.

Y, dicho eso, abandonó aquella habitación impregnada de ecos de dolor y violencia, la habitación donde estaba aquella puerta oculta que aparecía en sus sueños. Estaba deseando terminar aquel trabajo, pero entonces su camino y el de Lisias se separarían, y pensar en una vida sin él a su lado la angustiaba.

Tenía que dejar de obsesionarse con eso. No podía hacer que él la amara. Ni que tuviera el valor suficiente como para superar sus temores y abrirle su corazón. Claro que... a lo mejor podría convencerlo de que, ya que se llevaban bien y había química entre ellos, deberían seguir disfrutando el uno del otro... hasta que el deseo se apagara.

Aliviada en parte por aquel plan, se dirigió hacia las escaleras con Lisias y Diamandis a unos pasos por detrás. Mientras caminaba mantuvo la vista en el suelo, ignorando los susurros que parecían llegarle desde las sombras. No quería pensar en aquel árbol pintado en la pared, en cómo había sabido que era una puerta. Era imposible que ella fuera la princesa. Si Lisias la había hecho entrar en el túnel y nadie había vuelto a verla, lo más probable era que los hombres armados que habían matado a sus padres la hubiesen encontrado. No quería ni imaginar qué podrían haberle hecho.

En cuanto a ella, le parecía mucho más plausible que simplemente hubiese nacido y crecido allí, en Kalyva, y que su familia hubiese huido a Atenas, asustada por aquel sangriento intento de golpe de estado y que sus padres la hubiesen abandonado o hubieran muerto y ella hubiese quedado huérfana.

Entró en el despacho de Diamandis sin esperarlo. Había un hombre mayor de pie junto a la ventana, con un maletín de médico en la mano.

—Buenos días —lo saludó ella con una sonrisa cordial.

El hombre pareció algo contrariado de que se hubiese presentado allí sola, pero Diamandis entró poco después, con Lisias detrás de él. Los dos seguían con cara de furia, pero no parecía que finalmente hubiesen llegado a las manos. Gracias a Dios.

—Doctor Nikolaou —le dijo Diamandis al médico—, esta es la joven de la que quiero que tome una muestra para la prueba de ADN.

El hombre le señaló una silla con un ademán.

—Tome asiento, señorita.

El procedimiento fue rápido y muy simple. El médico simplemente tomó una muestra del interior de su boca con un bastoncillo y lo introdujo en un tubo con tanto cuidado como si fuera oro.

—Bueno, pues eso es todo —dijo el médico mientras guardaba las cosas de nuevo en su maletín.

—¿Cuándo tendremos los resultados? —inquirió Lisias.

—En unos días. El viernes como muy tarde —respondió el médico sin levantar la vista mientras cerraba el maletín.

—Creo que no hará falta que le recuerde lo importante que es mantener la más absoluta privacidad en este asunto, doctor —dijo Diamandis en un tono áspero.

Tal vez fuera su imaginación, pero, cuando el médico alzó la vista hacia él, Alexandra habría jurado que había odio en sus ojos.

—Por supuesto —dijo este, y salió del despacho sin mirarlos ni a ella ni a Lisias.

Entonces recordó que Lisias le había dicho que uno de sus contactos iba a falsear los resultados de la prueba para ellos. ¿Sería el médico ese contacto?

Diamandis se giró hacia Lisias.

—Ya podéis iros. Y más vale que no volváis a poner los pies donde os he encontrado hoy, o haré que os arrojen a una celda.

Como Diamandis parecía estar ignorándola a propósito, Alexandra se plantó frente a él y decidió tratar de manejar su ira de un modo completamente distinto. Al fin y al cabo, se había convertido en rey a los catorce años de edad, después de que su familia hubiera sido brutalmente asesinada. Quizá no había vuelto a conocer el cariño desde entonces, igual que Lisias, igual que ella. Tomó sus manos y le dijo:

—Estoy ansiosa de que recibamos el resultado de la prueba, Diamandis. Nunca será la respuesta a todas nuestras preguntas, pero confío en que sí nos ayude a los dos a ver las cosas con más claridad y que tú puedas dejar atrás esa ira.

Diamandis apartó sus manos bruscamente, pero Alexandra no le dio tiempo a responder, sino que se dio media vuelta y abandonó el despacho.

Lisias siguió con la mirada a Alexandra mientras cruzaba las puertas del despacho y se alejaba por el pasillo con la dignidad de una princesa. «Podría ser la princesa...». No, eso era imposible, se reiteró una vez más. Si había descubierto aquellas puertas secretas, seguramente era solo por sus habilidades como espía. Y el que tuviera pesadillas podía deberse, sencillamente, a que de niña le había ocurrido algo terrible, como a él, pero no necesariamente lo mismo.

—Es una embustera —masculló Diamandis—. Igual que tú.

—Pero como dice Alexandra, no nos has echado —replicó Lisias, en su habitual tono de hastío, para molestarle.

—Le demostraré a mi pueblo que eres un traidor, igual que lo fueron tus padres, y pondré fin a todos los rumores. Y te enfrentarás no solo a mi ira, sino a la de toda Kalyva.

—Es una lástima que ya no sea un huérfano desvalido... gracias a ti, debo añadir —murmuró Lisias con cinismo—, sino un adulto. Esta vez no podrás apartarme como si fuera una mosca.

—Yo no... —comenzó a replicar Diamandis.

Pero en ese momento frente a las puertas abiertas del despacho apareció una mujer con un cuaderno y un bolígrafo y al verla se calló de inmediato.

La mujer le hizo una reverencia y murmuró:

—El señor Kronos está esperándolo, Majestad.

Diamandis asintió. Luego se volvió hacia Lisias.

—No ganarás esta partida —masculló.

Y le señaló la puerta, una clara indicación de que no se iría hasta que Lisias lo hiciera. Este le hizo una reverencia burlona, le lanzó una sonrisa encantadora a su secretaria y abandonó el despacho para volver a los aposentos que compartía con Alexandra.

Cuando llegó, Alexandra estaba fuera, en el balcón, como la noche pasada y notó que se excitaba solo de recordarlo. Permaneció en el dormitorio, a unos pasos de la puerta abierta del balcón, observándola en silencio. Aunque lo consumía el deseo, igual que la noche anterior, también se sentía extrañamente vulnerable por haber estado en la habitación de Zandra, y por las cosas que Alexandra parecía saber...

Tenía que encontrar la manera de controlar su deseo, se reprendió una vez más, y en ese momento ella se giró, como si hubiese notado su presencia. Se quedaron mirándose un buen rato, y al cabo ella volvió dentro, pero se quedó junto a la puerta del balcón.

—¿El médico de Diamandis trabaja para ti? —le preguntó.

—No, pero está dispuesto a colaborar para que se ponga en marcha el engranaje de la justicia.

La curiosidad de Alexandra se transformó en confusión.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—La gente está cansada del puño de hierro de Diamandis. Como rey ha cometido muchos errores al intentar enmendar los fallos de sus padres. Es demasiado duro, demasiado controlador. La gente no le tiene simpatía, y ha perdido la confianza de muchos. Alexandra frunció el ceño.

—No estarás planeando...

Lisias debería haberse sentido ofendido por lo que estaba insinuando, pero la verdad era que sí había pasado por su mente el llevar a cabo un golpe de estado por la fuerza. Y si no hubiera sufrido él mismo las consecuencias de ser una víctima inocente de uno de ellos, quizá lo habría hecho.

Pero él solo quería hacer daño a Diamandis, no a personas que no le habían hecho nada.

—No soy un asesino, Alexandra —replicó—. No soy como Diamandis. No haré que lo ejecuten. Simplemente haré que pierda el trono y pondré Kalyva en manos de la gente. Su posición como rey es lo único que le importa, y perder la corona será más doloroso para él que si pusiera fin a su patética vida.

Alexandra avanzó hacia él, pero Lisias no podía arriesgarse a tenerla demasiado cerca; no después de lo de la noche pasada.

—Tengo mucho que hacer —dijo abruptamente, dando un paso atrás—. Despistaré a los guardias para salir de palacio. Puede que no regrese hasta mañana.

Ella se quedó mirándolo un buen rato, casi como si comprendiera por qué estaba manteniendo las distancias con ella.

—De acuerdo.

—El viernes por la noche iremos al baile, el sábado se celebrará la reunión del consejo, en la que Diamandis recibirá el voto de no confianza que lo despojará de la corona, y tú ya estarás fuera de aquí al anochecer con tus ganancias.

—¿Y qué será de Kalyva?

Lisias se encogió de hombros.

—Lo que quiera el pueblo.

Alexandra se quedó callada un momento.

—No sé qué es lo que tienes que hacer esta noche, pero puedo acompañarte si quieres —se ofreció.

—No es necesario —respondió él, con una aspereza que ella no se merecía.

Alexandra se plantó frente a él y le puso una mano en el pecho.

—Te estoy ofreciendo mi compañía, Lisias, no mis servicios como espía.

Él ignoró la chispa que prendió de inmediato en su interior.

—Tampoco la necesito.

Alexandra suspiró.

—Está bien. Pero al menos podrías darme un beso de despedida —murmuró, alzando la cabeza hacia él.

Había una sonrisa traviesa en sus labios, pero Lisias no estaba dispuesto a ceder a la tentación.

—Volveré por la mañana —repitió, y se giró para marcharse.

—Sé que tienes miedo, Lisias —le dijo ella, en un tono quedo, pero firme—. Pero también sé que eres valiente. Intentaste salvar la vida de la princesa y pusiste la tuya en peligro. Lo perdiste todo, siendo solo un muchacho, pero sobreviviste. Eres fuerte. No tienes por qué tener miedo de mí.

Él se volvió hacia ella y le respondió:

—No te tengo miedo. El miedo no tiene nada que ver con esto.

Ella no respondió nada, y Lisias abrió la puerta del dormitorio para salir, pero antes de cerrar tras de sí, la oyó decir:

—Ya lo creo que sí.

Capítulo 14

TAL y como había dicho, Lisias no reapareció hasta la mañana siguiente. Alexandra se sentía decepcionada. No quería que se distanciara de ella, y le parecía que había sido muy considerada al no decirle que lo amaba, para que no se sintiera incómodo, ni agobiado. Claro que le había dicho que sabía que tenía miedo, y sin duda eso era una profunda afrenta para alguien como él.

Sin embargo, cuando se reencontraron por la mañana no se comportó de un modo distinto. Quizás se mostrase un poco más tirante, más parecido al Lisias de los primeros días, cuando acababan de conocerse, el que solo pensaba en la venganza. Y así continuaron las cosas entre ellos en los días que faltaban hasta el baile. Durante el día la mantenía ocupada, y por la noche se mantenía lejos de ella.

Le enseñó la isla, o más bien hizo como que se la enseñaba porque siempre tenían a reporteros y paparazis detrás, haciéndoles fotos y gritándole preguntas a Lisias, como si ella ni siquiera supiera hablar. Aquello no debería hacerla sentir frustrada, no debería importarle, pero cada día se sentía más como una impostora y menos como un ángel vengador.

Fue a reunirse con la modista a la que Lisias había contratado para que le hiciera un vestido para el baile, y la mujer hizo que se lo probara para hacerle los últimos retoques. Era un vestido precioso, muy elegante y digno de una princesa, en tonos dorados y azules.

Al término de su cita con la modista, Lisias la recogió y fueron a almorzar con una joven periodista que parecía fascinada con ambos. A Lisias le preguntó por su meteórico ascenso en el mundo de los negocios, y a ella acerca de qué recuerdos habían aflorado a su memoria.

Durante todo el almuerzo Alexandra sonrió e interpretó su papel a pesar del incipiente dolor de cabeza que se estaba notando. Estaba cansada

de actuar, de obligarse a sonreír cuando Lisias, a pesar de estar sentado a su lado, parecía que estuviera a un millón de kilómetros.

—Hemos utilizado un programa informático para saber qué aspecto tendría ahora la princesa Zandra, tomando como base el último retrato que se le hizo —les dijo la periodista, empujando un papel hacia ellos—. ¿Verdad que es increíble?

Alexandra miró la imagen impresa. Era tan parecida a ella que se quedó sin palabras, con los latidos de su corazón resonando con fuerza en sus oídos. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos, y temía que se le escaparan, que allí, delante de aquella mujer y de toda la gente que había en el restaurante, saliera llorando.

—Pero... me imagino que han mezclado ese retrato, como punto de partida, con una fotografía mía, ¿no? ¿Por eso el parecido es tan grande?

La periodista sacudió la cabeza. Sus ojos brillaban de excitación.

—No, el programa ha generado esta simulación a partir de ese antiguo retrato. ¿No le parece impresionante? Tenemos pensado publicarla en el artículo sobre su compromiso con el señor Balaskas —dijo, sonriendo a Lisias—. Creo que quedará muy satisfecho.

Lisias le sonrió también.

—Gracias, señorita Karras. Estoy impaciente por que se publique. Pero ahora debemos marcharnos. Hoy tenemos muchos compromisos.

Lisias se levantó, así que Alexandra hizo lo mismo, y mantuvo su falsa sonrisa en los labios mientras la periodista, que los acompañó hasta el coche, seguía parloteando. No paraba de hablar, y a ella le dolía la cabeza y se notaba el estómago revuelto. No podía dejar de pensar en la imagen generada por ese programa informático. Era idéntica a ella. Sin duda la periodista estaba mintiendo. Seguro que simplemente habían alterado una fotografía suya. Quizá Lisias les había pagado para que lo hicieran.

Se sentía presa de un pánico que no comprendía, y cuando Lisias se dirigió por la carretera de la playa de camino de regreso al palacio le dijo que parara.

Él aminoró la velocidad, pero la miró de reojo con una ceja enarcada mientras detenía el vehículo en el arcén.

—¿Hay algún problema?

«Todo... Todo es un problema...».

—Necesito tomar un poco el aire —fue lo que Alexandra acertó a decir antes de bajarse del coche.

Descendió por el terraplén hacia la playa, con la falda del vestido enredándosele en las piernas por el viento, que traía el aroma salado del mar. Se quitó los zapatos y los dejó en la arena para seguir avanzando hacia la orilla.

Sintió un extraño impulso de echar a correr y lanzarse al mar, de nadar lejos, lo más lejos que pudiera. Solo que no le serviría de nada. Quería dejarse caer de rodillas y llorar, pero no lo hizo. Simplemente se detuvo y se quedó mirando el ir y venir de las olas, tan reconfortante como una madre acunando a su bebé.

Lisias apareció poco después a su lado. Entrelazó su mano con la de ella, pero Alexandra sabía que no lo hacía para reconfortarla. Lo sabía por lo tenso que estaba. No, aquello lo estaba haciendo porque sabía que los paparazis los acechaban. Molesta, soltó su mano y se apartó de él.

—Recuerda las cámaras —le advirtió Lisias.

A Alexandra le entraron ganas de montar un número para las cámaras, pero no lo hizo. Con eso no conseguiría nada.

—Me importan un bledo las cámaras —contestó sin acritud, pero con sinceridad—. Necesito un momento para respirar, para... ser yo, para no tener que fingir ser otra persona —murmuró, sintiendo que le ardían los pulmones y le faltaba el aire.

—Llevas años viviendo bajo una falsa identidad, haciéndote pasar por un chico. ¿Y ahora de repente necesitas volver a ser tú? —le espetó él con su habitual tono distante y sarcástico.

—Sí, un chico, un donnadie sin nombre —replicó ella, volviéndose hacia él—. No una persona real, una princesa que probablemente esté muerta, y que si no lo está...

«Podría ser yo». Aquella imagen que les había enseñado la periodista... Era ella... No sabía si la imagen había sido manipulada para que pareciera ella, pero todo aquel asunto la ponía nerviosa.

La aterraba creer que ella pudiera ser la princesa, pero las evidencias seguían acumulándose y no podría continuar negándolas por mucho tiempo. ¿Y si de verdad fuera Zandra? ¿Entonces qué?

Le daba demasiada vergüenza comentarle esas cosas a Lisias. Él pensaba que era imposible que fuera la princesa, pero ¿y si...? No debería

preguntárselo. Para sus adentros sabía que su respuesta únicamente le haría daño, que no sería lo que ella querría oír. Y, sin embargo, se aferraba a la tenue esperanza de que lo que había ocurrido entre ellos pudiera cambiar algo.

—Lisias... —murmuró, tomando la mano de la que se había soltado hacía solo unos segundos. La asió casi con desesperación y cuando lo miró a los ojos un par de lágrimas rodaron por sus mejillas—. Lisias, ¿y si fuera ella?

La expresión de él se endureció.

—No lo eres.

—No te he preguntado si lo soy —replicó ella sin soltar su mano, a pesar de lo tenso que estaba. No se la soltó siquiera cuando apartó la vista y se quedó mirando el mar—. He dicho qué pasaría si fuera ella.

—Daría igual —contestó Lisias. Era evidente que o no sabía que esas palabras le partirían el corazón, o no le importaba, porque ni siquiera la miró—. No cambiaría nada. No afectaría de ningún modo a mi plan.

—¿Porque soy insignificante? —inquirió ella con voz ronca. Según parecía también era una masoquista.

Lisias la miró por fin, pero en sus ojos ambarinos no había nada: ni pasión, ni dolor, ni miedo, ni confusión. Ninguna de las emociones que otras veces había atisbado en ellos.

—Eres una herramienta importante para mi venganza, pero solo eso, una herramienta.

Alexandra debería haber esperado aquella respuesta, pero había sido una ingenua.

—Entonces... podría quedarme aquí, en Kalyva, una vez hayas llevado a cabo tu venganza —murmuró—. Si fuera ella podría quedarme, porque entonces sabría que este es el lugar al que pertenezco.

—Sería peligroso para ti que te quedaras.

—Querrás decir que sería peligroso para ti. Porque yo podría decir la verdad. Porque alguien podría descubrir que detrás del voto de no confianza estabas tú. Porque si no me quedo, podrás echarme a mí la culpa.

Lisias no se inmutó. No asomó a sus ojos remordimiento alguno. Parecía un autómatas. Quizás ya ni siquiera tuviera alma.

—No hará falta culpar a nadie. Y te aseguro que Diamandis sabrá que fui yo. Me aseguraré de que lo sepa. Esto nunca tuvo nada que ver contigo, Alexandra.

Ella sintió una punzada en el pecho al oírle decir eso, pero, para ser justos, lo había sabido desde un principio. De pronto se sentía agotada.

—Quiero irme —murmuró.

Estuvo a punto de decir «a casa», pero no había ningún lugar que pudiese considerar un hogar; ni siquiera el cuchitril en el que vivía en Atenas. De todos modos no podía marcharse hasta que terminase su trabajo. No iba a echarse atrás ahora. Había llegado hasta allí y quería su dinero.

«Lo que quieres es que Lisias cambie y te vea de otra manera». Tal vez sí. Y tal vez eso la convirtiese en una persona débil, pero en ese momento no quería pensar en eso.

Se subieron de nuevo al coche y regresaron a palacio. Una vez allí se dirigieron en silencio a sus aposentos, como siempre con un par de guardias tras ellos. Cuando entraron y los guardias se quedaron fuera, en el pasillo, Alexandra ni siquiera miró a Lisias. Fue derecha al dormitorio y apenas hubo cruzado el umbral se volvió. Lisias iba hacia ella, como si tuviera intención de seguirla, pero por primera vez no quería estar cerca de él.

—Si no te importa, preferiría estar a solas —le dijo, y le cerró la puerta en las narices.

Lisias se quedó mirando la puerta de hito en hito. No alcanzaba a entender qué le estaba pasando, qué había cambiado. No podía ser que de verdad creyese que era la princesa. Era completamente ridículo. Él mismo llevaba diciéndoselo durante días. Además, como le había dicho, tampoco cambiaría nada. Su plan de venganza estaba en marcha y no iba a permitir que nada lo desbaratase.

Se apartó de la puerta. Daba igual lo que Alexandra pensara o sintiera. Le daba igual que hubiera estado llorando en la playa y que le hubieran entrado ganas de abrazarla y prometerle cualquier cosa que quisiera.

Lo único que importaba era su venganza, se dijo, y se marchó y una vez más no regresó para dormir. Las noches anteriores había deambulado por la isla, reuniéndose con sus contactos y dando breves cabezadas en rincones y callejuelas, como había hecho en su adolescencia en Atenas.

Esa noche, sin embargo, despistó a los guardias y fue de nuevo a las dependencias del servicio. Era tarde y reinaba el silencio, así que le fue fácil entrar sin ser visto en los viejos aposentos de sus padres. El primer día Diamandis había hecho que los llevaran allí y ahora, por algún motivo al que prefería no darle demasiadas vueltas, Lisias sentía la necesidad de demostrar que era capaz de pasar la noche allí, aunque solo fuera a sí mismo.

Aquellos aposentos no lo asustaban. No sentía que el espíritu de sus padres estuviera allí. La verdad era que había vivido menos tiempo con ellos que sin ellos, pero los recuerdos que guardaba de sus padres eran todos buenos. En su memoria eran buenas personas, buenos padres, y le habían dado una buena infancia antes de que aquella funesta noche lo cambiara todo.

Se imaginó a su madre sentada allí, en el saloncito, en su mecedora, remendando ropa mientras su padre leía sentado en el sofá, con las gafas resbalándosele por la nariz, como siempre.

Habían vivido volcados el uno en el otro, y a su vez en él. Con el corazón encogido por aquel pensamiento, fue a la habitación que había sido su dormitorio. Era pequeña, pero allí había sido feliz. Se tumbó en el suelo y, gracias a lo poco que había dormido en los últimos días, pronto el sueño lo arrastró.

Cuando se despertó, con un calambre en el cuello y sus músculos quejándose por haber dormido en el duro suelo, se dio cuenta de que no había tenido ningún sueño, ni bueno ni malo. Algo inusual. Sin embargo, no tenía tiempo para pensar en qué podría significar aquello. Esa noche era el baile y al día siguiente ejecutaría su venganza.

Se puso de pie. Tenía que volver a sus aposentos para ducharse y cambiarse. Y tendría que llegar allí sin que los guardias lo siguieran. Sin embargo, en ese momento le vibró el móvil en el bolsillo.

Cuando contestó, oyó la voz del médico privado de Diamandis al otro lado de la línea. Parecía nervioso.

—Señor Balaskas, siento llamarlo directamente, pero ha habido un pequeño problema con la prueba de ADN.

—¿No siguió mis instrucciones? —le preguntó Lisias.

—No, por supuesto que las seguí —contestó el hombre atropelladamente—. Lo que pasa es que... no puedo hacer exactamente lo que quería porque...

—Teníamos un trato —masculló Lisias, furioso, pero el médico siguió hablando, como si no tuviera el sentido común de cerrar su boca de traidor.

—Señor Balaskas, no lo comprende... Tenía intención de falsear los resultados, como acordamos, pero cuando hice la prueba descubrí que no era necesario. El perfil genético de su prometida coincide con el del rey. El porcentaje de la coincidencia de los dos perfiles es tan alto que los resultados son irrefutables. Es la princesa. No hace falta falsear nada.

Lisias se quedó con el móvil pegado al oído, pero no oyó nada más de lo que el médico dijo porque su mente se había convertido en un hervidero de pensamientos. Alexandra era la princesa... No, era imposible... Era imposible que una joven cualquiera, a la que había escogido precisamente porque no era nadie, pudiera ser la princesa Zandra...

Logró articular unas palabras para darle las gracias al médico, y colgó sin atender a lo que el hombre seguía balbuceando. Paseó la vista por la habitación, el mundo de su infancia. Alexandra, su Alexandra, era la princesa, aquella niña a la que él había intentado salvar haciéndola entrar en el túnel. Todos esos recuerdos que aseguraba tener, el sorprendente parecido que guardaba con la reina... Todo era cierto.

Cuando lo supiera... ¿La haría feliz saber que era la princesa? Se dirigió hacia la puerta. Tenía que decírselo. De inmediato. Claro que... también podría ser algo difícil de digerir para ella. Sin duda aquello cambiaría...

Se paró en seco. Lo cambiaría todo. Pero al mismo tiempo no cambiaría nada. ¿En qué estaba pensando? Él mismo le había dicho el día anterior que, aunque fuese la princesa, eso no cambiaría nada. Sus temores se habían confirmado, pero no podía alterar sus planes. Los engranajes estaban en marcha. Además, ella no tenía por qué enterarse. Apretó los puños. Nadie tenía por qué enterarse.

Capítulo 15

ALEXANDRA se miró en el espejo mientras la estilista le ahuecaba la falda del vestido y le daba unos últimos retoques a su peinado. Parecía enteramente una princesa. Intentó no volver a mirar de nuevo el reloj, pero fue incapaz.

Se suponía que tenían que hacer su entrada en el baile en menos de quince minutos. ¿Dónde estaba Lisias? ¿Acaso esperaba que entrase sola en el salón de baile?

La estilista le preguntó si necesitaba algo más de ella, y cuando le respondió que no, se marchó y la dejó allí de pie, toda peripuesta y sintiéndose más sola que nunca.

Era una ironía para alguien como ella, que siempre había estado sola. Sin embargo, en todos esos años su soledad había sido autoimpuesta, porque había temido que alguien descubriera que no era un muchacho. Aquella soledad de ahora, en cambio, era algo nuevo para ella, algo peor. Se sentía sola porque se había enamorado de Lisias y él se había alejado de ella.

«Tú has dejado que se aleje. No le has dicho lo que sientes por él. En vez de explicárselo, le diste con la puerta en las narices».

Frunció el ceño, contrariada por aquellas verdades que acababa de espetarle su conciencia. Esperaba que Lisias comprendiera lo profundos que eran sus sentimientos, pero lo cierto era que ni siquiera se los había confesado.

Llamaron a la puerta. Su corazón palpitó nervioso porque creyó que era Lisias, pero no podía ser, porque él no llamaría, sino que entraría directamente. Cuando fue a abrir, se quedó de piedra al ver que era el rey Diamandis.

—¿Puedo pasar? —le preguntó este.

Ella, que aún estaba aturdida, se hizo a un lado para dejarle entrar. Venía acompañado de su secretaria.

—He pensado que deberíamos hablar antes del baile. No tenemos mucho tiempo —le explicó. Miró a su secretaria y le pidió que esperara fuera—. Llame a la puerta cuando sea la hora —le dijo.

La mujer asintió y salió, cerrando tras de sí. Alexandra estaba preocupada, y hecha un manojo de nervios, pero hizo un esfuerzo por mostrarse serena.

—Sea lo que sea lo que tengamos que hablar, creo que deberíamos esperar a Lisias.

—¿No está aquí?

—No, pero volverá pronto —respondió ella, a pesar de que no tenía certeza alguna.

—También tengo que hablar con él, pero quizá sea mejor que hablemos a solas primero. Es sobre la prueba.

Había algo distinto en él. Estaba rígido y tenso, como siempre, pero ese día sus ojos no llameaban de ira, y cuando avanzó hacia ella y tomó sus manos con delicadeza, se quedó totalmente descolocada.

—Ya he recibido noticias del médico. Los resultados de la prueba son indiscutibles. No hay duda de que eres Zandra. No logro entender cómo pudiste sobrevivir, pero te aseguro que me siento muy agradecido de que así fuera. Aunque no me recuerdes.

Ella se había quedado paralizada por sus palabras. Sabía que los resultados habían sido falseados, que en realidad ella no era la princesa. Solo que probablemente el médico ni siquiera había llevado a cabo la prueba, así que tampoco podía estar segura de que realmente no fuera la princesa...

—Supongo que te parecería increíble que no te creyera. ¿Quién sino sería capaz de clavarle el dedo al mismísimo rey en la garganta? —dijo Diamandis, riéndose con suavidad. Había una emoción en su voz que indicaba el cariño que había sentido por Zandra—. Mi hermanita era la única persona que yo haya conocido que hacía eso.

Por eso había reaccionado de aquel modo tan extraño... Pero entonces... Antes de que Alexandra pudiera articular palabra, se abrió la puerta y entró Lisias hecho una furia.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Diamandis.

La calma se esfumó de las facciones de este y sus ojos relampaguearon.

Sin embargo, no soltó las manos de Alexandra.

—Ya tenemos los resultados de la prueba —le dijo a Lisias.

Este miró las manos de Diamandis y luego a Alexandra. Ella se preguntó qué estaría pensando, en qué medida su reacción sería auténtica, y en qué medida puro teatro. Ese día su rostro volvía a ser como una máscara, inescrutable.

—Entonces, ¿por fin me crees? —le preguntó Lisias.

El rey dejó caer suavemente las manos de Alexandra y se volvió hacia él con los hombros erguidos y la barbilla alta. Su actitud era formal y algo rígida, pero no hostil.

—Te debo una disculpa.

Lisias enarcó una ceja.

—Desde luego que sí.

—Pero no por dudar de ti —dijo el rey, visiblemente irritado por la chulería de Lisias—. Tenía todo el derecho a sospechar de tus intenciones — masculló—. Pero fui más duro contigo de lo que debería haber sido.

Además... no espero que esto cambie tu opinión de lo que ocurrió, pero...

Se quedó callado un momento y miró a Alexandra. Aunque a ella le costaba creer la amabilidad que había en sus ojos, se dijo que sin duda debía haber algo de bondad en aquel hombre. Luego Diamandis miró a Lisias de nuevo y añadió:

—No fui yo quien dio la orden de ejecutar a tus padres por traición. Yo estaba demasiado aturdido por el horror de que hubieran asesinado a toda mi familia. Cometí el error de dejar en manos de mis consejeros las decisiones que se debían tomar cuando se frustró el golpe de estado. Luego los destituí y me ocupé de ellos, pero sigue siendo un error que he lamentado durante todo este tiempo.

Sus palabras conmovieron a Alexandra, pero Lisias replicó sin ablandarse en absoluto:

—Puede que tú también habrías ordenado su ejecución si hubieras tomado tú las decisiones en ese momento.

—Quizá tengas razón —admitió Diamandis—. Y sé que lo que pasó es imperdonable, pero no busco tu perdón. En cualquier caso, en estos días he podido constatar que mi hermana te importa de verdad, y que sus sentimientos hacia ti son recíprocos, así que te concedo mi permiso para que te cases con ella.

La compasión de Diamandis hizo que Alexandra se le encogiera el corazón. Querría que todo aquello fuera verdad, que Lisias la amase y fueran a casarse, quizá incluso poder tener al rey como hermano, formar parte de una familia.

—No recuerdo haber solicitado tu permiso —le espetó Lisias a Diamandis.

Se preguntó si su voz habría sonado tan indiferente como había pretendido, o si habría dejado traslucir la furia apenas contenida que se revolvía en su interior. No podía dejar que se desatase; su venganza le daría lo que ansiaba.

Y, sin embargo, le resultaba muy difícil reprimir esa ira al ver a Diamandis tan cerca de Alexandra. Diamandis, a quien una vez había tenido por su mejor amigo, acababa de intentar disculpar el asesinato de sus padres. Y en cuanto a Alexandra... No podía creerse aún que fuese la princesa, aquella niña a la que él había intentado salvar aquella noche. Sin saberlo, al hacerlo, había desencadenado una serie de acontecimientos que la habían llevado hasta allí. Estaba viva, viva... y se había convertido en una mujer fuerte y hermosa. Era una luchadora, y era capaz de mostrar una gran sensibilidad a la vez que mucha pasión.

—Lisias, ¿por qué no intentamos ser civilizados los unos con los otros para intentar superar nuestras diferencias? —lo reprendió Alexandra con suavidad, poniéndole una mano en el brazo.

—No pasa nada... Zandra —le dijo Diamandis, como probando a pronunciar el nombre en voz alta.

Porque ese era su verdadero nombre y él era su hermano, y Lisias sabía lo que aquello debía significar para Diamandis. Sus sentimientos en ese momento eran tan contradictorios que tuvo que ahogarlos en más ira.

Le enfurecía que Diamandis la llamase «Zandra», como si pudiese borrar de un plumazo veinte años de dolor y sufrimiento. Le enfurecía que Alexandra hubiese resultado ser la princesa de verdad, y que él no supiese cómo procesarlo, por más que lo hubiese intentado en las últimas horas.

—Su nombre es Alexandra —increpó a Diamandis, deseando que fuera cierto—. Así es como se hace llamar ahora. Porque por algún milagro logró sobrevivir a pesar de tu inacción, de tus errores. Puede que biológicamente sea tu hermana, pero no va a convertirse en la princesa Zandra simplemente porque tú quieras que lo sea.

Un tenso silencio descendió sobre la habitación. Lo único que se oía era su respiración, ligeramente entrecortada. ¿Por qué no podía controlarse? Tenía que ser culpa de Alexandra. Le había hecho algo, había desatado algo en su interior. Tenía que encontrar la manera de dominarse y marcharse de Kalyva en cuanto hubiese ejecutado su venganza.

—Es evidente que esto tiene una... fuerte carga emocional para todos — intervino con suavidad Alexandra—. Quizá deberíamos calmarnos un poco antes de hablar de ello.

A Lisias se le revolvió el estómago al verla sonreír con tristeza a Diamandis, porque sabía que este lo interpretaría como que se sentía feliz pero abrumada. Sin embargo, él veía la culpa en los ojos de Alexandra mientras miraba a su hermano —sin saber que realmente lo era—, las preguntas que sin duda se le habían planteado... Tenía la impresión de que quería echar a perder su venganza, estaba convencido de ello.

Diamandis la miró y respondió con una breve inclinación de cabeza.

—Os veré en el baile. Y mañana, después de la reunión del consejo, tendremos tiempo para hablar de todo esto.

Alexandra asintió, pero Lisias no dijo nada. Cuando Diamandis se hubo marchado, los dos permanecieron inmóviles, en silencio.

—Tenemos que hablar —dijo ella al cabo.

Lisias no quería quedarse a solas con ella porque su conciencia le insistía en que debía decirle la verdad. Y aquellos condenados sentimientos que lo atormentaban...

—Pues yo no quiero hablar —replicó, antes de darle la espalda y dirigirse hacia la puerta. Al llegar allí, se volvió hacia ella—. Lo que quiero es que hagamos acto de presencia en el baile, donde Diamandis anunciará que eres la princesa. Quiero que interpretes el papel por el que te pago —abrió la puerta y señaló el pasillo con un ademán—. Vamos.

Alexandra fue junto a él, pero no cruzó el umbral. Sonrió al guardia que esperaba fuera y empujó la puerta para volver a cerrarla.

—No, yo no voy —le dijo a Lisias.

Capítulo 16

ALEXANDRA estaba demasiado agitada, demasiado abrumada como para continuar. No se sentía capaz de tomar parte en la destrucción de Diamandis. No cuando se había mostrado tan sincero y lleno de humildad, tan ansioso por iniciar con ella una relación de hermano y hermana...

Pero ella no era la princesa, aunque tuviera recuerdos ligados a aquel lugar. Quizá ese fuera el origen del dolor que sentía: el anhelo que tenía de ese sentimiento de pertenencia, ella que ni siquiera recordaba si alguna vez había tenido una familia.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta cerrada. Lucho por reprimir las lágrimas que amenazaban con rodar por sus mejillas. Necesitaba hacer comprender a Lisias, y esa clase de arrebatos no la ayudarían.

—Tienes que venir conmigo al baile —dijo Lisias en un tono áspero, cortante—. Para eso te pago.

Alexandra se volvió hacia él y apretó los puños contra la falda de su vestido. No podía ir al baile. No cuando Diamandis creía...

Había sido una tonta al pensar que llevar a cabo la venganza de Lisias sería algo sencillo. Cuando uno se cobraba la revancha, siempre había alguien que salía malparado. Y en los trabajos que había hecho hasta entonces, como se trataba de personajes ricos y poderosos que habían cometido terribles tropelías, nunca le había importado.

Pero era mucho más difícil sentir que la venganza estaba justificada cuando la persona contra la que ibas era alguien que estaba lidiando con sus propios traumas o con sentimientos de culpa.

—Lisias, no me siento cómoda. Esto... esto no está bien.

—No se trata de que esté bien o no, o de cómo te sientas al respecto. Es lo que tienes que hacer.

Ella se quedó mirándolo, preguntándose cómo podría hacerle ver que aquello era un error. Lisias quería destruir a Diamandis porque pensaba que al hacerlo desaparecerían sus problemas, sus pesadillas, su dolor, pero ella no sabía cómo convencerlo de que estaba equivocado. Solo disponía de un arma, de aquello a lo que él le tenía tanto miedo.

—Lisias, te quiero.

Pasó un momento. Hubo un destello en los ojos de él, pero no se movió. Se puso tan tenso que casi parecía una estatua. Y cuando finalmente habló su voz sonaba tan fría, tan... perdida.

—¿Que me quieres? —repitió, riéndose amargamente—. No sabes nada de mí, ni del amor.

—Sé que me salvaste cuando no tenías por qué hacerlo. Y me has protegido. ¿Crees que no he visto los periódicos de Atenas? Sé que Vasilis Pangali ha entrado en prisión. Y sé que es gracias a ti, porque, a pesar de todas las pruebas que yo había reunido en su contra, hasta ahora había evitado la cárcel.

—Eso es irrelevante.

—No lo es. Demuestra que eres un buen hombre. Aunque esta venganza personal te ha obsesionado, está claro que te preocupan las injusticias y que eres incapaz de quedarte de brazos cruzados frente a ellas. Y ese es uno de los motivos por los que te quiero.

—El amor no tiene nada que ver. Ahora abrirás esa puerta y asistiremos al baile. Mañana, ejecutaré mi venganza, te pagaré, y cada uno se irá por su lado.

Si no fuera dramático, a Alexandra le habría hecho gracia que pensara que impedirle que hablara de sus sentimientos iba a cambiar nada.

—Necesito que me escuches —insistió—. También te quiero porque te comprendo. Comprendo lo dura que ha sido la vida contigo porque conmigo también lo ha sido. Te entiendo como muy pocos lo harán.

—Entonces deberías saber que la vida no es como los cuentos de hadas, Al.

Ella supo de inmediato que la había llamado así a propósito, para poner distancia entre ambos, para recordarle que para él no era más, como le había dicho, que una herramienta para su venganza. Pero ella ya no era Al; había cambiado. Él la había cambiado.

—Te quiero, Lisias —le repitió—, porque sé que detrás de ese dolor que has convertido en tu armadura, hay un hombre que solo quiere volver a sentirse amado y volver a amar.

—¡Ya basta! —le gritó él. Dio un paso hacia ella—. ¿Sabes que los resultados de la prueba son auténticos, que no ha sido necesario falsearlos? —le dijo entre dientes.

Auténticos... Aquella palabra resonó en la mente de Alexandra. ¿Quería decir que...?

Lisias la agarró por los hombros. Tenía que hacer que Alexandra comprendiera que no podía amar a alguien como él. No había nada en él digno de amor. El bien que había en su alma había muerto aquel día, veinte años atrás, y solo había quedado la sed de venganza.

—Eres la princesa Zandra de verdad; tu ADN coincide con el de Diamandis —dijo sacudiéndola suavemente, como si con eso pudiera hacerla reaccionar—. No tenía intención de decírtelo. Pensaba ocultártelo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Lisias los escrutó mientras contenía la respiración. Quería que el amor que había brillado en ellos hacía un momento diera paso a la confusión. Y luego, cuando comprendiera lo que estaba diciéndole, que esa confusión se transformara en odio hacia él. Quería que lo detestara.

—¿No te das cuenta? —murmuró ella, mirándolo como si jamás hubiera dudado de él—. Me lo estás diciendo ahora, porque te importo.

—¿Me estás oyendo? Eres Zandra. Yo lo sabía y no pensaba decírtelo.

—¿Cuándo lo has sabido?

Lisias querría mentirle, decirle que hacía ya días, pensando que eso la volvería en su contra, pero fue incapaz. Dejó caer los hombros y dio un paso atrás. Las manos le temblaban.

—¿Cuándo, Lisias? —insistió ella.

—Esta mañana.

Le daba igual si Alexandra decidía que quería quedarse en Kalyva, se dijo Lisias. No le importaba. De todos modos no podía darle lo que ella quería.

Alexandra exhaló un largo suspiro, como de alivio.

—Así que por eso no te he visto en todo el día. Has estado evitándome — dijo. Y tuvo el descaro de sonreír.

—He estado ocupado.

—Ah, sí, promoviendo tu rebelión pacífica y todo eso —murmuró ella, agitando la mano como si «todo eso» no fuera nada, como si la venganza que llevaba urdiendo cuidadosamente todos esos años no fuera nada—. Aunque no lo quieras admitir, en realidad estabas evitándome porque sabías que no serías capaz de ocultarme la verdad —continuó—. Siempre has sido sincero conmigo; excepto en una cosa: en que tú también me amas.

—Yo no amo a nadie, Alexandra.

El amor era dolor. Era algo que daba poder a otra persona para destruirte. El amor era una mentira.

—Quizá eso que dices sea verdad. Desde luego no te quieres a ti mismo. Y tal vez por eso ahora mismo no te sientas capaz de querer a nadie ahora mismo. Pero no creo que seas incapaz de amar. Me parece que todo ese odio que albergas no es más que una expresión de tu amor, del dolor que sientes y que una vez fue amor.

—Eso es ridículo. Y no tiene ningún sentido —balbució él—. Y si no quieres asistir al baile conmigo, iré sin ti. Ya no te necesito.

Al ver el dolor que se reflejó en los ojos de Alexandra, se sintió como si le hubieran clavado un cuchillo en el estómago. Sin embargo, aunque no estuviera bien, no estaba haciendo más que lo que tenía que hacer.

—¿No te importa el daño que le vas a hacer a Diamandis? —le preguntó Alexandra con suavidad, como si sintiera lástima de él.

Y para Lisias que le tuvieran lástima era peor que un insulto.

—Él hizo que ejecutaran a mis padres.

—No es verdad, lo has oído igual que yo: no fue él quien dio la orden.

—Me da igual que no diera la orden, o que lo permitiera. La cuestión es que no hizo nada por impedirlo.

Alexandra dejó caer los hombros y se quedó callada.

—¿A eso no tienes nada que decir? —la increpó él.

—No —murmuró ella, mirándolo con lástima de nuevo—. No puedo hacer otra cosa más que suplicarte, Lisias. Te lo suplico: no hagas esto. No tienes por qué hacerlo. La venganza no es la respuesta. Podrías recomponer tu amistad con Diamandis. Podríamos casarnos. Incluso podríamos vivir aquí, en Kalyva, el lugar al que ambos pertenecemos. No podemos borrar veinte años de sufrimiento, pero podemos construir un futuro mejor para los dos. Nuestra historia puede tener un final feliz... si tú quieres.

—No existen los finales felices, Alexandra. La muerte es el único final que hay. Y por eso tengo que completar mi venganza, porque todo lo demás es temporal.

—Mi amor no es temporal —replicó ella con fiereza.

—¿Cómo lo sabes? Antes de conocerme nunca habías estado con un hombre. ¿Cómo vas a saber lo que es el amor?

Si sus palabras la hirieron, Alexandra no se lo dejó entrever, salvo por lo quieta y lo callada que se quedó. ¿Qué más daba?, se dijo él una vez más. Iría al baile sin ella. Llevaría a cabo su venganza aunque fuera sin su ayuda.

—Me voy —le dijo—. Y si no te apartas de la puerta para dejarme salir, te apartaré yo.

—Acabarás arrepintiéndote de lo que vas a hacer, Lisias —murmuró ella con voz trémula y un puño apretado contra su pecho—. Sé que te arrepentirás.

—Pues que así sea.

Alexandra se apartó de la puerta, pero cuando él la abrió y estaba a punto de salir, susurró una última palabra con desesperación:

—Por favor...

Lisias sintió como si el corazón se le resquebrajara. Se detuvo y murmuró sin mirarla:

—Te he dado mucho, Alexandra: una nueva vida, el reencuentro con tu hermano, tu condición de princesa... Pero lo que me pides es demasiado.

—Quizá tengas razón —asintió ella.

Su respuesta lo sorprendió tanto que Lisias giró la cabeza para mirarla. Estaba preciosa con aquel vestido. Tan regia como la princesa que era; tan fuerte como la guerrera que era.

—Hagas lo que hagas te seguiré queriendo, Lisias —le dijo—. Aunque lamente el error que vas a cometer, mis sentimientos por ti no cambiarán.

—Entonces acabarás con el corazón roto, y será porque tú misma te lo has buscado.

Ella levantó la barbilla.

—Pues como has dicho antes, que así sea.

Lisias apretó la mandíbula y salió. Se las arreglaría solo. Estaba muy cerca de completar su venganza y ya no la necesitaba.

Capítulo 17

LISIAS avanzaba por los pasillos de palacio con furia, pero no se dirigió al salón de baile. Los guardias estaban ocupados con el evento, así que no le costó nada colarse en las dependencias del servicio. Los sirvientes iban y venían, atareados, así que nadie le preguntó qué hacía allí y pudo subir por una estrecha escalera que conducía a un pequeño balcón del salón de baile, desde el que a veces cantaba algún intérprete para los invitados. O al menos así había sido cuando él era niño.

Esa noche estaba vacío y le ofrecía una vista privilegiada del salón de baile. Había subido allí varias veces siendo un chiquillo, con la esperanza de ver a Diamandis meter la pata con alguna regla del protocolo para luego poder picarle.

Bajó la vista al salón, con sus deslumbrantes lámparas de araña, las flores que engalanaban cada rincón y los vistosos vestidos de las mujeres. El runrún de las conversaciones y la música de un cuarteto de cuerda inundaban el aire.

Durante veinte años Lisias había desterrado de su mente cualquier pensamiento agradable de Kalyva, y había dado por hecho que aquel baile solo le traería malos recuerdos. Antaño él había sido el hijo de unos sirvientes, lo bastante ingenuo como para creer que el príncipe heredero era su amigo.

Y, sin embargo, se había sentido querido, y no solo por sus padres, sino por todas las personas de palacio que siempre habían sido amables con él. Allí siempre se había sentido seguro y feliz. Hasta que una noche un grupo de desalmados le habían arrebatado violentamente todo eso. Pero no solo a él, sino también a Diamandis y a Alexandra.

Sus ojos encontraron a Diamandis, que estaba hablando con algún diplomático. Se parecía mucho a su padre, pero al contrario que el rey Youkilis, que había sido un hombre afable y cálido, Diamandis era frío como un témpano.

No había sido así años atrás, aunque ya entonces se le conocía por su mal genio. A pesar de que habían sido amigos, más de una vez se habían peleado, jaleados con frecuencia por los gemelos... los hermanos de Diamandis que también habían sido asesinados.

Diamandis había perdido tanto como él aquella noche, y Alexandra también, aunque ella no lo recordara. Y, sin embargo, no podía dejar que lo ablandase el ridículo discurso que le había echado.

Sí, Diamandis había perdido mucho esa noche, pero sus padres, falsamente acusados de traidores y ejecutados, no habían tenido la culpa, ni tampoco él. ¿Y por qué no habría de vengarse de Diamandis por el modo negligente en que había gestionado la situación después de que el intento de golpe se hubiera sofocado? «Solo tenía catorce años, por amor de Dios...», le recordó su conciencia. ¿Y qué?, se replicó. Al diablo Alexandra. No podía alterar sus planes. No podía darle lo que quería. Si lo hiciera...

Alexandra creería que había una posibilidad de un futuro conjunto para ellos cuando jamás la habría. Si lo hiciera ella se confiaría, envolviéndose en ese amor que decía que sentía. Creería que estaba a salvo y un día tal vez ocurriría algo que se lo volvería a arrebatar todo a ambos.

Así era el mundo. Ni siquiera los millones que él había amasado podrían protegerlo de alguna tragedia imprevista, del sentimiento de pérdida...

Pero podía protegerla a ella. Sí, podía hacerlo, aunque eso significaría renunciar a todo lo que... Paseó la vista por el salón de baile, un reflejo de esa vida de lujos y glamour que una vez había envidiado y de la que ahora podría ser parte si así lo desease. En ese momento podría haber estado girando por la pista de baile con Alexandra.

Solo que ella era una princesa y él solo el hijo de unos sirvientes. Ella aún no lo comprendía, pero pronto le quedaría muy claro, y entonces sus grandilocuentes palabras de amor se evaporarían. Cuando fuera consciente de la diferencia de posición entre ambos, haría lo mismo que había hecho Diamandis: le daría la espalda. Por eso se negaba a dejar que eso ocurriese.

Y, sin embargo..., de repente la idea de llevar a cabo la venganza que llevaba planeando veinte años hizo que sintiese náuseas. Quizá lo mejor sería alejarse para siempre de allí. Podría dejar a Zandra allí, para que Diamandis tuviera que vivir el resto de su vida con el hecho de que había sido él quien se la había devuelto.

Él regresaría a su vida en Atenas, volvería a dedicarse de lleno a su trabajo. Borraría de su mente la existencia misma de Kalyva, de Diamandis y de Alexandra. Sí, esa era la respuesta. Dejarlo todo como estaba y alejarse de todo aquello, para siempre.

Bajó las escaleras y regresó por donde había venido, impelido no ya por la ira, sino por otro sentimiento. «Miedo», le susurró la voz de Alexandra en su mente. No, se equivocaba. Entró en el salón de baile e ignoró a cuantos lo llamaron por su nombre. No sonrió a nadie. Se dirigió directamente hacia donde estaba Diamandis, y le dio igual que estuviera con otras personas.

—Tenemos que hablar. En privado —le dijo.

Diamandis enarcó las cejas.

—¿No puede esperar? —le espetó entre dientes, antes de dirigir una sonrisa educada a la pareja con la que había estado conversando.

—No —masculló Lisias.

Diamandis suspiró e hizo una seña a su secretaria para que se acercara.

—Tendrán que disculparme —le dijo al matrimonio—. Espero que no les importe darle a mi secretaria, la señorita Floros, la información que estaban compartiendo conmigo. Me pondré en contacto con ustedes en cuanto me sea posible.

Cuando su secretaria se hizo cargo, Diamandis condujo a Lisias fuera del salón de baile.

—Necesito que hablemos en privado —le insistió Lisias.

—Está bien; iremos a mi despacho. ¿Zandra está bien? —inquirió Diamandis mientras caminaban—. ¿Cómo es que no ha venido contigo?

—Es una larga historia.

Diamandis frunció el ceño, pero esperó a que llegaran a su despacho. Cuando hubo cerrado las puertas, se apoyó en el borde de su escritorio y miró a Lisias.

—Habla —le dijo.

La feroz ira y el odio que había exhibido con él hasta ese momento parecía haberse disipado de repente, como si el haber descubierto que Alexandra era Zandra hubiese curado su resentimiento.

¿De verdad podía ser así de simple? ¿Que el saber que Zandra estaba viva podía borrar el sufrimiento de esos veinte años?

No, ¿cómo iba a ser la vida tan simple? Esa era una visión infantil del mundo, era como él lo había visto con doce años. ¿Cómo podría él perdonar a Diamandis, que no había impedido la muerte de sus padres? ¿Y cómo podría Diamandis perdonarlo a él cuando supiera que pretendía despojarle de la corona?

—Mañana se producirá un voto de no confianza en la reunión del consejo —le dijo. Fue casi como si hubiese salido de su cuerpo y estuviese observándolo todo desde el techo, viéndose a sí mismo echando a perder sus esfuerzos de los últimos veinte años—. Todo está en marcha, pero puedo pararlo.

—¿Es eso cierto? —contestó Diamandis.

Estaba calmado, pero Lisias intuyó que la ira empezaba a bullir en su interior.

—Lo es. Y lo detendré, si cumples con las tres condiciones que te voy a imponer.

—Condiciones... ¿Así que has hecho todo esto solo para chantajearme? En fin, supongo que tiene más sentido que el que hicieras esto solo por la bondad de devolverme a mi hermana.

—Se suponía que iba a ser una venganza —dijo Lisias—. Pero gracias a tu hermana se ha quedado solo en chantaje.

—Espero que tus exigencias sean razonables —murmuró Diamandis con hastío, como si aquello lo aburriera. Sin embargo, sus ojos los escrutaban con suspicacia.

—Da igual que lo sean o no. O las cumples, o perderás todo. Para empezar, harás que se pongan lápidas en las tumbas de mis padres. Y que se les absuelva de las acusaciones de traición en los registros legales, en las crónicas históricas... en todos los documentos.

—Eso no será necesario. El que Zandra esté viva es para mí prueba suficiente de que no tomaron parte en el complot para asesinarnos a mi familia y a mí. En cuanto el médico me llamó para darme los resultados de la prueba de ADN, di órdenes para que se hiciera todo lo necesario para reparar su memoria.

Lisias sintió como si algo hubiera estado comprimiendo su corazón y de repente se aflojase, como si un peso que hubiera estado llevando todo

ese tiempo de pronto se aligerara. Y todo porque le había pedido algo a Diamandis y este se había mostrado de acuerdo.

De hecho, ni siquiera había sido por su chantaje; Diamandis ya había empezado por su cuenta a reparar la injusticia que se había cometido contra sus padres. Era como si la verdad le importase, como si estuviese admitiendo que se había equivocado, como si estuviese dispuesto a hacer lo que estuviese en su mano para aliviar su dolor... No... Imposible...

—Mi segunda condición —continuó diciendo, impaciente por terminar. Necesitaba marcharse de Kalyva antes de que lo confundiesen aún más los sentimientos contradictorios que estaban aflorando dentro de él— es que cuidarás y protegerás a Alexandra.

—Lisias, es mi hermana...

—Quiero que redactes un decreto que reconozca sus derechos.

—La prueba de ADN demuestra que es miembro de la familia real. Las leyes de nuestro país la protegen; su lugar en la línea sucesoria está asegurado.

¿Por qué estaba siendo tan fácil? ¿Por qué no estaba replicándole Diamandis? ¿Por qué...? Nada de eso importaba. Tenía que terminar con aquello, tenía que marcharse...

—¿Cuál es tu tercera condición? —le preguntó Diamandis.

Lisias apretó la mandíbula.

—Que cuando ella te pregunte a dónde he ido, le digas que descubriste lo que estaba tramando y que me pagaste una sustanciosa suma de dinero para que abandonara mis planes y desapareciera para siempre.

Diamandis frunció el ceño.

—¿Por qué quieres que ella piense algo así?

—Eso da igual. Ya te he dicho mis condiciones. O cumples con ellas, o mañana perderás la corona.

—Lo tenías todo planeado... y has decidido renunciar a tu venganza por Zandra... —murmuró Diamandis, como si no comprendiera lo que estaba haciendo.

¿Acaso lo comprendía él mismo? Eso también daba igual, siempre y cuando Diamandis cumpliera su palabra y él pudiera alejarse de allí.

—Está bien, trato hecho —dijo Diamandis, tendiéndole la mano.

Lisias no se la estrechó. Se dio media vuelta y se marchó, dispuesto a abandonar Kalyva y no regresar jamás.

Al ver que Lisias no regresaba, Alexandra sopesó la posibilidad de ir al baile a pesar de todo. Le parecía una lástima desperdiciar aquel precioso vestido. Sin embargo, ahora que sabía que era la princesa su vida estaría allí, en palacio, y sin duda tendría más oportunidades de lucirlo. Además, no tenía ganas de obligarse a sonreír esa noche, así que se desvistió, se metió en la cama y dejó que fluyeran las lágrimas que había estado conteniendo.

Se sentía a salvo, sentía que había encontrado su lugar. Tenía el corazón roto, pero después de veinte años sola, el querer tanto a una persona y que esta pudiera hacerte daño era casi una bendición. Al menos podía decir que había amado.

Lloró hasta quedarse dormida y al alba, cuando se despertó, se vistió y se preparó para ir a advertir a Diamandis de lo que tramaba Lisias. Se sentía incómoda ante la idea de hacerlo porque sabía que Lisias lo vería como otra traición, pero en cierto modo también lo hacía por él, y si le diera la oportunidad de explicarse...

No, no esperaba a que le diese la oportunidad, se lo explicaría quisiera él o no escucharla, se dijo con determinación. Cuando salió de sus aposentos, le chocó que no hubiera ningún guardia en el pasillo. Echó a andar, preguntándose dónde estaría Lisias, y al llegar a un patio interior donde confluían varios pasillos, vio al rey sentado en un banco de piedra, consultando algo en su teléfono móvil, y a su secretaria de pie junto a él.

Al escuchar sus pasos alzó la vista y se levantó.

—Buenos días, Zandra —la saludó.

Ella parpadeó, preguntándose de qué iba todo aquello.

—¿Estabas... esperándome?

—Quería hablar contigo antes de la reunión del consejo, pero no me atrevía a despertarte.

Alexandra inspiró profundamente, armándose de valor para decirle lo que tenía que decirle.

—Comprendo. Por cierto, respecto a esa reunión... Él frunció el ceño y, ladeando la cabeza, le preguntó:

—¿Conocías los planes de Lisias?

—Yo... ¿Cómo? ¿Tú sabías lo de sus planes?

—Sí. Lisias vino a hablar conmigo anoche. Me confesó que pretendía vengarse y que había conseguido reunir los apoyos de varios miembros del consejo para conseguir un voto de no confianza. Me dijo que si quería evitarlo tendría que pagarle una gran suma de dinero.

—¿Dinero? Pero... —Alexandra estaba aturdida. Si a Lisias le sobraba el dinero...—. No entiendo nada.

—Yo tampoco —dijo Diamandis encogiéndose de hombros, como si no importara.

¿Por qué había hecho Lisias aquello?, se preguntó Alexandra. ¿Habría conseguido ablandarlo con sus palabras? Pero, aunque así hubiera sido... ¿por qué le había pedido dinero a Diamandis?

—Zandra —dijo Diamandis poniéndole las manos en los hombros—, se ha marchado. Y creo que no tiene intención de regresar. Parece que solo quería hacerme daño y... ya ves, al final ha renunciado a su venganza por un puñado de dinero. En cuanto a lo de vuestro compromiso, sé que se había asegurado de anunciarlo a los cuatro vientos porque servía a sus propósitos, pero no tendrás que pasar por la vergüenza de comunicar a los medios que el compromiso se ha roto. Yo me encargaré de que...

—Aún estamos comprometidos —lo cortó ella, a pesar de que su compromiso nunca había sido de verdad.

—Pero Zandra...

—Ese no es mi nombre —saltó ella, sin poderlo evitar. Luego cerró los ojos con fuerza, azorada—. Te pido disculpas. Me siento muy feliz de que volvamos a estar juntos, y quiero recuperar el tiempo perdido, pero... no puedo ignorar los últimos veinte años. Son parte de mí.

Y quizá fuera eso lo que Lisias debía afrontar, que su venganza, aunque la hubiese llevado a cabo, jamás borraría sus veinte años de exilio. Tenía que aceptar que no podía cambiar lo que había ocurrido, perdonar y sanar las heridas de su alma.

—Intentaré tenerlo presente —le dijo Diamandis. Estaba algo tenso, pero era evidente que estaba intentando ser cálido y amable con ella.

Alexandra le sonrió. Él también había sufrido mucho, y el peso de recordar lo que había ocurrido esa noche, a diferencia de ella, debía haber sido muy difícil de sobrellevar.

—¿Crees que alguna vez llegaremos a saber cómo escapé? —le preguntó.

—No lo sé. Quizá siempre sea un misterio, pero es algo por lo que estoy muy agradecido.

—Quizá eso sea lo importante —murmuró ella—, estar agradecidos por lo que tenemos. Por el futuro que se abre ante nosotros —añadió—. Aunque para serte sincera, me siento un poco perdida.

—No te preocupes, me tienes aquí, a tu lado. Y estás en casa.

Alexandra asintió, pero no pudo evitar volver a pensar en Lisias. No comprendía por qué había renunciado a su venganza a cambio de dinero, ni por qué, si había cambiado de opinión por lo que le había dicho, no había vuelto junto a ella.

—Le hizo prometer a Su Majestad que no le diría la verdad —le soltó de repente la secretaria de Diamandis.

Este se volvió hacia ella con el ceño fruncido, mientras Alexandra, aturdida, intentaba dilucidar qué había querido decir.

—¿Pero qué hace? —increpó Diamandis a su secretaria.

—Se lo hizo prometer a usted, no a mí —replicó la joven, levantando la barbilla.

—Porque no sabía que estaba escuchando nuestra conversación —protestó Diamandis—. Y tampoco yo.

La secretaria se encogió de hombros y le dijo a Alexandra:

—Estaba esperando fuera del despacho para hablar con el rey y no pude evitar escuchar su conversación. El señor Balaskas salió con tal ímpetu que casi chocó conmigo, pero iba tan furioso que ni siquiera me vio. Y Su Majestad no le pagó. De hecho, el señor Balaskas no quería ningún dinero; lo que quería...

—¡Señorita Floros! —la increpó Diamandis de nuevo, agarrándola por el brazo—. Ya está bien. Ahora mismo se va usted de aquí...

—Quería que limpiara el nombre de sus padres —continuó la secretaria, mientras Diamandis se la llevaba, tirándole del brazo. Giró la cabeza hacia Alexandra y habló más alto—. Quería asegurarse de que el rey la cuidaría y la protegería...

—¡Katerina! —casi rugió el rey ante su insubordinación, sin dejar de tirar de ella hacia una puerta cerrada.

Sin embargo, la mujer gritó para que Alexandra la escuchara.

—¡Y le hizo prometer que no le diría nada de esto!

Diamandis abrió la puerta, hizo que su secretaria entrara por ella y cerró. No se volvió hacia Alexandra, que seguía aturdida por lo que acababa de escuchar.

—Diamandis... —murmuró esta—. ¿Es verdad lo que ha dicho?

El rey suspiró pesadamente y se giró.

—Sí. Me dijo que tenía que cumplir con esas tres condiciones para que el consejo no emitiera un voto de no confianza en mi contra. También me dijo que si llegabas a enterarte, supondría que yo no había cumplido mi parte del trato, y llevaría a cabo su venganza de todos modos.

Alexandra sacudió la cabeza. No habría ninguna venganza.

—No tienes que preocuparte; eso no pasará —le aseguró.

Conocía a Lisias. Lo comprendía. Y sabía que él la amaba. Si no fuera así, no le importaría que ella se enterara de lo que había hecho. Y no habría renunciado a una venganza que había estado fraguando durante veinte años. Solo el amor podía haberle empujado a hacer algo así... Solo el amor... La única cosa de la que tenía miedo. Le tenía tanto miedo que había huido.

—Debo ir a Atenas —le dijo a su hermano—, pero volveré. Y traeré a Lisias de regreso conmigo. —Tú serás bienvenida, pero él...

—Él también lo será —replicó ella con firmeza—. Porque le quiero, y porque soy la princesa —añadió, aunque se le hacía raro decirlo—. A pesar de sus defectos, es un buen hombre. Tú mejor que nadie deberías comprenderlo, lo difícil que es para él creer en la bondad de las personas cuando se lo arrebataron todo tan cruelmente cuando solo era un chiquillo.

Diamandis gruñó y fue junto a ella.

—Está bien —claudicó—. Tienes un coche con chófer a tu disposición; te llevará a donde quieras —se quedó callado un momento y, tomándola de ambas manos, añadió—: Sé que no me recuerdas apenas, pero soy tu hermano, y el rey de Kalyva, y pase lo que pase siempre tendrás un sitio aquí.

Había tal amabilidad, tan dulzura y vulnerabilidad en sus ojos, que Alexandra se dejó llevar por un impulso y lo abrazó con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Gracias —murmuró, echándose hacia atrás para mirarlo—. Puede que nunca recuerde esos primeros cuatro años de mi vida, pero en los años que tenemos por delante recuperaremos el tiempo perdido.

Capítulo 18

LISIAS estaba mirando por la ventana de su despacho en Atenas.

Estaba de un humor de perros y había dado órdenes de que nadie lo molestase. No lograba concentrarse en su trabajo. Su mente seguía en Kalyva, en el palacio, con Alexandra. La princesa Zandra...

Con los millones que había amasado y del imperio empresarial que había levantado, le resultaba difícil aferrarse a la idea de que no era merecedor de alguien con título de Alteza Real. Igual que le era difícil no admitir que si se sentía inferior era solo por la rígida estructura social en la que se había criado.

Ahora era un hombre y sabía que el que no fuera digno de ella no tenía nada que ver con el dinero, ni con su posición. No era digno de ella porque no se merecía a una mujer con tanta determinación, con tanto valor. No se merecía su amor.

Frunció el ceño. ¿Cómo había llegado a significar tanto para él? Solo había pasado un día, pero la añoraba como si hubiese pasado todo un año. Además, siempre había pensado que su trabajo y la venganza que durante tanto tiempo había estado planificando lo eran todo, pero Alexandra le había hecho ver que aquello no era nada.

Hasta había apagado sus deseos de venganza. No había llegado a despojar a Diamandis de su corona, pero el saber que estaba reparando la injusticia cometida contra sus padres había aliviado en parte la ira que durante tantos años había dado un propósito a su vida.

Alexandra había estado en lo cierto cuando le había dicho que la venganza no le daría ninguna satisfacción. Solo habría generado más odio.

Pero ahora no le quedaba nada, nada salvo su riqueza y su soledad.

De pronto se oyeron voces fuera de su despacho, como si su secretario, Marcus, estuviera discutiendo con alguien. Extrañado, se volvió y se quedó escuchando.

—Déjelo —dijo una mujer con firmeza—. Estoy segura de que sí querrá ver a su prometida.

Esa voz... Antes de que pudiera dirigirse hacia la puerta, esta se abrió y Alexandra entró como un torbellino, seguida de su secretario.

—Lo siento mucho, señor —balbució aturdido—. Le he dicho que no quería que lo molestaran, pero...

—No pasa nada —murmuró Lisias, sin apartar los ojos de Alexandra—. Déjanos a solas.

Estuvo a punto de ir junto a ella sin pensarlo siquiera. Se moría por volver a tenerla entre sus brazos, por besarla... Había creído que se sentiría insultada cuando Diamandis le dijera que había renunciado a su venganza a cambio de dinero y que se había marchado, que lo odiaría y no querría volver a verlo.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decir? —le preguntó con una mirada fiera.

Lisias no conseguía articular palabra.

—La secretaria de mi hermano escuchó vuestra conversación la noche del baile —continuó Alexandra, paseándose por el despacho como una pantera. De pronto se volvió hacia él y le lanzó una mirada furibunda—. No llegaste a ejecutar tu venganza, y pediste muy poco a cambio.

—Pedí lo único que necesitaba, lo poco que él podía darme —respondió Lisias.

—¿Y qué hay de lo que yo podía darte?

—¿Tu amor? —le espetó él, fingiéndose desinteresado, a pesar de lo mucho que la necesitaba.

—Sí, mi amor. Un futuro juntos. Un hogar. Una familia —respondió ella. Y, para su sorpresa, una leve sonrisa asomó a sus labios—. Sé que me amas.

Lisias no estaba seguro de en qué momento había llegado a admitir para sí sus sentimientos. Había sido algo gradual, no repentino. La verdad era que, cuanto más trataba de negarlo, cuanto más trataba de centrarse en su venganza, más difícil le resultaba seguir negándolo. Sí, la amaba.

Alexandra fue junto a él y le puso una mano en el pecho.

—Crees que el amor es dolor, y no te equivocas, pero ese es el motivo por el que deberíamos rodearnos de él, para que cuando una pérdida nos golpee, podamos apoyarnos en el amor que aún nos queda. En el amor que puede crecer y hacerse más grande. Sin pretenderlo me has abierto un mundo nuevo. Me has devuelto a mi hermano y ahora que sé lo que es el amor quiero más, no menos —le dijo—. Puedes huir de mí, pero ya no eres un chiquillo asustado. Eres un hombre hecho y derecho, y huir es de cobardes. Además, yo no te dejaré marchar. Te perseguiré hasta los confines de la tierra para demostrarte mi amor.

—Eso suena casi a acoso —bromeó él.

Alexandra sonrió.

—Pues entonces convénceme de que no me quieres. Solo así te dejaré tranquilo.

Cuando Lisias puso su mano sobre la de ella Alexandra se tensó como si pensara que iba a apartarla de su pecho, como si no estuviera tan segura de sí misma como quería parecer.

Y entonces se dio cuenta de que aquel era otro acto de valentía por su parte. Tenía dudas, pero lo amaba lo suficiente y creía en él lo suficiente como para dejarlas a un lado y arriesgarse a que la rechazara de nuevo. Le había pedido que no le hiciera daño a Diamandis y le había hecho caso. Ahora solo estaba pidiéndole que le abriera su corazón. ¿Acaso era eso más difícil para él? Apretó su mano con suavidad y le dijo:

—Me parecía que lo nuestro era imposible, y pensé que sería más fácil si me alejaba de ti. Siempre he necesitado tener el control, aunque no pueda controlar los caprichos del destino.

—Lisias...

—Déjame terminar. Hace años me lo arrebataron todo: mis padres, mi hogar, mi patria... Durante estos veinte años he mantenido arrinconados en mi mente los horribles recuerdos de esa fatídica noche, pero también los buenos recuerdos de mi infancia en Kalyva. Volver allí los reavivó: recuerdos de sentirme querido y arropado, el amor que mis padres sentían el uno por el otro, y por mí. La clase de amor que siento hacia ti. Te quiero, Al, Alexandra, Zandra... Si te casas conmigo y aceptas llevar mi apellido, te llamaré por el nombre que tú quieras usar.

Ella tragó saliva, y con los ojos brillantes por las lágrimas que habían acudido a ellos, le dijo:

—Bueno, aún no hemos hablado de que en realidad no me salvaste la vida una vez, sino dos.

—Sí, pero tú me has salvado a mí, me has devuelto la fe en las personas, en el amor —replicó él, y la besó en la frente—. Y por eso te doy las gracias.

—No sé, creo que lo de casarme contigo deberías pedírmelo por favor —contestó ella, juguetona—, y con una sonrisa encantadora, ya que estamos.

—No te lo pediré por favor —replicó él, y al verla fruncir el ceño hincó una rodilla en el suelo, tomó su mano y le dijo—: Estoy dispuesto a suplicar.

Una sonrisa radiante iluminó el rostro de Alexandra.

—Cásate conmigo —le dijo Lisias—. Sea lo que sea lo que nos dé o nos quite la vida, te prometo que no volveré a huir de ti. Eres la estrella que me guía, princesa, lo eres todo para mí.

Un par de lágrimas rodaron por las mejillas de Alexandra, que se arrodilló frente a él.

—No me importa lo que nos depare el futuro mientras estemos juntos —murmuró.

—Siempre estaré a tu lado, mi vida. Siempre —respondió él.

Y selló su promesa con un beso.

Epílogo

Tres meses después

—**N**o se puede cambiar así como así la fecha de una boda real, Lisias — dijo Diamandis, sentado tras su escritorio.

Alexandra y Lisias estaban sentados frente a él, cada uno en una silla, y Lisias, que sostenía la mano de Alexandra en la suya, la miró y esbozó una sonrisa traviesa. Luego se irguió en su asiento y le dijo muy serio a Diamandis:

—Tenemos un problema con la fecha que habíamos fijado.

—¿Tienes idea de todas las cosas que habría que modificar? — replicó Diamandis.

Habían tenido unas cuantas discusiones en los últimos meses. Y es que ni a Alexandra ni a Lisias se les daba muy bien seguir los decretos reales. Sin embargo, siempre acababan llegando a un acuerdo con Diamandis, siempre hacían las paces. Porque eran familia. Una familia a punto de aumentar.

—Nos damos cuenta de que es algo molesto, e inconveniente —dijo Alexandra, empleando el mismo tono que su hermano—, pero como puede que en esa fecha me ponga de parto, nos parece que sería irresponsable mantenerla.

Se pasó una mano por el vientre, aún casi plano, maravillándose una vez más de que en su interior estuviera creciendo un bebé. Hasta ese momento Lisias y ella lo habían mantenido en secreto, pero cuando vieron que la fecha de la boda podría coincidir con el parto, se hizo imperativo que le dieran la noticia a Diamandis.

—¿Qué podrías ponerte...? —repitió su hermano. Y luego, al caer en la cuenta de lo que había dicho, parpadeó y murmuró—. Zandra... ¿Quieres decir que estás...?

—El médico me ha dicho que saldré de cuentas alrededor de esa fecha.

Podríamos arriesgarnos, por supuesto, pero puede que la niña decida... —¿La niña? —repitió Diamandis, casi en un susurro.

—Sí, dentro de seis meses tendrás una sobrina. Y por eso queremos cambiar la fecha de la boda. De todos modos ya estamos casados...

—No me recuerdes vuestra irresponsable boda en Grecia sin mi autorización. Aquí en Kalyva no tiene ninguna validez —gruñó Diamandis.

—Como quieras, pero tú verás qué hacemos. Habrá que adelantar la boda o posponerla, pero no creo que debamos arriesgarnos a mantener la fecha.

Diamandis cerró los ojos y resopló antes de volver a abrirlos.

—¿Y no podríais haberme dicho esto cuando aún tenía una secretaria competente?

—Ahora que lo dices, yo también echo de menos a Katerina. Nunca llegaste a decirme qué hiciste para que presentara su dimisión.

Diamandis frunció el ceño.

—Si es posible adelantaré la fecha y os lo diré. Y ahora dejadme; tengo mucho que hacer... gracias a vosotros dos —masculló, agitando una mano para echarlos del despacho.

Sin embargo, Alexandra no tenía ninguna prisa por irse.

—Ya hemos escogido un nombre —le anunció.

—La tradición en la familia real es que...

—Lo sé, Diamandis. Lisias me lo dijo. Pero no me parece bien ponerle el nombre de nuestra madre cuando por desgracia apenas la recuerdo. Además, como el primogénito, puede que algún día tengas una hija y quieras ponérselo.

—No tengo pensado casarme. Ni tener hijos —replicó su hermano—. Así que la noticia me alegra mucho, porque así vuestra hija pasará a ser la siguiente en la línea sucesoria y al menos no viviré con la presión de tener que proporcionar a la corona un heredero —dijo en un tono sombrío.

Alexandra sintió compasión por él. Alzó la vista al retrato de sus padres que colgaba detrás de él y, aunque no los recordaba, les pidió en silencio que velaran por ellos desde el cielo e intercedieran ante Dios para que su hermano encontrara el amor, igual que ella.

—Se lo pondremos como segundo nombre —intervino Lisias, ejerciendo de mediador entre los dos, como hacía algunas veces. No era algo muy frecuente, pero siempre divertía a Alexandra—. Pero ya lo hemos decidido: le pondremos el nombre de mi madre.

Diamandis suspiró, incapaz de replicar a eso.

—Me parece un bonito gesto —respondió—. En fin, buscaré otra fecha para la boda —reiteró con otro suspiro—. Hay que ver la lata que me dais... No sé, yo sí, aunque seamos familia, me merece la pena... Lisias sonrió con picardía.

—Ay, Diamandis ¿pero aún no lo has aprendido? Cuando se trata de alguien a quien quieres, a pesar de los problemas, cualquier esfuerzo merece la pena.

La princesa Zandra Balaskas sonrió a su marido y murmuró:

—Sí, siempre merece la pena.